

CIENCIA FICCION

SELECCION 34



En las tres novelas cortas que componen esta selección, procedentes de la prestigiosa revista norteamericana *Fantasy & Science Fiction*, encontramos otros tantos enfoques, muy distintos entre sí, pero con un trasfondo común, del tema de la inteligencia animal.

El gato «embruado» de *Nave de sombras*, de Fritz Leiber, poco tiene que ver con los animales sabios de *La granja de los animales*, de Alfred Bester, o con el enigmático *Dientes Largos*, posible eslabón perdido de la cadena de la evolución imaginado por Edgar Pangborn. Pero todos ellos nos recuerdan que la pretensión del hombre de ser el rey de la creación no es más que eso, una mera y absurda pretensión.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 34

ePub r1.0

viejo_oso 22.02.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 34*

VV. AA., 1978

Traducción: Carlos M. Riera

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *La ciencia ficción no es monárquica*, Carlo Frabetti.

Nave de sombras (Ship of Shadows), Fritz Leiber, 1969.

La granja de los animales (Animal Fair), Alfred Bester, 1972.

Dientes Largos (Longtooth), Edgar Pangborn, 1970.

PRESENTACIÓN

La ciencia ficción no es monárquica

La ciencia ficción, una de las grandes desmitificadoras de nuestro tiempo, ha impugnado, en un momento u otro, de una forma u otra, la mayoría de los prejuicios básicos de nuestra cultura, como corresponde a un género eminentemente crítico y especulativo, que busca, más allá de lo cotidiano, más allá de lo admitido, el rostro oculto de las cosas y sus posibilidades latentes.

Y uno de los prejuicios que más asiduamente ha impugnado la ciencia ficción —la buena ciencia ficción— es el ridículo antropocentrismo de la moral cristiano-burguesa, la arbitraria ecuación inteligencia = hombre.

Esto queda claro por el mero hecho de que la posibilidad de que exista vida inteligente en otros planetas es un —por no decir el— tema fundamental de la ciencia ficción. Y sólo en las peores manifestaciones del género se usa esta posibilidad para reafirmar la primacía del hombre. La ciencia ficción más madura, por el contrario, suele utilizar este recurso para mostrarnos nuestras contradicciones e invitarnos a la revisión de nuestros presupuestos: su lección es básicamente una lección de humildad.

Pero no hace falta alzar los ojos a las estrellas para pensar en otras formas de raciocinio. Mucho antes de que los científicos llegaran a la conclusión de que no hay una diferencia radical entre la inteligencia de un hombre y la de un chimpancé, los autores de ciencia ficción se habían planteado, desde los más diversos ángulos, la posibilidad de que la

inteligencia animal evolucionara hasta equipararse —o superar— a la humana, o —lo que es más inquietante— que seres que consideramos inferiores posean ya facultades mentales que ni siquiera podemos detectar.

En las tres novelas cortas que componen esta selección encontramos otros tantos enfoques, muy diferentes pero con un trasfondo común, del tema de la inteligencia animal. El gato «embruado» de Nave de sombras, los animales sabios de la granja de Bester y el enigmático Dientes Largos (¿oscuro eslabón perdido de la cadena de la evolución?) son muy distintos entre sí, pero todos ellos nos recuerdan que la pretensión del hombre de ser el rey de la creación no es más que eso, una pretensión. Pues, para empezar, la naturaleza, más sabia que nosotros, no es monárquica.

CARLO FRABETTI

NAVE DE SOMBRAS

Fritz Leiber

Una nave embrujada es algo más que corriente en la literatura fantástica. Pero cuando la nave es una enorme nave espacial de misteriosas características y quien la pilotea es Fritz Leiber, el resultado puede ser realmente insólito.

El gato siseó y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple escozor le revolvió el estómago, equilibrando su resaca, de modo que la mente de Spar flotó con tanta libertad como su cuerpo en la oscuridad de Windrush, en la que sólo brillaban un par de luces, tan débiles como el brillo de un sueño y tan infinitamente distantes como el Bridge o el Stern.

A su mente llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas a través del mar azul, azotado por el viento, contra un cielo igualmente azul. Ahora, los dos últimos nombres ya no resultaban obscenos. Podía escuchar el silbido del viento salado a través de los obenques y los estáis, su tamborilear contra las velas tensas, y el crujido de los tres mástiles y de todo el resto del maderamen de la nave.

¿Qué era el maderamen? Desde alguna parte le llegó la contestación: plástico activo-o.

¿Y qué fuerza alisaba el agua, impidiéndole formar grandes ondas, darle la vuelta a la nave y saltar sobre los mástiles, impulsada por el viento?

En lugar de ser borrosa y redondeada, como la realidad, la visión era nítida y luminosa, la clase de visión que Spar nunca comunicaba a nadie por temor a ser acusado de segunda visión y, en consecuencia, de brujería.

Windrush también era una nave y era llamada a menudo la Nave. Pero se trataba de una nave muy extraña en la que los marineros vivían para siempre en los sudarios, dentro de cabinas de todas las formas, hechas de velas translúcidas que habían sido soldadas.

Las únicas otras cosas que compartían las dos naves eran el viento y los continuos crujidos. A medida que se fue disipando la visión, Spar empezó a

escuchar cómo los vientos de Windrush gemían suavemente a través de los largos pasillos, mientras sentía los crujidos en el vibrante sudario al que estaba sujeto por las muñecas y que le impedía flotar de un lado a otro, en el interior del Bat Rack.

Las ensoñaciones habían comenzado bien, con Spar poseyendo inmediatamente a las tres chicas de Crown. Pero en el período de descanso de la noche se había medio despertado a causa del distante rechinar de la bodega tres. Después, los hombres-lobo y los vampiros le atacaron, saltando desde los seis lados, mientras las brujas y sus parientes se reían disimuladamente en las negras sombras del fondo. De algún modo, había sido protegido por el gato, pariente de una delgada bruja cuyos dientes desnudos parecieron como una impresión marfileña en la más grande impresión plateada de su pelo revuelto. Spar apretó sus encías elásticas. El gato había sido la última de las criaturas sobrenaturales en desvanecerse. Después, había aparecido la maravillosa visión de la nave.

Su resaca le golpeó de repente, sin piedad alguna. Empezó a brotarle el sudor, hasta que debió quedar rodeado por una verdadera nube. Sin ninguna advertencia, sus intestinos se retorcieron. Su mano libre encontró un tubo flotante de deshechos, justo a tiempo para apretar su pequeña trompeta contra su rostro. Pudo escuchar cómo sus vómitos ásperos regurgitaban desde su interior, estimulados por una ligera succión.

Sus intestinos volvieron a retorcerse, con la rapidez con que lo hace el *flap* de una escotilla cuando un ventarrón azota los pasillos. Se introdujo el tubo de deshechos en el interior de la floja pernera de su traje y recogió la materia oscura, casi tan acuosa y tan explosiva como sus vómitos. Después, tuvo la urgente necesidad de orinar.

Más tarde, sintiéndose tranquilamente débil, Spar se revolvió en la igualmente tranquila oscuridad y se preparó para dormir, hasta que Keeper le despertara.

—¡Basssta! —siseó el gato—. ¡No duermas másss! ¡Sssssh!
¡Ssssespierta!

En su hombro izquierdo y a través, del material de su traje, Spar pudo sentir cuatro puntos que le escocían, como el toque de cuatro pequeñas

espinas en los jardines de Apolo o de Diana. Se quedó helado.

—Sssspar —siseó el gato con mayor suavidad, dejando de pincharle—. Te sessseo lo mejor.

Spar extendió débilmente su mano derecha, cruzándola sobre el pecho, tocó un pelo mucho más suave que el de Suzy y golpeó con energía.

El gato siseó muy suavemente, casi ronroneando:

—Ssstúpido Ssspar. ¡Sssspierta! ¡Sssspierta para sssiempre! ¡Mira! ¡Ve!

Spar sintió una oleada de irritación ante este hablar constante —¡qué mal comportamiento tenía aquel gato!—, seguida por una necesidad urgente e irracional de sentir esperanza a través de sus ojos. Concluyó que aquél no era ningún gato encantado dejado allí por su sueño, sino un animal perdido que se había abierto paso a través del tubo de ventilación hasta llegar al Bat Rack y poner en marcha su sueño. Había unos cuantos animales perdidos en estos días de pánico ante las brujas y de despoblación de la Nave, o, por lo menos, de la bodega tres.

En aquellos momentos, el amanecer surgió por la proa, pues la esquina violeta delantera del Bat Rack comenzó a brillar. Las luces de control se vieron inundadas por una creciente llamarada blanca. Al cabo de veinte latidos de su corazón, Windrush estaría tan luminoso como pudiera estarlo en un día de trabajo o en cualquier otra mañana.

El gato se movió a lo largo del brazo de Spar, como una borrosa impresión negra que se acercara a sus ojos, que miraban de soslayo. Spar sólo podía ver una pequeña impresión gris. Lo tocó con la mano. Tenía un pelo aún más corto de lo que parecía, pero estaba frío.

Como si se sintiera molesto, el gato abandonó su antebrazo desnudo tomando un fuerte impulso con las patas traseras. Cayó expertamente sobre el siguiente sudario, una vacilante línea gris que se desvanecía en cada dirección antes de alcanzar la pared.

Spar se desató y dobló los dedos alrededor de su propio sudario, delgado como un lápiz. Después, se quedó mirando al gato.

El animal también se le quedó mirando, con unos ojos que parecían borrones verdes y que casi se fusionaban con el borrón negro de su enorme cabeza.

—¿Tu hijo? ¿Muerto? —preguntó Spar.

El gato soltó su presa gris, que flotó junto a su cabeza.

—¿Hijo? —en la voz sibilante se notaba toda la antigua burla y aún más—. Esss una rata que he cassado, isssiota.

—Me gustas, gato. Te llamaré Kim —dijo Spar, esbozando una sonrisa.

—¡Kim, bueno! —espetó el gato—. Yo te llamaré Lushsss. ¡O Sssot!

Los crujidos aumentaron, como siempre sucedía tras el comienzo del día y al mediodía. Los sudarios fueron soltándose. Las paredes crujieron.

Spar se sacudió la cabeza rápidamente. Aunque la realidad era imprecisa por su naturaleza, podía distinguir el movimiento sin posibilidad de error.

Keeper estaba flotando lentamente, dirigiéndose directamente hacia él. En la parte superior de su rollizo cuerpo se encontraba la gran redondez pálida de su rostro y su luminosa tarjeta-centro de color rosado desviaba la atención, apartando la mirada de las diminutas manchas borrosas y marrones de sus ojos. Uno de sus gruesos brazos terminaba en el luminoso destello del pliofilm, y el otro en el destello oscuro del acero. Más allá de él se encontraba la oscura esquina roja de la popa del Bat Rack, con el gran anillo brillante de la barra que lo cruzaba a medio camino.

—Perezoso y consentido —le saludó Keeper—. Durante todo el período de descanso no has hecho más que roncar mientras yo estaba de guardia y ahora te traigo el zurrón de la mañana, en la bruma del alba, a tu sudario de dormir.

»Ha sido una mala noche, Spar —siguió diciendo, mientras su voz adquiría un tono sentencioso—. Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los pasillos. Pero yo me aparté de todos ellos, por no mencionar a las ratas y ratones. A través de los tubos, oí que los vampiros habían cogido a Girlie y a Sweetheart, ¡esos tontos! ¡Vigilancia, Spar! Y ahora, tómate el desayuno y empieza a barrer. Este sitio huele muy mal.

Keeper extendió la mano brillante de pliofilm. Con la mente llena por las palabras sibilantes y despectivas de Kim, Spar dijo:

—Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Sólo tomaré gachas de cereal y cerveza. No, será mejor agua.

—¿Qué dices, Spar? —exclamó Keeper—. No creo que te lo pueda

permitir. No queremos que tengas convulsiones delante de los clientes. ¡Que la Tierra me trague! ¿Qué es eso?

Spar se lanzó instantáneamente contra la mano acerada de Keeper. Detrás de él, su sudario se curvó y recuperó de nuevo su forma, con elasticidad. Con una mano se enroscó al grueso y frío cilindro de Keeper. Con la otra introdujo un dedo en el disparador.

—No es un gato embrujado. Sólo se trata de un animal perdido —dijo, mientras daban una voltereta y se mantenían en una lenta rotación.

—¡Suéltame, subordinado! —fanfarroneó Keeper—. Te voy a meter entre rejas. Se lo diré a Crown.

—Las armas de fuego están tan en contra de la ley como cuchillos o agujas —se atrevió a decir Spar, aunque ya empezaba a sentirse aturdido y mareado—. Eres tú quien tendría que temer eso.

Por debajo de la voz intimidante reconoció con respeto la capacidad que siempre demostraba Keeper para moverse con rapidez y seguridad, aunque medio ciego.

Rebotaron para descansar, apoyándose contra un montón de sudarios.

—Te he dicho que me sueltes —exigió Keeper, forcejeando débilmente—. Crown me dio esta pis tola. Y tengo permiso del Bridge para llevarla.

Aquello último, pensó Spar, era por lo menos una mentira.

—Además —siguió diciendo Keeper—, sólo es un arma de bolsillo adaptada para disparar balas pesadas y elásticas. No es suficiente para romper una pared, aunque sí para dejar fuera de combate a los borrachos..., ¡o para darle en la cabeza a un gato embrujado!

—No es un gato embrujado, Keeper —repitió Spar, aunque tuvo que tragar con fuerza para no volver a vomitar—. Sólo es un animal perdido que se porta muy bien y que ya ha demostrado su utilidad para nosotros matando a una de las ratas que han estado devorando nuestra comida. Se llama Kim. Trabaja bien.

La distante mancha borrosa de Kim extendió su longitud y mostró unas delgadas e imprecisas patas y cola, como si estuviera agresivo.

—Sssseguro —se jactó—. Sssanitario. Sssustituyo los tubossss de dessshecho. ¡Mato ratasss y ratonesss! Essspío a lasss brujasss y loss

vampiros para vosotros.

—¡Está hablando! —balbució Keeper—. ¡Esto es brujería!

—Crown tiene un perro que habla —contestó Spar con decisión—. Un animal que habla no es ninguna prueba de nada.

Mientras hablaban se había mantenido bien sujeto al cilindro del cuerpo de Keeper. Ahora, sintió cómo se producía un cambio en el cuerpo de éste, como si en el interior de su grasa, el jefe del Bat Rack se estuviera transformando, pasando de unos músculos y huesos resistentes a una masa espesa y suave que pudiera adquirir cualquier forma y desparramarse a su alrededor.

—Lo siento, Spar —murmuró con afectación—. Ha sido una noche muy mala y Kim me ha asustado. Es negro como un gato embrujado. Un error muy comprensible por mi parte. Lo probaremos en la caza. ¡Tiene que ganarse su manutención! Y ahora bébete esto.

La flexible bolsa doble que llenó la palma de Spar fue sentida por éste como la piedra filosofal. La elevó hacia sus labios, pero, al mismo tiempo, los dedos de sus pies tropezaron involuntariamente con un sudario y se dirigió rápidamente hacia el brillante anillo tórico, que tenía un agujero lo bastante grande como para acomodar a cuatro personas.

Spar chocó contra la parte interior opuesta del agujero. Con una tensión de los sudarios, el toro resistió el impacto. Tenía la bolsa junto a sus labios, sin haber desenroscado aún el tapón, que no había apretado. Cerró los ojos y, con un pequeño sollozo, arrojó la bolsa a la jaula del desayuno.

Actuando principalmente por tacto, cogió una bolsa de gachas de cereales del pequeño recipiente caliente, sirviéndose al mismo tiempo una bolsa de café, y se lo colocó todo en el bolsillo interior. Después, cogió una bolsa de agua, la abrió, metió en ella cinco pastillas de sal, la cerró y la agitó y la apretó vigorosamente.

Keeper, que se había acercado por detrás de él, le dijo al oído:

—Así es que, de todos modos, bebas. Este brebaje no es suficiente; te haces tú mismo un cóctel. Creo que te lo voy a reducir de tu vale. Pero todos los borrachos son unos mentirosos, o se convierten en embusteros.

Incapaz de ignorar el tono de burla, Spar explicó:

—No, sólo se trata de agua salada para endurecer mis encías.

—Pobre Spar, ¿para qué vas a necesitar encías endurecidas? ¿Acaso tienes el propósito de compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Que no te pille asándolas en mi parrilla! Te voy a rebajar de todos modos por lo de la sal. ¡A barrer, Spar! —Después, volviendo la cabeza hacia la esquina violeta de la proa y hablando en voz más alta, añadió—: ¡Y tú! ¡A cazar ratones!

Kim ya había encontrado el pequeño tubo masticador y arrojó la rata muerta a su interior, agarrándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata. Al contacto del cadáver de la rata contra la abertura sólida del tubo, comenzó a escucharse un rechinar en su interior; un rechinar que continuaría hasta que la rata hubiera sido macerada y tragada lentamente para ser conducida hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

En tres ocasiones, Spar se enjuagó vigorosamente las encías con el agua salada, arrojándola después al tubo de deshechos, vomitando un poco después de las primeras gárgaras. Después, apartándose de Keeper, apretó suavemente las bolsas obligando al café a introducirse en su garganta —una bebida mucho más querida que el brebaje destilado que pasaba por cerveza—, tragándose más tarde algo de las gachas de cereales.

Con el aire de quien está pidiendo excusas, ofreció el resto a Kim, que sacudió la cabeza.

—Sssólo quiero un ratón.

Apresuradamente, Spar se dirigió hacia la esquina verde de estribor. Fuera de la escotilla escuchó a algunos borrachos gritando con una rabia cansada y triste:

—¡Abrid la cremallera!

Agarrándose a las cabezas de dos largos tubos de deshechos, Spar comenzó a limpiar el aire, partiendo de la esquina verde y en espiral, del mismo modo en que una araña teje su tela.

Desde el toro, Keeper intensificó la succión de los dos tubos, de modo que la velocidad de reacción mantuviera a Spar en su espiral. Sólo necesitaba utilizar su cuerpo para mantener el curso y evitar los sudarios, de modo que sus tubos no se enredaran.

Keeper no tardó en observar su muñeca y dijo:

—Spar, ¿es que no te das cuenta del tiempo? ¡Arriba!

Le lanzó un manojo de llaves, que Spar agarró en el aire, aunque sólo las vio durante la última parte de su trayecto. En cuanto se halló bien situado frente a la puerta verde, Keeper le volvió a llamar, señalando la proa y la popa. Obedientemente, Spar abrió con llave y corrió la cremallera de la escotilla azul, y también de la escotilla oscura, aunque no había nadie en ninguna antes de abrir la verde. En cada caso, evitó el margen de goma de la escotilla y la pegajosa escotilla de emergencia, que se encontraba muy cerca.

Dando tumbos, tres clientes ancianos, agarrándose a los sudarios y empujándose en los cuerpos de cada uno de los otros, se apresuraron a llegar hasta el toro, maldiciendo mientras tanto a Spar.

—¡Que el cielo te estrangule!

—¡Que la tierra te entierre!

—¡Que el mar te ahogue!

—¡A ver qué es ese lenguaje, muchachos! —dijo Keeper con un tono de reproche—. Aunque estoy de acuerdo en que mi ayudante es un estúpido y un perezoso, no hay por qué decir porquerías.

Spar le arrojó el manojo de llaves. Los otros tres se arremolinaron alrededor del toro, codo con codo, como tres manchas grises con las cabezas dirigidas hacia la esquina azul.

—¡Abajo, abajo! —ordenó Keeper con indignación, enfrentándose a los tres—. ¿Acaso os creéis caballeros?

—Pero si todavía no estáis sirviendo a nadie ahí arriba.

—Sólo estamos nosotros tres.

—No importa —replicó Keeper—. ¡Corrección, bobos! A menos que queráis comprar la bolsa, daos la vuelta.

Emitiendo unos gruñidos, los tres se dieron la vuelta, de modo que sus cabezas se dirigieron hacia la esquina negra.

Sin preocuparse por girarse él mismo, Keeper les arrojó un delgado y débilmente retorcido cordón rojo con tres ramales. Cada uno de ellos cogió un ramal y se lo aplicó al rostro.

Con su mofletuda y gruesa mano sobre el centelleo de la válvula, Keeper dijo:

—Veamos antes vuestros vales.

Con murmullos de enojo, cada uno de ellos desenrolló algo, demasiado pequeño para que Spar pudiera verlo con claridad, y se lo tendió a Keeper, que estudió cada uno de los detalles antes de introducirlo en la caja registradora. Después, decretó:

—Seis segundos de brebaje. Chupad con rapidez.

A continuación, miró su muñeca y movió la otra mano.

Uno de los tres pareció ahogarse, pero resopló a través de su nariz y continuó succionando valerosamente.

Keeper cerró la válvula.

Instantáneamente, uno de los tres balbució acusadoramente:

—Nos lo has cortado demasiado pronto. Eso no han sido seis segundos.

—Os estoy dando un chorro de cuatro y otro de dos segundos —explicó Keeper con voz suave—. No quiero que os ahoguéis. ¿Estáis preparados otra vez?

Los bebedores absorbieron ávidamente su segundo chorro y después succionaron de sus tubos las gotas que quedaban, comenzando a hablar a continuación. Desde el lugar donde se encontraba, los agudos oídos de Spar pudieron captar la mayor parte de la conversación.

—Ha sido un día de dormir bastante sucio, Keeper.

—No, ha sido bueno... para un mamón borracho no es malo que su sangre sea succionada por un vampiro lleno de placer.

—A mí me dieron una dosis segura en Pete, gordo fantasmón.

—¿Pete está a salvo? ¡Eso sí que son noticias!

—¡Que los átomos sucios te manchen! Pero los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, justo en la narria principal de estribor, podéis creerme. ¡Por el cobalto noventa, Windrush se está quedando solo! En cualquier caso, eso es lo que pasa en la bodega tres. Durante el día, puede uno cruzar toda una galería sin encontrarse con un alma.

—¿Cómo sabes eso sobre las chicas? —preguntó el segundo mamón—. Quizá se hayan ido a otra bodega para intentar cambiar su suerte.

—Su suerte ya ha terminado. Suzy vio cómo eran secuestradas.

—No, Suzy no —corrigió Keeper, haciendo de árbitro—. Pero Mable sí.

Un destino adecuado para unos tontos borrachos.

—No tienes corazón, Keeper.

—Eso es cierto. Ésa es la razón por la que los vampiros pasan a mi lado sin hacerme nada. Pero, hablando en serio, muchachos, los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos por la tres. Yo he permanecido despierto durante todo el período de descanso, vigilando. Voy a enviar una queja al Bridge.

—Estás bromeando.

—¿No lo dirás en serio?

Solemnemente, Keeper inclinó la cabeza y cruzó su mano izquierda sobre el pecho. Los mamones quedaron impresionados.

Spar regresó en espiral hacia la esquina verde, limpiando en una zona cada vez más alejada de la pared. En su camino pasó sobre la mancha negra de Kim, que estaba recorriendo en círculo la periferia, saltando atentamente de un sudario a otro y dando algunas carreras ocasionales entre ellos.

Una figura de piel blanca y rellena, vestida con dos círculos azules —sostenes y bragas— se introdujo dando vueltas por la escotilla verde.

—Buenos días, Spar —le saludó una voz suave—. ¿Cómo va todo?

—Bien y mal —replicó Spar; la nube dorada del pelo rubio que flotaba suelto rozó su cara—. Voy a dejar de tomar el brebaje, Suzy.

—No seas demasiado duro contigo mismo, Spar. Trabaja un día, gandulea otro, juega otro día, duerme otro... De ese modo es mucho mejor.

—Lo sé. Día de trabajo. Día de descanso. Día de juego. Día de dormir. Doce días hacen un terrán, doce terranes hacen un solán, doce solanes hacen un estrellán, y así sucesivamente, hasta el final del tiempo. Con correcciones, según me ha dicho alguien. Quisiera saber qué significan todos esos nombres.

—Eres demasiado serio. Deberías... ¡Oh! ¡Un gatito! ¡Qué mono!

—¡Gatito que hierre! —siseó la sombra negra con la gran cabeza al pasar entre ellos—. Sssoy gato. Sssoy Kim.

—Kim es nuestro nuevo cazador de ratones —explicó Spar—. Él también es serio.

—Deja de perder el tiempo con el viejo sin dientes y sin ojos, Suzy —dijo entonces Keeper—, y ven para acá.

Cuando Suzy se dispuso a hacerlo así con un suspiro, tomando el camino más corto, sus suaves dedos rozaron la mejilla de Spar.

—Querido Spar... —murmuró.

Cuando sus pies pasaron junto a su rostro se produjo un tintineo del encantador brazalete que llevaba en el tobillo... Spar sabía que todos los corazones eran de oro.

—¿Has oído hablar de lo ocurrido con Girlie y con Sweetheart? —saludó uno de los mamones con sadismo—. ¿Qué te parecería sentir la carótida abierta o la ilíaca, y tu...?

—¡Cállate, mamón! —espetó Suzy, cortándole secamente—. Dame un trago, Keeper.

—Tu cuenta es muy larga, Suzy. ¿Cómo vas a pagar?

—No hagas juegos ahora, por favor, Keeper. Conoces todas las respuestas, especialmente a esa pregunta. Por ahora, dame una bolsa de brebaje oscuro. Y un poco de tranquilidad.

—Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Tienes que entregar tus marcas, pero...

Se produjo un gruñido estridente que se elevó rápidamente hasta convertirse en un grito de furor. Justo en el interior de la escotilla una figura pálida, vestida con bragas bermellón y sostenes —no, eran más anchos, una especie de chaqueta corta— forcejeaba furiosamente, dando vueltas de campana y patadas.

Al penetrar sin ningún cuidado y con demasiada rapidez, la delgada mujer había visto cómo partes de sí misma y de sus ropas eran agarradas en el interior del margen de la escotilla y en la escotilla de emergencia.

Soltándose mediante frenéticos forcejeos, mientras Spar se dirigía hacia ella y los mamones le daban consejos, la mujer consiguió dirigirse hacia el toro, sacudiéndose, con el pelo negro derramándose tras ella.

Elevándose con un impulso de cadera, se agarró las bragas bermellón y su chaqueta corta con una mano y extendió la otra sobre la barra.

Acercándose por detrás, Spar la oyó decir:

—Una doble bolsa de brebaje, Keeper. Rápido.

—Te deseo la mejor de las mañanas, Rixende —la saludó Keeper—. Me

encantaría servirte agua de oro, excepto por el hecho de que, bueno —los gruesos brazos se abrieron—, a Crown no le gusta que sus chicas acudan por sí mismas al Bat Rack. La última vez me dio órdenes estrictas de...

—¡Vaya! He venido aquí de parte de Crown, para encontrar algo que perdió. Mientras tanto, ponme brebaje, ¡y doble!

Aporreó la barra hasta que la reacción la hizo elevarse, volviendo después a su sitio con la ayuda de Spar, a quien no dio las gracias.

—Con suavidad, con suavidad —dijo Keeper amablemente, mientras los diminutos borrones marrones de sus ojos se desvanecían con su sonrisa burlona—. ¿Qué pasará si Crown viene por aquí mientras tú estás empinando el codo?

—¡No lo hará! —denegó Rixende con vehemencia, aunque mirando rápidamente por detrás de Spar... una sombra oscura, una sombra de rostro pálido, y de nuevo una sombra negra—. Ha conseguido una chica nueva. No me refiero ni a Phanette, ni a Doucette, sino a una chica que no has visto antes. Se llama Almodie. Estará ocupado durante toda la mañana con esa perra enflaquecida. Y ahora, desenjaula ese brebaje doble, sucio diablo.

—Con suavidad, Rixie. Todo en su momento. ¿Qué es lo que ha perdido Crown?

—Una pequeña bolsa negra. Así de grande —y extendió su delgada mano, con los dedos juntos—. La perdió aquí el último día de juego, o la hizo transportar y alguien la perdió.

—¿Has oído eso, Spar? —preguntó Keeper.

—Por aquí no hay ninguna pequeña bolsa negra —contestó Spar con rapidez—. Sin embargo, la última noche te dejaste aquí tu gran bolsa de color naranja, Rixende. Iré a buscarla.

Spar se introdujo en el interior del toro.

—¡Oh, maldita sea con las dos bolsas! ¡Dame ese doble! —pidió ansiosamente la muchacha de pelo negro—. ¡Por la madre Tierra!

Hasta los mamones se quedaron boquiabiertos. Llevándose las manos a ambos lados de la cabeza, Keeper rogó:

—No digas esas obscenidades, por favor. Suenan mucho peor cuando las dice una mujer delicada, Rixende.

—¡He dicho por la madre Tierra! Y ahora, basta de tonterías, Keeper, y dame el doble antes de que te arañe la cara y te lo revuelva todo.

—Muy bien, muy bien. En seguida. Pero ¿cómo me vas a pagar? Crown me dijo que me anularía la licencia si volvía a ponerte en su lista. ¿Tienes vales? ¿O acaso... monedas?

—¡Utiliza tus ojos! ¿O es que crees que esta chaqueta tiene bolsillos interiores? —y mientras hacía esta pregunta abrió la chaqueta, dejando al descubierto su exquisito cuerpo, volviéndola a cerrar inmediatamente después.

—¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! —balbucieron los mamones, escandalizados.

Suzy lanzó un bufido de fastidio.

Con una de sus gruesas manos, Keeper tocó la muñeca de Rixende, allí donde un impreciso contorno amarillento la rodeaba estrechamente.

—Has conseguido oro —dijo con un tono de voz apresurado, mientras sus ojos volvían a desvanecerse, a consecuencia esta vez de la codicia.

—Sabes perfectamente bien que están soldadas. Y los brazaletes de mis tobillos también.

—Pero ¿y éstos? —preguntó, y su mano se dirigió hacia un contorno dorado situado junto a su cabeza.

—También está soldado. Crown me hizo agujerear las orejas.

—Pero...

—¡Oh, maldito diablo! Ya te comprendo. Está bien. Está muy bien.

Estas últimas palabras terminaron en un grito, más de rabia que de dolor, cuando ella cogió uno de los objetos de oro y estiró con fuerza de él. La sangre surgió rápidamente. La mujer extendió entonces la mano cerrada.

—¡Y ahora, dámelo! Oro a cambio de un brebaje doble.

Keeper respiró con dificultad, pero no dijo nada mientras revolvía en la caja de brebajes, como si supiera que había ido demasiado lejos. Los mamones también guardaron silencio. Suzy pareció no sentirse impresionada en absoluto cuando dijo:

—Yo no sé nada de esto.

Spar encontró una esponja seca y fresca y recogió expertamente los

glóbulos escarlata que flotaban, antes de apretar la esponja contra la oreja desgarrada de Rixende.

Keeper estudió el pesado pendiente de oro, que mantuvo muy cerca de su rostro. Rixende se llevó la bolsa doble a los labios, apretándola contra ellos, y sus ojos desaparecieron mientras sorbía con deleite. Spar guió la mano libre de Rixende hacia la esponja y ella, automáticamente, se hizo cargo de la tarea de mantenerla apretada contra su oreja. Suzy lanzó un suspiro de desesperación y después dirigió su cuerpo rechoncho hacia la barra, introdujo la mano en una caja fría y ella misma se sirvió un doble de negro.

Una figura alargada y delgada, muy morena, vestida con un jersey de color violeta oscuro, muy apretado a la piel, y moteado de plata, se introdujo en la sala procedente de la oscura escotilla roja, a una velocidad de aproximadamente el doble de la que Spar jamás se había atrevido, y sin rozar siquiera con ningún sudario, ni intencionadamente ni por accidente. A medio camino, el recién llegado dio una semivuelta de campana al pasar junto a Spar, y sus largos y estrechos pies desnudos chocaron contra el soporte que estaba cerca de Rixende. Se extendió hacia arriba con tal habilidad que el toro apenas si se balanceó.

Un brazo muy oscuro se enroscó alrededor de ella. El otro dio un estirón de la bolsa, apartándola de su boca, y se produjo un chasquido cuando él cerró la tapa.

—¿Qué te dijimos que sucedería, muñeca —preguntó una voz perezosamente musical—, si volvías a tomar una bebida por cuenta propia?

El Bat Rack se mantuvo en silencio. Keeper estaba apoyado de espaldas contra la parte opuesta del hueco, con una mano detrás de él. Spar colocó su brazo en su rincón, detrás de las cajas de brebaje, y lo mantuvo allí. Sintió cómo un sudor de miedo le inundaba el cuerpo. Suzy mantuvo su bolsa de brebaje oscuro cerca de su rostro.

Un mamón rompió el silencio con una tos violenta, que terminó en una respiración sibilante, y finalmente balbució en un tono servil:

—Perdóneme, coronel. Saludos.

Keeper habló inesperadamente, con un tono sordo:

—Buenos días..., Crown.

Suavemente, Crown apartó la chaqueta de uno de los hombros de Rixende y comenzó a acariciarla.

—Pero ¡cómo, querida! ¡Si tienes la carne de gallina! Y estás toda rígida como un cadáver. ¿Qué es lo que te asusta? Suavízate la piel. Deja sueltos los músculos. Relájate, Rix, y te daremos un chorro.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, investigó, encontró la parte húmeda y después se la llevó hacia el centro de su rostro, oliéndola.

—Bueno, muchachos, al menos sabemos que ninguno de vosotros sois unos vampiros —observó con suavidad—. De otro modo, os habríamos encontrado sorbiéndole la oreja.

Con un tono de voz monótono, Rixende dijo rápidamente:

—No había venido a buscar un trago. Te lo juro. Vine para recoger esa pequeña bolsa que habías perdido. Entonces, me sentí tentada. No sabía que me pasaría eso. Traté de resistirme, pero Keeper me estimuló. Yo...

—Cállate —dijo Crown con tranquilidad—. Nos estábamos preguntando simplemente cómo le habías pagado. Ahora lo sabemos. ¿Cómo planeabas conseguir tu tercer doble? ¿Cortándote una mano, o un pie? Keeper..., enseñame la otra mano. Hemos dicho que la enseñes. Eso es. Y ahora, ábrela.

Crown recogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Manteniendo durante todo el rato sus manchas oculares marrones y amarillentas sobre Keeper, sopesó una y otra vez el precioso adorno y después lo arrojó lentamente hacia arriba.

Mientras la mancha dorada se movía hacia la abierta escotilla azul, a una velocidad constante, Keeper abrió y cerró la boca dos veces y, finalmente, balbució:

—Yo no la he tentado, Crown, de verdad que no lo hice. No sabía que estaba dispuesta a herirse la oreja. Traté de detenerla, pero...

—No estamos interesados en eso —dijo Crown—. Pon el doble en nuestra lista.

Sin dejar de mirar a Keeper, extendió el brazo hacia arriba y recogió el pendiente en el aire, justo antes de que se alejara, fuera de su alcance.

—¿Por qué está tan muerto este lugar de alegría?

Al hacer esta pregunta, extendió una de sus largas piernas sobre la barra,

con la misma facilidad como si fuera un brazo, y con dos dedos de sus pies Crown agarró la oreja de Spar y le atrajo hacia sí, dándole la vuelta. Después, preguntó:

—¿Qué tal te va el agua salada, muchacho? ¿Endurecimiento de las encías? Sólo hay una forma de comprobarlo —y agarrando la quijada y el labio de Spar con sus otros dedos, introdujo el dedo gordo del pie en la boca de Spar—. Vamos, muérdeme, muchacho.

Spar mordió. Era la única forma de no vomitar. Crown se echó a reír entre dientes. Spar mordió con dureza. La energía llenó su temblorosa estructura. Su rostro se calentó y su frente se estremeció bajo la capa de sudor producida por el miedo. Estaba seguro de estar haciendo daño a Crown, pero el coronel de la bodega tres siguió manteniendo su leve y deliciosa sonrisilla, y cuando Spar dejó de morder para respirar, retiró el pie.

—Vaya, vaya. Te estás haciendo fuerte, muchacho. Casi hemos podido sentir eso que has hecho. Toma un trago a nuestra salud.

Spar apartó la boca, estúpidamente abierta, del delgado chorro de brebaje. El chorro le dio en el ojo y tuvo que cerrar los puños y apretarse los intestinos para no ponerse a gritar.

—¿Cómo es que este lugar está tan muerto, vuelvo a preguntar? Ningún aplauso para el muchacho y ahora el muchacho está de mal humor con nosotros. ¿Es que no podéis ofrecernos aunque sólo sea una débil sonrisa? —y Crown fue mirando alternativamente a todos los presentes—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Es que el gato os ha comido las lenguas?

—¿Gato? Tenemos un gato, un gato nuevo que llegó la última noche y que trabaja dedicándose a cazar ratones —balbució de repente Keeper—. Puede hablar un poco. No tan bien como Hellhound, pero habla. Es muy divertido. Cazó una rata.

—¿Qué hiciste con el cuerpo de la rata, Keeper?

—Lo arrojamos al masticador. Bueno, lo hizo Spar, o el gato.

—¿Quieres decir que habéis dispuesto de un cuerpo sin notificárnoslo? ¡Oh, no te pongas pálido por eso, Keeper! Eso no es nada. Podríamos acusarte de esconder un gato embrujado. Has dicho que apareció la última noche, y esa noche estuvo bastante poblada de brujas. Y ahora, no te pongas

verde tampoco. Sólo estábamos puntualizando las cosas. Sólo estábamos buscando una sonrisa, por pequeña que fuera.

—¡Spar! ¡Llama a tu gato! Hazle que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar al gato, e incluso decidir si iba a llamar a Kim o no, la sombra negra apareció sobre un sudario, cerca de Crown, con sus ojos verdes fijos en los marrones y amarillentos.

—Así es que tú eres el parlanchín, ¿eh? Bien... Di algo divertido.

Kim aumentó de tamaño. Spar se dio cuenta de que sólo se trataba de su pelo, que se había puesto de punta.

—Vamos, adelante, di algo gracioso..., como ellos dicen que puedes hacer. Keeper, ¿no habrás estado bromeando con nosotros al decirnos que este gato puede hablar, verdad?

—¡Spar! ¡Haz que tu gato diga algo gracioso!

—No te preocupes. Creemos que a él también le ha desaparecido la lengua. ¿Es eso lo que te pasa, negro?

Extendió una mano. Kim le lanzó un mordisco y se apartó de un salto. Crown se limitó a esbozar una de sus leves sonrisillas burlonas.

Rixende comenzó a temblar incontrolablemente. Crown la examinó solícito, aunque despacio, utilizando su mano extendida para hacerle volver la cabeza hacia él, de modo que cualquier gota de sangre que hubiera podido surgir a causa del mordisco del gato pudiera desaparecer en la esponja.

—Spar juró que el gato podía hablar —balbució Keeper—. Yo...

—Tranquilo —dijo Crown.

Cogió la bolsa, llevándola hacia los labios de Rixende, y la apretó hasta que el temblor de la mujer fue remitiendo y la bolsa quedó vacía. Después, extendió la arrugada bolsa de pliofilm hacia Spar.

—Y ahora, veamos lo de esa pequeña bolsa negra, Keeper —dijo Crown sin entonación alguna.

—¡Spar!

Éste se inclinó en su rincón, y dijo tranquilamente:

—No hay ninguna pequeña bolsa negra, coronel, pero hemos encontrado esta otra que Rixende se olvidó la noche del último día de juego —y se volvió sosteniendo algo grande, redondo, de un brillante color naranja y

cerrado con cuerdas estiradas.

Crown la tomó y la balanceó lentamente, en un círculo. Para Spar, que no podía ver las cuerdas, era como un acto de magia.

—Grande, demasiado grande y un poco con la forma incorrecta. Estamos seguros de que perdimos aquí esa pequeña bolsa negra, o la hicimos transportar. ¿Acaso estás convirtiendo el Bat Rack en una especie de tómbola, Keeper?

—¿Spar...?

—Te estamos preguntando a ti, Keeper.

Haciendo a un lado a Spar, Keeper removi6 frenéticamente en el rinc6n, apartando cajas de brebajes. Fue sacando de all6 muchos objetos peque6os. Spar pudo distinguir los de mayor tama6o... un farol el6ctrico de mano, y un brillante guante de pie, de color rojo. Los objetos quedaron suspendidos en el aire, alrededor de Keeper, en un mont6n.

Keeper estaba jadeando y ya llevaba todo un minuto con las manos metidas en el rinc6n, sin sacar nada m6s de 6l, cuando Crown, con un tono de voz tranquilo, dijo:

—Ya es suficiente. En cualquier caso, la peque6a bolsa negra no ten6a ninguna importancia para nosotros.

Keeper surgi6 del rinc6n con un rostro doblemente borroso. Deb6a de estar rodeado por un halo de sudor. Se6al6 la bolsa de color naranja con un brazo.

—¡Puede estar dentro de 6sa! —exclam6.

Crown abri6 la bolsa, empez6 a buscar en su interior, cambi6 de opini6n y sacudi6 ligeramente toda la bolsa, con la abertura hacia abajo. Su numeroso contenido sali6 de la bolsa, movi6ndose lentamente hacia arriba, a una velocidad igual, como un ej6rcito en marcha con un orden irregular. Crown fue recogiendo los objetos a medida que pasaban ante 6l.

—No, no est6 aqu6 —dijo, tendiendo la bolsa hacia Keeper—. Vuelve a poner las cosas de Rix en la bolsa y ten6a preparada para nosotros la pr6xima vez que vengamos...

Colocando el brazo alrededor de Rixende, de modo que era su mano la que sosten6a la esponja junto a la oreja, se volvi6 y tom6 un poderoso

impulso hacia la escotilla de proa. Una vez desaparecido, pero sólo al cabo de unos segundos, se produjo un suspiro general de alivio y los tres mamones sacaron nuevos tacos de vales para pagar otro trago. Suzy pidió un segundo oscuro doble, que Spar le tendió rápidamente, mientras Keeper se sacudía la aturdida cabeza y le decía a Spar:

—Recoge todas las cosas que flotan por ahí, especialmente las de Rixie, y colócalas en su bolsa. ¡Vamos, holgazán!

Después, utilizó el farol eléctrico de mano para enfriarse y secarse.

No era una tarea despreciable la que Keeper había ordenado a Spar, pero Kim vino en su ayuda, cazando rápidamente los objetos que eran demasiado pequeños para que Spar los viera. Una vez los tenía en sus manos, Spar podía saber lo que era por el tacto o por el olor.

Una vez desaparecida su rabia impotente contra Crown, los pensamientos de Spar regresaron a la noche del día de dormir. Pensó en las visiones que había tenido de vampiros y hombres-lobo, y se preguntó si aquello sólo había sido un sueño... ahora que sabía que aquellos seres habían estado a bordo. Si por lo menos tuviera mejores ojos para distinguir la ilusión de la realidad... El «Mira, mira bien» de Kim acudió a su memoria. ¿Qué es lo que tenía que mirar bien? ¿Todo lo que fuera luminoso? ¿O lo que estuviera más cerca?

Al cabo de un rato, durante el que se fatigó mucho, los objetos desparramados fueron reunidos y después volvió a su tarea de barrer, mientras Kim continuaba su caza de ratones. A medida que avanzaba el día de trabajo, el Bat Rack se hizo gradualmente menos brillante, aunque de un modo tan lento que resultaba difícil darse cuenta.

Llegaron unos pocos clientes más, pero todos ellos tomaron sus bebidas rápidamente, bebidas que Keeper les sirvió con un aire taciturno. Suzy no les juzgó con el valor necesario para entenderse con ninguno de ellos.

A medida que el tiempo transcurría lentamente, Keeper se fue poniendo de un humor cada vez más agrio e impaciente, como Spar supo que sucedería después de la actitud servil adoptada ante Crown. Trató de echar de allí a los tres mamones, pero éstos sacaron más vales arrugados que una cuidadosa inspección demostró ser válidos. Como venganza, les sirvió corto y hubo discusiones. Después, llamó a Spar, interrumpiendo su trabajo, para

preguntarle:

—Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿verdad? Tendremos que deshacernos de él. Crown dijo que podía ser un gato embrujado, ¿recuerdas?

Spar no le contestó. Keeper le ordenó que renovara la cola de las escotillas de emergencia, diciendo que el hecho de que Rixende hubiera podido apartarse de un tirón de la de proa, demostraba que debía de estar secándose. Tomó unos estimulantes del apetito y bebió brebaje con zumo de tomate. Roció el Bat Rack con una esencia sintética abominable. Empezó a contar después los vales y las monedas de la caja, pero abandonó esta tarea cerrando de un golpe la caja de cerradura automática casi antes de empezar. Su rostro huraño se fijó en Suzy.

—¡Spar! —llamó—. ¡Hazte cargo! ¡Y no des demasiado de beber a los mamones, bajo tu responsabilidad!

Después, haciendo un gesto significativo con la cabeza a Suzy, indicándole la escotilla escarlata de estribor, se dirigió hacia ella. Suzy le siguió con un gesto de hastío, encogiéndose de hombros al pasar junto a Spar.

Una vez que la pareja se hubo marchado, Spar dio a los mamones un trago de ocho segundos, rechazando sus vales, y colocó dos pequeñas cajas de servicio ante ellos, llenas de fritos y bolas de levadura. Ellos se lo agradecieron y se abalanzaron sobre lo servido. La luz cambió, de un luminoso saludable a un blanco cadavérico. Se produjo un rugido, débil y distante, seguido, algunos segundos más tarde, por un breve crescendo de crujidos. La nueva luz hizo que Spar se sintiera incómodo. Sirvió dos bebidas y aperitivos más y vendió una bolsa de brebaje por el doble de su valor de compra. Comenzó a tomar un estimulante del apetito, pero precisamente entonces Kim saltó hacia él para mostrarle con orgullo un ratón. Reprimió sus náuseas, pero empezó a sentir miedo ante la arremetida de los verdaderos síntomas reprimidos.

Una figura barriguda, vestida de un sombrero negro, atravesó la escotilla verde. En la parte superior de la barra apareció un rostro en el que la borrosa impresión del pelo y la barba blanca casi ocultaba una carne marrón como el cuero, aunque acentuaba los borrones de los ojos grises.

—¡Doc! —saludó Spar, sintiendo cómo desaparecía su tristeza y su

intranquilidad.

Extendió instantáneamente una bolsa helada de brebaje tres estrellas. Sin embargo, y debido a su excitación, todo lo que fue capaz de decir fue un banal:

—Una mala noche en el día de dormir, ¿eh, Doc? Los vampiros y...

—... Y otras estúpidas supersticiones, que crecen a cada solán, pero que nunca desaparecen —le cortó una voz amable y cínica—. Sin embargo, supongo que no debo robarte tus ilusiones, Spar, ni siquiera de las más terroríficas. Tal y como están las cosas, tienes poco que vivir. Y hay un movimiento viciado aquí en Windrush. ¡Ah! Eso sabe muy bien en mis amígdalas.

Entonces, Spar recordó lo importante. Introduciendo profundamente una mano en su traje, sacó una pequeña y achatada bolsa negra, de modo que ésta quedaba oculta a los mamones que estaban en una posición inferior.

—Mira, Doc —murmuró—. La perdiste el último día de juego. La he mantenido bien guardada para ti.

—Maldita sea, antes perdería la ropa que quitarme esa bolsa —comentó Doc, bajando el tono de su voz cuando Spar se llevó un dedo a los labios—. Supongo que empecé a mezclar un brebaje con otro una vez más..., ¿verdad?

—Lo hiciste, Doc. Pero no fuiste tú quien perdiste la bolsa. Crown o una de sus chicas la cogió o la escondió cuando estaba suelta detrás de ti. Y entonces, yo..., yo, Doc, se la saqué a Crown de su propio bolsillo. Sí, y he mantenido el secreto cuando Crown y Rixende vinieron esta mañana a buscarla.

—Spar, muchacho, te estoy profundamente agradecido —dijo Doc—. Mucho más de lo que puedas imaginarte. Ponme otras tres estrellas, por favor. ¡Ah, esto es néctar! Spar, pídemme cualquier recompensa, y si se encuentra en el reino de la primera infinitud transfinita, te garantizo que la tendrás.

Ante su propia sorpresa, Spar comenzó a temblar... lleno de excitación. Adelantando medio cuerpo sobre la barra, murmuró con una voz ronca:

—Proporcióname unos ojos buenos, Doc —y añadió impulsivamente—: ¡Y unos buenos dientes!

Después de lo que pareció ser un rato muy largo, Doc, con un tono de voz ensoñador y lleno de pena, dijo:

—Eso habría sido muy fácil en los viejos tiempos. Hacían perfectamente trasplantes de ojos. Podían regenerar los nervios craneales e incluso en ocasiones podían restaurar la capacidad de exploración de un cerebro dañado. En cuanto al trasplante de injertos de diente de un niño nacido muerto, era un juego de niños que hacían los médicos internos. Pero ahora... ¡Oh! Podría ser capaz de hacer lo que me pides de acuerdo con una técnica antigua, incómoda e inorgánica, pero...

Se detuvo con un último tono de voz que denotaba la tristeza de la vida y la inutilidad de todo esfuerzo.

—Los viejos tiempos —dijo un mamón con la comisura de los labios a otro que se encontraba junto a él—. ¡Palabras embrujadas!

—¡Brujerías! —dijo el otro de un modo similar—. La mecánica de la carne es senil. Ese sueña los cuatro días y no sólo el día de dormir.

El tercer mamón lanzó un silbido como el viento.

Spar estiró la alargada manga del jersey negro de Doc.

—Doc, me lo prometiste. Quiero ver bien, perfectamente bien.

Doc colocó compasivamente su contrahecha mano sobre el antebrazo de Spar.

—Spar —dijo, con suavidad—, el ver perfectamente bien sólo contribuiría a hacerte un infeliz. Créeme, yo lo sé. La vida es mucho más soportable cuando las cosas aparecen borrosas, del mismo modo que también lo es cuando los pensamientos se ven entontecidos por cualquiera de los dos brebajes. Y aunque en Windrush hay gente que ansia poder morder fuerte, tú no eres de los de su clase. Ponme otra tres estrellas, por favor.

—He dejado de tomar el brebaje esta mañana, Doc —dijo Spar con un tono de orgullo mientras extendía la bolsa fresca.

—Hay muchos que dejan de tomar el brebaje cada mañana de trabajo —dijo Doc con una sonrisa maliciosa—, y cambian de idea cuando llega el día de juego.

—¡Yo no, Doc! Además —argumentó Spar—, Keeper y Crown y sus chicas, y hasta la misma Suzy, todos ellos ven bien y no por eso son infelices.

—Te diré un secreto, Spar —replicó Doc—. Keeper y Crown y las chicas son todos cadáveres resucitados por arte de magia. Sí, hasta el propio Crown, con su buena vista y su poder. Para ellos, Windrush es el universo.

—¿Y no es así, Doc?

Ignorando la interrupción, Doc continuó hablando:

—Pero tú no serías como ellos, Spar. Querrías saber más. Y eso te haría mucho más infeliz de lo que ya eres.

—Eso no me importa, Doc —dijo Spar, y repitió acusadoramente—: Me lo prometiste.

Las borrosas manchas grises de los ojos de Doc casi se desvanecieron cuando frunció el ceño, reflexivamente. Después, dijo:

—¿Cómo puede ser eso, Spar? Sé que los brebajes producen dolor y sufrimientos, al mismo tiempo que buena vida y alegrías. Pero suponte que cada mañana de un día de trabajo, y cada tarde de un día de descanso, te traigo una pequeña píldora que te proporcionará todos los buenos efectos del brebaje, sin producirte los malos. Tengo una en esta bolsa. Tómatela ahora y ya verás. Y cada noche de un día de juego te traeré sin fallar otra clase de pastilla que te hará dormir perfectamente sin que padezcas ninguna pesadilla. Eso es mucho mejor que tener ojos y dientes buenos. Piénsatelo.

Mientras Spar lo consideraba, Kim se elevó con un impulso. Miró a Doc con sus borrosas manchas verdes.

—Ssaludoss resspetuossoss, sseñor —siseó—. Me llamo Kim.

—Lo mismo le digo, señor —contestó Doc—. Que los ratones sean siempre abundantes —acarició suavemente al gato, comenzando por la barbilla y el pecho de Kim; cuando habló de nuevo, volvía a tener un acento de ensoñación—. En los viejos tiempos, todos los gatos hablaban y no sólo unos pocos ejemplares. Era toda la raza felina. Y también muchos perros... Lo siento, Kim. En cuanto a los delfines, las ballenas y los monos...

—Contéstame una pregunta, Doc —le interrumpió Spar con impaciencia—. Si tus píldoras proporcionan felicidad sin producir resaca, ¿por qué tú bebes siempre brebaje y a veces lo mezclas?

—Porque para mí... —comenzó a decir Doc, pero se detuvo de repente con una mueca—. Está bien, Spar, me has atrapado. Nunca creí que utilizaras

tu mente. Ha sido muy bueno por parte de tu mente. Ven a mi despacho este mismo día de descanso... ¿Sabes el camino? Bien. Ya veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, ponme uno doble para ir bebiéndolo por el pasillo.

Pagó en relucientes monedas, se echó la gran bolsa tres estrellas en un bolsillo y dijo:

—Te veré más tarde, Spar. Hasta luego, Kim —y tomando impulso se dirigió hacia la escotilla verde, zigzagueando.

—Hasta luego, señor —se despidió Kim, siseando tras él.

Spar sostuvo en alto la pequeña bolsa negra y le llamó.

—Te la has vuelto a olvidar, Doc.

Cuando Doc regresó con un giro brusco y se la metió en el bolsillo, la escotilla escarlata se describió y Keeper penetró en la sala. Ahora, parecía estar de buen humor y silbó la canción *Me casaré con el hombre del Bridge* mientras empezaba a estudiar algunos vales, pero una vez se hubo marchado Doc, preguntó sospechosamente a Spar:

—¿Qué es lo que le has entregado al viejo?

—Su bolsa —contestó Spar con tranquilidad—. Se le acababa de olvidar ahora —sacudió después la mano, débilmente cerrada, y algo tintineó en su interior—. Doc ha pagado con monedas, Keeper.

Keeper las cogió ávidamente y dijo:

—Vuelve a limpiar, Spar.

Mientras Spar se dirigía a la escotilla escarlata dispuesto a limpiar las escotillas de babor, apareció Suzy, que pasó junto a él desviando el rostro. Se acercó cautelosamente a la barra y, sin sonreír, cogió la bolsa de brebaje que Keeper le ofreció con una burlona elegancia.

Spar sintió un breve acceso de rabia por el comportamiento de Suzy, pero le resultaba difícil mantener la atención de su mente en algo que no fuera su próxima cita con Doc. Cuando llegó rápidamente la noche del día de trabajo, como un cortante cuchillo, apenas si se dio cuenta de ello y no sintió la intranquilidad a que estaba acostumbrado. Keeper encendió todas las luces del Bat Rack, y éstas brillaron luminosamente mientras que al otro lado de las paredes translúcidas se notaba un resplandor lechoso.

El trabajo aumentó un poco. Suzy se entendió a la primera llamada que recibió. Keeper llamó a Spar para que se hiciera cargo del toro mientras él conseguía una hoja de papel muy borrada y, manteniéndola sobre una tablilla apoyada sobre sus rodillas dobladas, escribía laboriosamente en ella como si estuviera pensando cada una de las palabras, y quizá cada letra, llevándose a menudo la punta del lápiz a la boca. Quedó tan absorto en su difícil tarea que, sin darse cuenta, se elevó hacia la escotilla oscura, dando más y más vueltas. El papel se puso cada vez más sucio con sus garabatos, manchas, nuevas borraduras, saliva y sudor.

La corta noche transcurrió mucho más rápidamente de lo que Spar se había atrevido a esperar, de tal modo que el resplandor repentino del amanecer del día de descanso le asombró. La mayor parte de los clientes se marcharon para dormir su siesta.

Spar se preguntó qué excusa podría darle a Keeper para abandonar el Bat Rack, pero el problema lo resolvió el propio Keeper, que dobló la mugrienta hoja de papel y la cerró con cinta caliente.

—Lleva esto al Bridge y entrégaselo al Ejec. Wait —después, cogió la bolsa de color naranja del rincón donde había sido guardada y estiró de las cuerdas para asegurarse de que estaban fuertemente atadas—. De paso, lleva esto a la bodega de Crown. ¡Con toda la cortesía y subordinación, Spar! ¡Y ahora, vete!

Spar se metió el mensaje sellado en su único bolsillo y lo cerró con la cremallera. Después, tomó un lento impulso hacia la escotilla de proa, donde casi chocó contra Kim. Al recordar las palabras de Keeper sobre desembarazarse del gato, le pasó suavemente una mano bajo el cuerpo, por detrás de las patas delanteras, y se lo introdujo en su traje, murmurando:

—Darás un pequeño paseo conmigo, pequeño Kim.

El gato colocó sus garras sobre el delgado material, agarrándose firmemente a él.

Para Spar, el pasillo era un estrecho cilindro que terminaba en un final neblinoso en ambos sentidos, y que estaba decorado con alargadas manchas de verde y rojo. Se guió principalmente por el tacto y la memoria, recordando en esta ocasión que debía impulsarse sobre la línea central con ambas manos

extendidas hacia los dos lados. Tras haber recorrido los grandes cilindros de los pasillos de popa a proa, el conducto se enderezaba. En dos ocasiones se abrió paso alrededor de ventiladores que pendían centralmente y que zumbaban con tal suavidad que los reconoció por el aumento de la brisa, notado antes de pasar junto a ellos, y por la ligera succión percibida después de pasar.

No tardó en percibir un creciente olor a tierra y a materia verde. Pasó con un estremecimiento junto al agujero negro que era la puerta de cortinas elásticas que daba al gran masticador de la bodega tres. No se encontró con nadie... cosa extraña, incluso para un día de descanso. Finalmente, vio el verde de los jardines de Apolo y detrás una enorme pantalla negra en la que se encaramaba hacia la parte de proa un pequeño y humeante círculo anaranjado que siempre llenaba a Spar de un inexplicable temor. Se preguntó en cuántas pantallas negras estaría representado aquel lúgubre círculo, especialmente en el extremo de estribor del Windrush. Lo había visto en varias.

El pasillo doblaba hacia la derecha, pasando tan cerca de los jardines que pudo distinguir unos vacilantes parpadeos verdes y la silueta de un granjero flotante. Dos docenas de impulsos a lo largo de la línea y flotó en una escotilla abierta que, tanto el recuerdo de la distancia como el fuerte olor a almizcle y a perfumes mezclados, le indicaron que aquélla era la entrada al hueco de Crown. Asomando la cabeza cuidadosamente, pudo ver las espirales entresoldadas de colores negro y plateado que formaban parte de la decoración de la gran sala globular. Directamente frente a la escotilla había otra gran pantalla negra con el borroso disco moteado de rojo situado de un modo similar en el centro.

Por debajo de la mandíbula de Spar, Kim siseó muy suavemente, pero con urgencia:

—¡Alto! ¡Ssilencio, por tu vida!

El gato había sacado la cabeza por la abertura del cuello del traje de Spar. Sus orejas hacían cosquillas en el cuello del hombre. Spar se estaba acostumbrando a las advertencias de Kim y, en cualquier caso, apenas si necesitaba escuchar aquella advertencia. Acababa de ver la media docena de

cuerpos desnudos y flotantes, y habría permanecido en silencio aunque sólo fuera por la turbación que sentía. No es que Spar pudiera ver más, a aquella distancia, las partes genitales que las orejas. Pero pudo ver que, aparte del pelo, cada cuerpo era de una textura: uno muy moreno y oscuro, y los otros cinco —¿o eran cuatro?; no, cinco— rubios. No reconoció a los dos con pelo platino y dorado, que también parecían ser los dos más pálidos. Se preguntó quién de ellos sería la nueva chica de Crown, que se llamaba Almodie. Se sintió aliviado por el hecho de que ninguno de los cuerpos le tocara.

Había un destello de metal en la chica de pelo dorado, y pudo distinguir la mancha roja de un delicado tubo de cinco puntas que iba desde el metal hacia las otras cinco caras. Parecía extraño que, incluso con una chica que actuaba de camarera, Crown hiciera servir el brebaje de una forma tan plebeya en su hueco palaciego. Desde luego, el tubo podía contener vino, o incluso brebaje combinado.

¿O es que Crown planeaba abrir un bar rival del Bat Rack? Aquellos tiempos eran pobres para eso, y también se trataba de un lugar peor, musitó para sí, tratando de pensar qué podía hacer con la bolsa de color naranja.

—¡Lárgate! —le susurró Kim mucho más suavemente.

Los dedos de Spar encontraron un anillo de agarre en la escotilla. Con el más débil de los clicks lo aseguró alrededor de las cuerdas de la bolsa y después se impulsó, retrocediendo por el mismo camino por el que había llegado.

Pero por muy débil que fuera el click, hubo una respuesta desde el hueco de Crown..., un gruñido muy profundo y largo.

Spar se deslizó con mayor rapidez por la línea central. Al doblar la esquina que conducía hacia el interior, miró hacia atrás.

Surgiendo de la escotilla de Crown, apareció una cabeza de orejas puntiagudas, más estrecha que la de un hombre y más oscura incluso que la de Crown.

Se repitió entonces el gruñido.

Era ridículo sentirse tan atemorizado ante Hellhound, se dijo Spar a sí mismo mientras se sacudía a lo largo del pasillo. Algunas veces, el propio Crown había llevado a su gran perro al Bat Rack.

Quizá se debiera al hecho de que Hellhound nunca gruñía en el Bat Rack, y sólo hablaba con unos cien monosílabos.

Además, el perro no podía impulsarse por sí mismo a lo largo de la línea central, a ninguna velocidad. Le faltaban garras lo bastante afiladas. Aunque fuera capaz de inclinarse hacia adelante, iría dando tumbos de un lado a otro del pasillo.

En esta ocasión, las cortinas negras del gran mascador hicieron que Spar girara violentamente la cabeza... ¡Qué bonito era aquello! Iba a conseguir nuevos ojos aquel día y se sentía atemorizado como un niño.

—¿Por qué intentaste asustarme allí atrás, Kim? —preguntó con enojo.

—Vi que era malo, isssiota.

—Sólo viste a cinco personas tomando brebaje. Y a un perro inofensivo. En esta ocasión eres tú el tonto, Kim.

Kim guardó silencio, escondió la cabeza y se negó a decir nada más. Spar recordó la vanidad y la susceptibilidad de todos los gatos. Pero, en estos momentos, tenía otras preocupaciones. ¿Qué sucedería si la bolsa de color naranja era robada por cualquiera que pasara por allí antes de que Crown se diera cuenta de su presencia? Y si era Crown quien la encontraba, ¿acaso no sabría entonces que había sido él, Spar, el perenne recadero de Keeper, quien había estado echando un vistazo en el interior? ¡Y que todo aquello sucediera en el día más importante de su vida! Su victoria verbal sobre Kim no era más que un pequeño consuelo.

Por otra parte, y aunque de las dos mujeres extrañas la que más le interesó fue la de pelo platino, algo empezó a preocuparle; algo relacionado con la mujer que actuaba de camarera, la que tenía el pelo dorado como Suzy, pero que era mucho más delgada y pálida..., tenía la impresión de que la había visto antes. Y hubo algo en ella que le atemorizó.

Cuando llegó a los pasillos centrales, estuvo tentado de acudir al despacho de Doc antes que ir al Bridge. Pero deseaba poder relajarse en el despacho de Doc, tomándose todo el tiempo que necesitara, sabiendo que ya había cumplido con todos los recados.

De mala gana, penetró en el ventoso pasillo violeta y se dirigió hacia un ángulo de la proa, buscando el primer espacio vacío de la línea central del

pasillo, de modo que las palmas de sus manos sólo se quemaron un poco antes de mantenerse firmemente sobre la línea y ser impulsado hacia adelante aproximadamente a la misma velocidad que el viento. Keeper era un avaro, no sólo por no comprarle unos guantes de mano, por no hablar de los guantes de pie..., pero ahora tenía que prestar una gran atención para pasar los rodillos tiradores que mantenían la gruesa línea móvil en el centro del gran pasillo. Era una tarea fácil distinguir la línea por delante de los rodillos para después separarse del camino con la otra mano; pero eso exigía una gran atención.

Había unas pocas figuras viajando sobre la línea, y menos aún eran impulsadas a lo largo del pasillo. Pasó junto a un lugar situado al lado de la línea, donde una voz gangosa y vieja gritaba continuamente:

—Escalera de Jacob, Árbol de la Vida, Líneas del Matrimonio...

Pasó el lugar estrecho del pasillo que señalaba la división entre la tercera y la segunda bodegas, sin ser detenido por el guardia que había allí apostado, y después casi pasó de largo junto al gran corredor azul que conducía a proa. Volvió a quemarse ligeramente las palmas de las manos al hacer el trasbordo de una línea móvil a otra. Su impaciencia aumentó.

—Ssspar, isssiota... —empezó a decir Kim.

—Cállate..., estamos en territorio de los oficiales —le cortó Spar, sintiéndose contento de poder alegar aquella excusa para hacer callar una vez más al insolente gato.

Lo cierto era que los espacios azules de Windrush siempre le llenaban de respeto y temor.

Casi con demasiada rapidez como para acomodarse, se encontró balanceándose de la línea del pasillo a una jungla estacionaria de metales tubulares situada justo debajo de la cubierta del Bridge. Se abrió paso hacia arriba y permaneció flotando allí, esperando que alguien se dirigiera a él.

En el Bridge centelleaban muchos metales, con las formas más extrañas, y había superficies en forma de arco iris que latían irregularmente, la más cercana de las cuales le parecía a veces como hileras de diminutas luces que se encendían y apagaban... rojas, verdes, de todos los colores. Por encima de todo se extendía un infinito espacio de un negro aterciopelado débilmente

salpicado por centelleos lechosos.

Entre los objetos de metal y los arcos iris flotaban figuras, todas ellas vestidas con el color azul de medianoche de los oficiales. A veces, se hacían gestos los unos a los otros, pero nunca pronunciaban una sola palabra. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba lleno de un profundo significado. Aquéllos eran los dioses de Windrush, los que lo guiaban todo, si es que había dioses. Vio reducida su importancia a la de un ratón que pudiera ser perseguido hasta la muerte si rompía el silencio.

Tras una ráfaga particularmente tensa de gestos, escuchó un breve y distante rugido y un crujido y chasquido familiar. Spar se sintió extrañado, pero, al mismo tiempo, debía haberse dado cuenta de que el capitán, el navegante y el resto eran los responsables del fenómeno diurno tan familiar.

Aquello marcaba también el mediodía del día de descanso. Spar empezó a impacientarse. Sus recados le estaban quitando demasiado tiempo. Empezó a elevar la mano a modo de prueba ante cada una de las figuras de azul de medianoche que pasaban junto a él. Ninguna le prestó la menor atención.

Finalmente, murmuró:

—¿Kim...?

El gato no le respondió. Pudo escuchar un ronroneo que podía indicar que el gato estaba durmiendo. Sacudió al gato con suavidad.

—Kim, vamos a hablar.

—¡Cállate! Esstoy durmiendo. ¡Sssh!

Kim volvió a acomodarse con sus garras y reanudó su ronroneo... que Spar no pudo saber si era natural o fingido. Se sintió muy abatido.

El tiempo se fue deslizado. Se sintió cada vez más desesperado y cansado. No debía perder su cita con Doc. Estaba a punto de moverse más hacia arriba y hablar cuando una voz joven y agradable dijo:

—Hola, abuelo, ¿qué hay en tu mente?

Spar se dio cuenta de que había estado elevando la mano automáticamente y que una persona, con la piel tan oscura como Crown, pero vestido con el azul de medianoche, se había dado cuenta por fin de su presencia. Se abrió la cremallera del bolsillo, sacó la nota y se la entregó.

—Para el Ejec.

—Ése es mi departamento.

Escuchó un débil crujido... ¿una uña desgarrando la nota y abriéndola? Otro crujido más fuerte... ¿estaba abriendo la nota? Un breve momento de espera, y después escuchó la pregunta:

—¿Quién es Keeper?

—El propietario del Bat Rack, señor. Yo trabajo allí.

—¿Bat Rack?

—La mansión del brebaje. Llamada antiguamente el Toras Feliz. Eso es lo que me han dicho. En los antiguos tiempos. Vino de la clase tres, según me dijo Doc.

—Hmmm. Bien, ¿qué significan todos estos garabatos? ¿Y cuál es tu nombre?

Spar miró miserablemente el rectángulo gris moteado de oscuro.

—No puedo leer, señor. Me llamo Spar...

—Hmmm. ¿Se han visto... algunos seres sobrenaturales en el Bat Rack?

—Sólo en mis sueños, señor.

—Mmmm. Bien. Daremos un vistazo por allí. Si me reconoces, no digas nada. Soy el alférez Drake. Y a propósito, ¿quién es tu pasajero, abuelo?

—Sólo es mi gato, señor —contestó Spar lleno de alarma.

—Bien, llévate esa cosa negra abajo.

Spar comenzó a moverse a través de la jungla, en la dirección señalada por el brazo azul que aparecía como un borrón impreciso.

—Y la próxima vez recuerda que no se permite traer animales al Bridge.

Mientras Spar descendía, su cálido alivio por el hecho de que el oficial Drake hubiera parecido bastante humano y compasivo se mezcló con la ansiedad de decidir si aún le quedaba tiempo para visitar a Doc. Casi pasó ante la línea del pasillo que bajaba hacia la zona principal de rojo oscuro. La luz cadavérica del falso ocaso de la última hora de la tarde le preocupaba. Pasó una vez más junto a la figura inclinada, que en esta ocasión decía:

—Trinidad, Trellis, Trigo...

Estaba reprimiendo la urgencia de anular su visita a Doc y regresar al Bat Rack, cuando se dio cuenta de que se había pasado el segundo estrechamiento y que se encontraba en la cuarta bodega, dirigiéndose hacia el pasillo de Doc.

Dejó de balancearse, se apoyó en un sudario y comenzó a impulsarse con las manos hacia el despacho de Doc, que se encontraba tan a babor como el hueco de Crown lo estaba a estribor.

Pasó junto a dos figuras desgarbadas en la línea, con la respiración ansiosa en anticipación del día de juego. A Spar le preocupaba pensar que Doc podría haber cerrado su despacho. Volvió a oler a tierra y a verde, olores que procedían de los jardines de Diana.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar apretó el bulbo, la cremallera se corrió después de tres bocinazos y el rostro de ojos grises y halo blanco apareció ante él.

—Estaba a punto de abandonar la idea de que vinieras, Spar.

—Lo siento, Doc. Tuve que...

—No importa. Entra, entra. Hola, Kim..., echa un vistazo por ahí si quieres.

Kim salió de su escondite, saltó del pecho de Spar y no tardó en proceder a dar el típico paseo de inspección de un gato.

Y había muchas cosas que inspeccionar, como el mismo Spar podía ver. Cada uno de los estantes del despacho de Doc parecía tener objetos sujetos a lo largo de toda su longitud. Había manchas grandes y pequeñas, brillantes y opacas, luminosas y oscuras, translúcidas y sólidas. Todos los objetos estaban silueteados contra una de las paredes de luz cadavérica que Spar tanto temía, pero ahora no tenía tiempo para pensar en aquello. En uno de los extremos distinguió una banda de luz aún más brillante.

—¡Cuidado, Kim! —le gritó Spar al gato cuando fue a caer sobre una de las estanterías y empezó a abrirse camino de una mancha a otra.

—Está bien —dijo Doc—. Voy a echarte un vistazo, Spar. Mantén los ojos bien abiertos.

Las manos de Doc sujetaron la cabeza de Spar. Los ojos grises y el rostro curtido se acercaron tanto que se convirtieron en una sola mancha.

—He dicho que los mantengas abiertos. Sí, ya sé que has de parpadear, está bien. Tal y como me imaginaba. Los cristalinos están disueltos. Has sufrido el efecto secundario que sufre uno de cada diez cuando son infectados por el raquitismo de Lethe.

—¿Raquitismo Styx, Doc?

—Así es, aunque la gente ya se ha desembarazado del curso erróneo de agua en el submundo. Pero todos lo hemos padecido. Todos hemos bebido el agua de Lethe, aunque a veces, cuando nos hacemos muy viejos, empezamos a recordar el principio. No te revuelvas.

—¡Eh, Doc! ¿Será porque he padecido el raquitismo Styx por lo que no puedo recordar nada anterior al Bat Rack?

—Puede ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás en el Rack?

—No lo sé, Doc. Desde siempre.

—En cualquier caso, desde antes de que yo encontrara el lugar. Cuando el Rundum se cerró aquí, en la bodega cuatro. Pero de eso sólo hace un estrellán.

—Pero yo soy terriblemente viejo, Doc. ¿Por qué no empiezo ya a recordar?

—No eres viejo, Spar. Sólo te has quedado calvo y sin dientes a causa del brebaje, y por eso tus músculos se han consumido. Sí, y tu mente también se ha consumido. Y ahora, abre la boca.

Una de las manos de Doc se dirigió hacia la nuca de Spar. La otra probó a hacer fuerza.

—De todos modos, tus intestinos son fuertes. Eso lo hará todo mucho más fácil.

Doc introdujo algo grande en su boca; algo que parecía una pelota de mano y que estaba caliente.

—Y ahora muerde, apretando fuerte.

Spar sintió como si hubiera mordido fuego. Trató después de abrir la boca, pero las manos de Doc, mantenidas la una sobre su cabeza y la otra bajo la barbilla, la mantuvieron cerrada. Involuntariamente, pataleó y movió las manos en el aire. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Deja de retorcerte! Respira por la nariz. No está tan caliente. En cualquier caso, no está lo bastante caliente como para producirte ampollas.

Spar lo dudó, pero al cabo de un rato concluyó que aquello no estaba lo bastante caliente como para asar su cerebro a través de su boca. Además, no quería mostrar a Doc su miedo. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces y

la mancha borrosa general se convirtió en la mancha del rostro de Doc y en la desordenada habitación, silueteada por el resplandor cadavérico. Trató de sonreír, pero sus labios ya estaban mucho más extendidos de lo que jamás le permitirían los músculos. Aquello también hacía daño; se dio cuenta entonces de que el calor estaba descendiendo un poco.

Doc estaba sonriendo por él.

—Bueno, le pediste a un viejo borracho que utilizara técnicas de las que sólo había leído algo. Pero lo haré tal y como me lo pediste: te daré dientes lo bastante afilados como para morder sudarios. Kim, por favor, apártate de esa bolsa.

La sombra negra del gato se estaba separando de otra mancha negra, de un tamaño que doblaba su longitud. Spar refunfuñó desaprobadoramente a Kim a través de su nariz, y realizó algunos movimientos. La mancha más grande tenía la misma forma que la pequeña bolsa de Doc, pero era más grande que cien de aquellas bolsas. También debía ser bastante pesada, pues en reacción al apretón de Kim había doblado la estantería a la que se encontraba sujeta y el punto se volvió a tensar muy lentamente.

—Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar —explicó Doc, y cuando Spar elevó sus cejas dos veces para indicar que quería hacerle una pregunta, Doc siguió diciendo—: No, no son monedas, ni oro, ni joyas, sino una segunda infinitud transfinita... dormir y sueños y pesadillas para cada una de las almas que se puedan encontrar en mil Windrushes —echó un vistazo a su muñeca y añadió—: Ya ha pasado un tiempo suficiente. Abre la boca.

Spar obedeció, aunque aquello le costó sentir un nuevo dolor.

Doc extrajo el material sobre el que Spar había apretado sus mandíbulas, lo envolvió en algo brillante y lo sujetó sobre la estantería más cercana; después, volvió a mirar la boca de Spar.

—Creo que lo he hecho un poco demasiado caliente —dijo.

Encontró una pequeña bolsa, la colocó sobre los labios de Spar y la apretó. Una especie de neblina llenó la boca de Spar y desapareció todo el dolor. Doc introdujo la bolsa en el bolsillo de Spar.

—Utilízalo de nuevo si vuelves a sentir dolor.

Pero antes de que Spar pudiera darle las gracias, Doc había apretado un

tubo contra sus ojos.

—Mira, Spar, ¿qué ves?

Spar lanzó un grito, sin poder evitarlo, y apartó el ojo.

—¿Qué te ocurre, Spar?

—Doc, me has producido un sueño —dijo Spar con voz ronca—. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Y me hacía cosquillas.

—¿Cómo era el sueño? —preguntó Doc ansiosamente.

—Era simplemente una imagen, Doc. La imagen de una cabra con la cola de un pez. He visto las escamas del pez... Y todo tenía cantos. Doc, ¿es a eso a lo que se refieren cuando hablan de ver bien?

—Claro, Spar. Eso es bueno. Significa que no tienes ningún daño cerebral o en la retina. No tendré ningún problema en hacerte unas gafas... siempre y cuando mi antiguo par de gafas no esté realmente mal. Ésa es también la razón por la que en tus sueños aún ves las cosas con cantos... Es algo bastante natural. Pero ¿por qué tenías miedo de decírmelo?

—Porque tenía miedo de ser acusado de brujería, Doc. Creía que el ver cosas así era como una especie de clarividencia. El tubo me hizo un poco de cosquillas en el ojo.

—¡Isótopos y locura! Se supone que hacen un poco de cosquillas. Veamos ahora el otro ojo.

Spar deseó gritar de nuevo, pero se contuvo, y en esta ocasión no sintió el impulso de apartar el ojo, aunque volvió a notar un ligero cosquilleo. Vio la imagen de una mujer delgada. Sabía que era una mujer por su figura general. Pero pudo ver también sus cantos. Pudo ver... detalles. Por un momento, sus ojos no fueron dos formas ovales coloreadas y rodeadas de neblina. Tenían puntos en ambos extremos, puntos que eran blancos... triángulos. Y el redondel pálido violeta situado entre los triángulos tenía un diminuto redondel negro en el centro.

Tenía el pelo plateado; sin embargo, le pareció joven, aunque resultaba difícil juzgar esas cuestiones cuando se podían ver cantos. Le hizo pensar en la mujer del pelo platino que había visto por un instante en el hueco de Crown.

Llevaba puesto un largo y brillante vestido blanco, que dejaba sus hombros al desnudo, pero ya fuera el arte o alguna fuerza desconocida había extendido su pelo y su vestido hasta sus pies. En su vestido había... pliegues.

—¿Cuál es su nombre, Doc? ¿Almodie?

—No, Virgo. La Virgen. ¿Puedes ver sus cantos?

—Sí, Doc. Muy bien. ¡Lo veo!... como un cuchillo. ¿Y la cabra-pep?

—Capricornio —contestó Doc apartando el tubo del ojo de Spar.

—Doc, sé que Capricornio y Virgo son los nombres de lunares, terranes, solanes y estrellanes, pero nunca imaginé que pudieran tener imagen. Nunca supe que fueran algo.

—Tú... Claro, nunca has visto relojes, ni estrellas, por no hablar de las constelaciones del Zodíaco.

Spar estaba a punto de preguntar qué era todo aquello, pero entonces vio que la luz cadavérica había desaparecido, aunque la cinta de luz más luminosa se había hecho mucho más amplia.

—Al menos en este fragmento de tu memoria —añadió Doc—. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo día de descanso. Ven más pronto si puedes arreglártelas para hacerlo así. Puede que yo te vea antes en el Bat Rack, durante la noche del día de juego, o antes.

—Estupendo, Doc, pero ahora tengo que darme prisa. ¡Vamos, Kim! A veces, el trabajo aumenta mucho durante los días de descanso; es como la noche del día de juego, que está colocada en el extremo erróneo. Vamos, Kim, salta.

—¿Estás seguro de que puedes volver bien al Bat Rack, Spar? Será de noche antes de que llegues allí.

—Claro que puedo, Doc.

Pero cuando cayó la noche, como una pesada capucha negra sobre su cabeza, cogiéndole a mitad de camino del primer pasillo, habría regresado para pedirle a Doc que le guiara, de no haber temido el desprecio de Kim, aun cuando el gato no estaba hablando. Avanzó rápidamente, aunque las pocas luces que había encendidas apenas si le permitían ver la línea central del pasillo.

El pasillo de proa era aún peor..., estaba completamente vacío y sus luces

eran muy débiles y parpadeantes. El ver sólo las cosas borrosas le preocupaba mucho más ahora que sabía lo que significaba el poder ver nítidamente. Estaba empezando a sudar y a temblar a causa de haber dejado de tomar alcohol, y todos sus pensamientos estaban embrollados. Se preguntó si alguna de las cosas extrañas que habían sucedido desde que se encontró con Kim eran reales o sólo un sueño. La negativa de Kim —¿o era incapacidad?— para hablar era inquietante. Comenzó a ver confusos bordes de manchas borrosas que desaparecían cuando miraba directamente hacia ellos. Recordó a Keeper y a los mamones hablando sobre vampiros y brujas.

Entonces, en lugar de dirigirse hacia la escotilla verde del Bat Rack, se introdujo en el pasillo que conducía hacia la de arriba. Este pasillo no tenía ninguna luz. Creyó escuchar los gruñidos de Hellhound, pero no podía estar seguro porque el gran masticador estaba rechinando. Estaba temblando de pánico cuando entró en el Bat Rack por la escotilla roja oscura, recordando apenas a tiempo que tenía que evitar la nueva goma que había colocado.

El lugar estaba lleno de luz y figuras excitadas que bailaban, y Keeper comenzó a insultarle inmediatamente. Se dirigió hacia el toro y comenzó automáticamente a tomar órdenes y a servir, trabajando completamente por la voz y el oído porque la retirada le había oscurecido mucho más la visión... convertida ahora en una gran mancha de manchas.

Al cabo de un rato su visión fue mejorando, pero sus nervios empeoraron. Únicamente el incesante trabajo le mantenía —al margen de los insultos de Keeper—, pero estaba sintiéndose demasiado cansado como para trabajar. A medida que fue avanzando el día de juego, con la gente alrededor del toro engordando durante todo el rato, cogió una bolsa de brebaje y se la llevó a los labios.

Unas garras se apretaron entonces contra su pecho.

—¡Isssiota! ¡Fuera esso! ¡Esssclavo del temor!

Spar casi se vio sumido en fuertes convulsiones, pero terminó por apartar el brebaje. Kim salió del escondite y se marchó despreciativamente; rodeó el bar y habló con varios de los clientes, y no tardó en convertirse en tema de conversación. Keeper empezó a fanfarronear sobre él y dejó de servir. Spar continuó trabajando, aunque a través de su sobriedad tenía más pesadillas que

cualquiera de las borracheras que podía recordar. Y que le llevaban lejos, mucho más lejos.

Suzy se acercó con un vale y tocó la mano de Spar cuando éste le sirvió su brebaje negro. Eso le ayudó algo.

Creyó reconocer una voz procedente de abajo. Venía de un mamón de pelo rizado al que no conocía. Pero después volvió a escuchar al hombre y pensó que se trataba del oficial Dralce. Había algunos otros mamones a los que no reconoció.

El lugar empezó a ser realmente ruidoso. Keeper puso la música. Solos o por parejas, los danzarines comenzaron a moverse de un lado a otro por entre los sudarios. Otros se agarraban a un sudario y temblaban. Una chica vestida de negro rompió uno. Y otra vestida de blanco se marchó por el toro. Keeper puso la mano sobre la mejilla de su acompañante. Los mamones trataron de cantar.

Spar escuchó recitar a Kim:

Sssoy un gato.

Mato una rata.

Sssaludo a todosss.

Delgadosss o gruesssosss.

Muñecas, decid: ¡Viva!

La noche del día de juego se fue acercando. El ritmo se hizo más fuerte. Doc no vino, pero Crown sí. Los bailarines se marcharon y todo un grupo de bebedores le abrieron paso a él, a sus chicas y a Hellhound, de modo que sólo ellos ocuparon una tercera parte del espacio del toro, sin tener a nadie debajo. Ante la sorpresa de Spar, todos ellos tomaron café, excepto el perro, que, ante la pregunta de Crown, contestó:

—Bloody Mary —pronunciando las palabras con unos tonos tan profundos que apenas si fueron un gruñido bajo.

—¿Y esso esss hablar? —comentó Kim desde el otro lado del toro.

Los bebedores que le rodeaban casi se ahogan de la risa.

Spar sirvió el café caliente en bolsas con asideros y mezcló la bebida de Hellhound en una jeringa autoagitadora dotada de un tubo para absorber el contenido. Se sentía muy aturdido y, por el momento, tenía más miedo por Kim que por sí mismo. Las manchas de los rostros tendían a confundirse, pero pudo distinguir a Rixende por su pelo negro, a Phanette y a Doucette por su pelo rubio y por sus pieles extrañamente moteadas de rojo, mientras que Almodie era la de pelo color platino, aunque parecía muy agraciada entre la mancha oscura, vestida de púrpura, que tenía a un lado y la silueta negra, más estrecha y de orejas puntiagudas, que tenía al otro.

Spar escuchó cómo Crown le murmuraba a ella:

—Pídele a Keeper que te muestre el gato que habla.

El sonido de su voz fue muy bajo y Spar no lo hubiera podido escuchar de no ser por el hecho de que la voz de Crown mostrara una extraña vibración de excitación que Spar no había escuchado con anterioridad.

—Pero ¿no lucharán entonces...? Me refiero a Hellhound —dijo ella con un tono de voz que pareció enviar zarcillos plateados alrededor del corazón de Spar.

Ansiaba poder observar su rostro a través del tubo de Doc. Tendría el aspecto de Virgo, sólo que más hermosa. Sin embargo, la mujer de Crown no podía ser una virgen. Aquél era un mundo extraño y horrible. Los ojos de ella eran violeta; Pero él estaba mareado de tantas manchas borrosas. Almodie parecía muy asustada; sin embargo, siguió diciendo:

—No lo hagas, Crown, por favor.

Y el corazón de Spar se sintió capturado.

—Pero ésa es precisamente la idea, pequeña. Y nadie nos lo va a impedir. Creíamos que ya te habíamos educado para eso. Te enseñaremos otra lección aquí, sólo que esta noche olemos mucha diversión... ¡Keeper!... Nuestra nueva mujer desea oír hablar a tu gato. Tráelo para acá.

—En realidad, yo no... —empezó a decir Almodie, pero no terminó la frase.

Kim llegó flotando a través del toro, mientras Keeper le buscaba en dirección opuesta. El gato se posó sobre un delicado sudario y miró directamente a Crown.

—¿Sssí?

—Keeper, apaga esa música.

La música se detuvo abruptamente. Las voces se elevaron, pero también dejaron de sonar de repente.

—Muy bien, gato, habla.

—¿Quiere que cante? —preguntó Kim.

Inmediatamente después inició un maullido gatuno que tenía una cierta melodía, pero que no concordaba con la idea que Spar tenía de la música.

—Eso es una abstracción —dijo Almodie, respirando encantada—. Escucha, Crown, eso ha sido una séptima disminuida.

—Yo diría que una alocada tercera —comentó Phanette desde el otro lado.

Crown les hizo señas para que guardaran silencio.

Kim terminó con un elevado trino. Miró lentamente a su alrededor, observando a su confundida audiencia, y después comenzó a elevar sus hombros.

Crown agarró una cadena del toro con su mano izquierda y dijo, con un tono de voz casual:

—Si no quieres hablarnos a nosotros, ¿querrás hablar a nuestro perro?

Kim se quedó mirando a Hellhound, que seguía sorbiendo su Bloody Mary. Se le abrieron más los ojos. Las pupilas se estrecharon y los labios se le retorcieron hacia atrás.

—¡Ssserdo! —siseó.

Hellhound se lanzó, apoyando las patas traseras contra la palma de la mano izquierda de Crown, lo que le envió hacia la izquierda, donde se encontraba Kim. Pero el gato cambió de dirección, ocultándose detrás del más próximo sudario. Los puntiagudos dientes blancos del perro se cerraron junto a una de sus patas cuando el gran cuerpo negro pasó de largo.

Hellhound aterrizó sobre sus cuatro patas sobre un grueso borracho, que arrojó lo que estaba bebiendo antes de tragárselo, pero el perro cambió instantáneamente de dirección. Kim iba de un lado a otro entre los sudarios. En esta ocasión, cuando los dientes del perro volvieron a cerrarse, se le desprendió algo de pelo, pero él también consiguió golpear con una de sus

rígidas patas.

Crown agarró a Hellhound por el collar adornado de clavos, reteniéndole antes de que se lanzara a un nuevo ataque. Tocó al perro por debajo del ojo y después olió sus dedos.

—Ya está bien, muchacho —dijo—. No puedes ir por ahí, matando genios musicales —bajó después la mano y volvió a elevarla con un dedo señalando hacia el gato—. Muy bien, gato, ya has hablado con nuestro perro. ¿Tienes algo que decirnos ahora?

—¡Sssí!

Kim se deslizó hasta el sudario más cercano al rostro de Crown. Spar se adelantó para tratar de contenerle, mientras que Almodie observaba el puño de Crown, con un dedo extendido, y extendió la mano hacia él.

—¡Maldito engendro! ¡Eresss un diablo!

Tanto Spar como Almodie llegaron demasiado tarde. De entre dos de los dedos cerrados de Crown surgió una fina corriente que se abalanzó sobre Kim, pegándole en la boca abierta.

Después de lo que a Spar le pareció un rato muy largo, la mano de Crown interrumpió la corriente ardiente.

Kim pareció contraerse sobre sí mismo; después se apartó de Crown de un salto, con las fauces abiertas y oscurecidas.

—Eso es un arma antigua —dijo Crown—, como el fuego griego, pero muy bien conocida por nuestro pueblo. Es la contestación perfecta para un gato embrujado.

Spar saltó sobre Crown, le agarró por el pecho y trató de darle un cabezazo contra la mandíbula. Se apartaron del toro a una velocidad inferior a la que Spar había saltado.

Crown apartó la cabeza a un lado. Spar cerró sus encías sobre el cuello de Crown. Se produjo un corte. Spar sintió un aliento en su espalda desnuda. Después, un triángulo frío le apretó la carne, por encima de los riñones. Spar abrió las mandíbulas y flotó fláccidamente. Crown se echó a reír.

Un resplandor azul, sostenido por uno de los bebedores, hizo que todos los presentes en el Bat Rack parecieran más cadavéricos que la propia luz. Una voz ordenó:

—Está bien, muchachos. Basta de peleas. Cada uno a su casa. Cerramos el local.

Amaneció el día de dormir, ahogando el resplandor azul. El triángulo frío abandonó la espalda de Spar. Se produjo otro corte.

—Hasta luego, muchacho —dijo Crown, atravesando el resplandor blanco y dirigiéndose hacia cuatro rostros de mujer y uno de perro.

Los rostros débilmente moteados de rojo de Phanette y de Doucette se encontraban al lado de Hellhound, como si le estuvieran sosteniendo por el collar.

Spar sollozó y empezó a buscar a Kim. Al cabo de un rato, Suzy se unió a él para ayudarlo. El Bat Rack quedó vacío. Spar y Suzy acorralaron a Kim. Spar cogió al gato por el cuello. Las patas delanteras de Kim rodearon su muñeca, pinchándole con las garras. Spar sacó la bolsa que le había dado Doc e introdujo su punta entre las mandíbulas de Kim. Las garras del gato se le clavaron más profundamente. Sin prestar atención a aquello, Spar le roció suavemente el interior de la boca. Poco a poco, las garras dejaron de ejercer presión y Kim se relajó. Spar le acarició suavemente. Suzy se encargó de curar y vendar la muñeca herida de Spar.

Entonces llegó Keeper, seguido de dos clientes, uno de los cuales era el oficial Drake, quien dijo:

—Mi compañero y yo nos quedaremos hoy para vigilar las escotillas de babor y de estribor.

Detrás de ellos, el Bat Rack estaba vacío.

—Crown tiene un cuchillo —dijo Spar.

Drake hizo un gesto de asentimiento.

Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

—Keeper, quiero quedarme aquí esta noche. Estoy asustada.

—Te puedo ofrecer un sudario —dijo Keeper.

Drake y su compañero se dirigieron lentamente hacia sus puestos.

Suzy apretó suavemente la mano de Spar, y éste dijo, con bastante pesadez:

—Te puedo ofrecer mi sudario, Suzy.

Keeper se echó a reír, y después de mirar hacia donde se encontraban los

hombres del Bridge, dijo:

—Te puedo ofrecer el mío que, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad. Y brebaje. De otro modo, tendrás que quedarte en el pasillo.

Suzy suspiró, permaneció inmóvil por un instante, y después se marchó con él.

Spar, sintiéndose muy triste, se dirigió hacia la esquina de proa. ¿Acaso Suzy había esperado que él luchara contra Keeper? Lo peor de todo era que ya no la deseaba, excepto como amiga. Amaba a la nueva mujer de Crown. Lo cual también era bastante malo.

Se sentía muy cansado. Ni siquiera le interesaba el pensamiento de poseer unos nuevos ojos al día siguiente. Se ató un tobillo a uno de los sudarios y extendió un paño sobre sus ojos. Acarició suavemente a Kim, que no había dicho nada. Se quedó dormido inmediatamente.

Soñó con Almodie. Ella se parecía a Virgo, incluso en el vestido blanco. Ella tenía a Kim, que parecía liso y brillante como el cuero pulido. Ella se le acercaba sonriente. Continuaba acercándose, sin llegar por ello cerca de él.

Mucho más tarde —según pensó él mismo—, se despertó en medio de una retirada. Sudaba y temblaba, pero aquello no era nada. Sus nervios estaban sobresaltados. Estaba seguro de que, en cualquier momento, sacudirían todos sus músculos en un doloroso espasmo de agonía. Sus pensamientos se estaban moviendo tan rápidamente que apenas si comprendía uno entre cada diez. Era como lanzarse hacia la curva de un pasillo a una velocidad diez veces superior a la que permitía la narria principal. Si tocaba una pared hasta se olvidaría de lo poco que sabía, se olvidaría incluso de que era Spar. A su alrededor, los sudarios negros le azotaban en las perpetuas curvas.

Kim ya no estaba con él. Se arrancó el paño de los ojos. Estaba todo tan oscuro como antes. Era la noche del día de dormir. Pero su cuerpo dejó de adquirir velocidad y sus pensamientos se tranquilizaron. Sus nervios aún le palpitaban y aún vera los látigos negros azotándole, pero sabía que aquello era una ilusión. En aquel instante distinguió el opaco resplandor de tres luces que se movían.

Después, vio dos figuras que flotaban hacia él. Apenas si pudo distinguir

las manchas de sus ojos, verde la más pequeña, violeta la otra, cuyo rostro estaba enmarcado por un halo de brillantes puntitos plateados. Ella estaba pálida y la blancura flotaba a su alrededor. Y, en lugar de una sonrisa, pudo ver el brillo horizontal y blanco de los dientes desnudos. Como los dientes de Kim.

De repente, recordó a la mujer de pelo dorado que creyó estaba actuando de camarera en el hueco de Crown. Era la antigua amiga de Suzy, Sweetheart, agarrada el último día de dormir por los vampiros.

Lanzó un grito que, en Spar, fue un rugido bajo, y se tocó el tobillo atado. Las figuras desaparecieron. Allá abajo, pensó.

Se encendieron las luces. Alguien se acercó y le sacudió por un hombro.

—¿Qué ha ocurrido?

Spar farfulló algo ininteligible, mientras pensaba en lo que debía decirle a Drake. Amaba a Almodie y a Kim.

—Tenía una pesadilla —dijo al fin—. Los vampiros me atacaban.

—¿Descripción?

—Una mujer vieja y un... un... perro pequeño.

Se acercó entonces el otro oficial.

—La escotilla negra está abierta —dijo.

—Keeper nos dijo que siempre estaba cerrada —observó Drake—. Investiga por allí, Fenner —y mientras el otro desaparecía por abajo, preguntó—: ¿Estás seguro de que eso era sólo una pesadilla? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

—Sí —contestó Spar.

Drake se dirigió entonces en pos de su camarada, saliendo por la escotilla negra.

Amaneció el día de trabajo. Spar se sentía enfermo y confundido, pero llevó a cabo su rutina usual. Trató de hablar con Kim, pero el gato se mantuvo tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba envalentonado y encontró muchas tareas a realizar..., el lugar estaba todo confuso desde el día de juego anterior. Suzy se marchó con rapidez. No deseaba hablar sobre Sweetheart, ni sobre nada más. Drake y Fenner no regresaron.

Spar se dedicó a barrer, mientras Kim patrullaba de un lado a otro, fuera

de su alcance. Por la tarde llegó Crown y habló con Keeper mientras Spar y Kim permanecían lo bastante alejados como para no poder escuchar lo que decían. Por el caso que les hizo Crown, parecía como si no existieran.

Spar se preguntaba una y otra vez qué era lo que había visto la noche anterior. Finalmente, llegó a la conclusión de que podía haberse tratado en verdad de un sueño. Ya no se sentía impresionado por el hecho de que su memoria hubiera identificado a Sweetheart. Era algo estúpido por su parte el haber pensado que Almodie y Kim eran vampiros, ya fuera sueño o realidad. Doc le había dicho que los vampiros eran supersticiones. Pero él no se lo creía mucho. Aún seguía teniendo síntomas de retirada, sólo que menos violentos.

Cuando amaneció el día de descanso, Keeper le dio permiso para abandonar el Bat Rack, sin hacerle las preguntas usuales. Spar echó un vistazo por los alrededores, en busca de Kim, pero no pudo distinguir su mancha negra. Además, en realidad no deseaba llevarse al gato consigo.

Se dirigió directamente al despacho de Doc. Los pasillos no estaban tan solitarios como los del último día de descanso. Pasó por tercera vez junto a la figura inclinada, que graznaba:

—Gaviota, cernícalo, catedral...

La cremallera de la escotilla de Doc estaba abierta, pero Doc no estaba allí. Spar esperó un largo rato, sintiéndose molesto bajo la luz cadavérica. Doc no tenía la costumbre de abandonar su despacho y dejarlo abierto. Y la noche anterior no había pasado por el Bat Rack, como casi le había prometido.

Finalmente, Spar se decidió a echar un vistazo por el despacho. Una de las primeras cosas que notó fue la ausencia de la gran bolsa negra, de la que Doc había dicho que contenía su tesoro.

Entonces, se dio cuenta de que la brillante bolsa de pliofilm en la que Doc había colocado el molde de las encías de Spar contenía ahora algo diferente. Desató la bolsa del sudario donde se encontraba. En su interior había dos cosas.

Se pinchó un dedo con la primera, que era semicircular, semirrosada y semibrillante. Ahora, pasó el dedo más cautelosamente por sus agudos

extremos, ignorando las diminutas burbujas rojas que se desprendían de su dedo. Tenía depresiones irregulares en su parte superior e inferior. Se colocó aquello en la boca. Sus encías se adaptaron perfectamente a las depresiones. Abrió la boca. Después, la cerró, llevando buen cuidado de apartar antes la lengua. Se produjo un crujido y un débil click. ¡Tenía dientes!

Sus manos le temblaban cuando sintió entre sus dedos el segundo objeto.

Se trataba de dos gruesos círculos unidos por una pequeña barra y con sendas barras más largas que terminaban en un semicírculo y que surgían de cada uno de los dos círculos.

Pasó un dedo por uno de los círculos. Le cosquilleó, como el tubo que le había colocado Doc en los ojos, sólo que más intensamente, casi dolorosamente.

Temblándole las manos más que nunca, se llevó el objeto al rostro. Los semicírculos se acoplaron alrededor de sus orejas, por detrás, mientras que los círculos quedaron ante sus ojos, aunque no lo bastante cerca como para hacerle cosquillas.

¡Podía ver nítidamente! *Todo* tenía cantos, hasta sus propias manos y... la mancha de sangre en uno de sus dedos. Lanzó un grito..., un gemido bajo y admirativo, y escudriñó el despacho. Al principio, las líneas y las docenas de objetos nítidos, que podía distinguir con tanta claridad como las imágenes de Capricornio y de Virgo, fueron demasiado para él. Cerró los ojos.

Cuando se hubo serenado un poco su respiración y hubo disminuido el temblor de su cuerpo, los abrió cautelosamente y comenzó a inspeccionar los objetos sujetos a los sudarios. Cada uno de aquellos objetos era una verdadera maravilla. No conocía el propósito de la mitad de ellos. Algunos, con los que estaba familiarizado por el uso o por una visión borrosa, le dejaron ahora muy asombrado ante su verdadero aspecto... un peine, un cepillo, un libro con páginas (esa infinitud de marcas negras alineadas), un reloj de pulsera (las diminutas imágenes alrededor del margen circular, con Capricornio y Virgo, y Tauro y Acuario y los demás, y las estrechas barras que irradiaban desde el centro y oscilaban rápida o lentamente, o no oscilaban... y señalaban hacia los signos del Zodíaco).

Antes de que se diera cuenta se encontró junto a la pared de luz

cadavérica. Se enfrentó a ella con un nuevo coraje, aunque aquello le hizo lanzar una nueva exclamación de admiración.

El resplandor cadavérico no procedía de todas partes, aunque ocupaba la cuarta parte central de su campo de visión. Sus dedos tocaron el pliofilm tenso y transparente. Lo que vio detrás —un gran camino que se extendía por detrás, según empezó a pensar— era la más extrema de las negruras con una gran cantidad de diminutos... puntos de luz brillante. Le resultaba aún más difícil creer en la existencia de los puntos que en la de los cantos. Pero tenía que creer en lo que veía.

Pero en la parte central y con un aspecto mucho mayor que el de toda la negrura había un vasto cuerpo blanco, redondo, con tenues círculos y rodeado por líneas muy brillantes y moteado con zonas ligeramente más oscuras.

No parecía como si tuviera hilos conductores de la electricidad y, desde luego, no parecía un fuego. Al cabo de un rato, Spar tuvo la extraña idea de que su luz era reflejada desde algo mucho más luminoso situado *por detrás* de Windrush.

Le resultaba infinitamente extraño pensar que pudiera existir tanto *espacio* alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad que contuviera otra realidad.

Y si Windrush se encontraba entre la hipotética luz más luminosa y la luz blanca y redonda, su sombra tendría que encontrarse en la última. A menos que Windrush fuera infinitamente pequeño. En realidad, aquellas especulaciones eran demasiado fantásticas para enfrentarse siquiera con ellas.

Sin embargo, ¿podría haber algo más fantástico? Hombres-lobo, brujas, puntos, cantos, tamaño y espacio más allá del pensamiento más alocado.

Cuando miró por primera vez el objeto blanco, había sido redondo. Y había escuchado y sentido los crujidos del mediodía del día de descanso sin darse cuenta de ello durante todo el rato. Pero, ahora, la esfera acababa de cercenar su mitad de babor, de modo que estaba ladeada. Spar se preguntó si la incandescencia hipotética que había tras Windrush se estaba moviendo, o es que la esfera blanca giraba, o era el propio Windrush el que giraba alrededor de la esfera blanca. Tales pensamientos, especialmente el último, le resultaban tan confusos y le aturdían tanto que casi no los podía soportar.

Se dirigió hacia la puerta abierta, preguntándose si debía cerrarla tras de sí, aunque al final decidió no hacerlo. El pasillo le resultó otra cosa extraña, extendiéndose hacia adelante, cada vez más, y estrechándose a medida que se alejaba. Sus paredes tenían... flechas; las rojas señalaban hacia babor, el camino por el que él había venido; mientras que las verdes señalaban hacia estribor, el camino que ahora estaba siguiendo. Las flechas eran lo que él siempre había visto como impresiones borrosas. Mientras avanzaba por la línea recta extrañamente definida, el pasillo se extendía hacia la narria principal de color violeta, manteniendo siempre el mismo diámetro.

Deseó alejarse a lo largo de todo el camino cubierto de flechas verdes hasta el extremo de estribor de Windrush para verificar la hipotética incandescencia y ver los detalles de la apagada esfera naranja que siempre le deprimía.

Pero decidió que primero debía informar al Bridge de la desaparición de Doc. Podría encontrar allí a Drake. Y, se dijo para sí mismo, también tendría que informar sobre la desaparición del tesoro de Doc.

Los rostros que pasaban junto a él le fascinaban. ¡Tal mezcla de narices y orejas! Pasó junto a la figura inclinada que seguía graznando. Era una mujer vieja, cuya nariz casi le llegaba hasta la barbilla. Contraía espasmódicamente sus dedos sobre dos varas estrechas y un rollo de algo velludo.

—¿Qué estás haciendo, abuela? —le preguntó.

Ella lanzó un bufido de enojo.

—Tejiendo —contestó con indignación.

—¿Y qué significan las palabras que dices continuamente?

—Son los nombres de modelos de puntos —contestó la vieja, espetando a continuación—: Dunas de arena, relámpago, soldados marchando...

Empezó a separarse de la línea directora y entonces vio que ya se encontraba con la flecha azul que conducía hacia arriba. Se mantuvo en el centro de la línea de velocidad, sin importarle el calor, y después se dirigió hacia el Bridge.

Cuando llegó allí, vio que había una gran multitud de estrellas arriba. Los arcos iris oblongos eran todos bancos de luces multicolores que se encendían y apagaban. Pero los oficiales silenciosos... parecían muy viejos, y sus

rostros miraban como si estuvieran medio dormidos; los gestos de sus órdenes eran mecánicos. Spar se preguntó si sabrían hacia dónde se dirigía Windrush... o si sabían algo más allá del Bridge.

Un oficial moreno y joven con el pelo muy corto flotó hacia él. Hasta que no habló, Spar no se dio cuenta de que se trataba de Drake.

—Hola, viejo. Oye, pareces más joven. ¿Qué son esas cosas que llevas alrededor de los ojos?

—Cristales de visión. Me ayudan a ver con nitidez.

—Pero los cristales de visión tienen tubos. Son una especie de telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y habló sobre la desaparición de Doc y de su gran bolsa negra del tesoro.

—Pero me dijiste que bebía mucho. ¿Y te dijo que sus tesoros eran sueños? Me da la impresión de que estaba chiflado y se dirigió a alguna otra parte para beber.

—Pero Doc era un bebedor regular. Siempre acudía al Bat Rack.

—Bueno. Haré lo que pueda. He llevado a cabo la investigación en el Bat Rack. Creo que ese Crown está algo fuera de sus casillas. Los viejos son más fáciles de manejar... No sienten una mayor codicia que la de costumbre y siguen el camino más fácil. Fenner y yo no encontramos nunca a la vieja y al pequeño perro, tampoco a ninguna mujer y animal..., no encontramos nada.

Spar habló sobre el antiguo intento de Crown de robarle a Doc su pequeña bolsa negra.

—Así es que piensas que los dos casos pueden tener alguna relación. Bien. Como ya te he dicho, haré lo que pueda.

Spar regresó al Bat Rack. Le resultó, muy extraño ver con todo detalle el rostro de Keeper. Parecía viejo y su mancha central y rosada no era otra cosa que una gran nariz rojiza, cruzada por pequeñas venas. Sus ojos marrones no eran tan curiosos como ávidos. Le preguntó por aquellas cosas que llevaba alrededor de los ojos. Spar decidió que no era adecuado decirle a Keeper que podía ver con nitidez.

—Son una nueva clase de adornos de moda, Keeper. Maldita fiera, no tengo ningún pelo en la cabeza, y debería ponerme algo.

—¡Cuida tu lenguaje, Spar! Es de borrachos gastar preciosos vales con un lenguaje tan grotesco.

Spar no le recordó a Keeper ni que los vales que había ganado en el Bat Rack formaban un enorme montón, ni que había dejado de beber. Tampoco le dijo nada sobre sus dientes, manteniéndolos ocultos detrás de sus labios.

No podía ver a Kim por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

—Se habrá marchado a alguna parte. Ya sabes cómo son esos animales perdidos, Spar.

Sí, pensó Spar, éste se había marchado, pero permanecía ausente ya durante demasiado tiempo.

Seguía sintiéndose extrañado por poder ver nítidamente todo lo que había en el Bat Rack. Era un hexágono cruzado de estanterías y hecho de dos pirámides unidas por sus bases. Los vértices de las pirámides eran las esquinas violeta anterior, y rojo oscuro posterior. Las otras cuatro esquinas eran el verde de estribor, el negro de abajo, el escarlata de babor y el azul de arriba, si se las nombraba desde la popa en el sentido en que se mueven las manecillas de un reloj.

Suzu llegó al principio del día de juego. Spar quedó impresionado por su aspecto desaliñado y por sus ojos enrojecidos. Pero se sintió emocionado por sus muestras de afecto y percibió la fuerte amistad existente entre ellos. En dos ocasiones, cuando Keeper no estaba mirando, le cambió su bolsa de brebaje negro medio vacía por una llena. Ella le dijo que, en efecto, en otros tiempos había conocido a Sweetheart y que, en efecto, había oído decir a la gente que Mable había visto a Sweetheart raptada por los vampiros.

El trabajo se desarrollaba lentamente para ser un día de juego. No había por allí ningún bebedor extraño. Manteniendo la esperanza en contra de los temores, Spar seguía confiando en que Doc terminaría por aparecer por allí, zigzagueando a lo largo de las líneas, y haciendo algún comentario sobre los objetos que le había entregado a Spar, y hablando de los viejos tiempos en su extraña filosofía.

Durante la noche del día de juego, Crown llegó acompañado de sus mujeres. Todas, excepto Almodie. Doucette dijo que tenía dolor de cabeza y que había permanecido en el hueco. Una vez más, todos ellos pidieron café,

aunque a Spar le pareció que todos ellos estaban un poco borrachos.

Disimuladamente, Spar estudió sus rostros. Aunque nerviosos y vivaces, todos ellos tenían en sus expresiones algo muy similar a los rostros que había visto entre la mayor parte de los oficiales del Bridge. Doc había dicho que todos ellos eran cadáveres vivientes. Fue interesante descubrir que el aspecto moteado de rojo de Phanette y de Doucette se debía a... las pecas, unos diminutos puntos rojizos existentes sobre sus pieles blancas.

—¿Dónde está ese famoso gato que habla? —preguntó Crown a Spar.

Spar se encogió de hombros y Keeper contestó:

—Se ha perdido. De lo que me alegro. No quiero por aquí a ningún pequeño felino que entable luchas como las de la última noche.

Manteniendo sus ojos marrones irisados de amarillo sobre Spar, Crown dijo:

—Creemos que fue precisamente esa lucha del último día de juego lo que le dio a Almodie su dolor de cabeza, de modo que no quiso venir esta noche. Le diremos que conseguiste librarte de ese gato embrujado.

—Yo mismo me hubiera desembarazado de esa bestia si Spar no lo hubiera hecho —observó Keeper—. Así pues, ¿cree que era un gato embrujado, coronel?

—Estamos seguros. ¿Qué es eso que lleva Spar sobre el rostro?

—Una nueva especie de adorno, coronel, como para atraer la bebida.

Spar tuvo la sensación de que aquella conversación había sido previamente acordada entre ellos, de que existía un nuevo acuerdo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse nuevamente de hombros. Suzy parecía enfadada, pero no dijo nada.

Sin embargo, una vez que se cerró el Bat Rack, ella volvió a quedarse. Keeper no le pidió nada, aunque le lanzó una mirada maliciosa antes de marcharse con un bostezo y desperezándose, a través de la escotilla escarlata. Spar comprobó que las seis escotillas estaban cerradas y apagó las luces, aunque aquello no representó ninguna diferencia bajo el brillo de la mañana. Después se dirigió hacia Suzy, que se encontraba sobre la estantería donde dormía Spar.

—No te desembarazaste de Kim, ¿verdad? —le preguntó ella.

—No —contestó Spar—. Simplemente se perdió, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está Kim.

Suzy sonrió y le rodeó con sus brazos.

—Creo que esos objetos que llevas en los ojos son muy bonitos —dijo.

—Suzy —dijo Spar—, ¿sabías que Windrush no es el universo? ¿Que se trata de una nave que viaja por el espacio alrededor de una esfera blanca marcada con círculos, una esfera mucho más grande que Windrush?

—Sé que, a veces, a Windrush se le llama la Nave —contestó Suzy—. He visto esa esfera... en imágenes. Olvídate de todos los pensamientos extraños, Spar, y piérdete dentro de mí.

Así lo hizo Spar, debido sobre todo a la amistad. Se olvidó de atarse el tobillo a la estantería. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estaba pensando en Almodie.

Cuando todo hubo pasado, Suzy se quedó durmiendo. Spar se colocó el paño sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Se sentía preocupado por los síntomas de su retirada de la bebida, pero éstos eran algo menos malos que el último día de dormir. Gracias a ello, no tuvo necesidad de dirigirse hacia el toro para beber un poco de brebaje. Pero sentía un agudo pinchazo en su espalda, como si un músculo hubiera sufrido un espasmo allí, y los síntomas empezaron a empeorar. Se convulsionó una, dos veces, y después, cuando la agonía se le hizo intolerable, se revolvió.

Spar se despertó, sintiendo cómo le palpitaba la cabeza, para descubrir no sólo que estaba sujeto, sino amarrado a su estantería, con sus muñecas extendidas en una dirección y sus tobillos en otra, con las manos y los pies entumecidos. Su nariz se restregó sobre la estantería.

La luz enrojeció sus párpados. Los abrió un poco al mismo tiempo y vio a Hellhound apoyado contra la próxima estantería, con las patas traseras dobladas. Podía ver muy claramente los grandes y puntiagudos dientes de Hellhound. Si hubiera abierto los ojos con más rapidez, Hellhound se habría lanzado contra su cuello.

Apretó con fuerza sus agudos dientes de metal. Ahora, por lo menos, disponía de algo más que encías para enfrentarse a un ataque contra su rostro.

Más allá de donde se encontraba Hellhound, vio unas espirales negras y

transparentes. Se dio cuenta entonces de que se hallaba en el hueco de Crown. Evidentemente, el último pinchazo sentido en su espalda no había sido más que la jeringuilla de una inyección.

Pero Crown no le había quitado los adornos que llevaba alrededor de los ojos, ni se había dado cuenta de la presencia de sus nuevos dientes. Creía que Spar seguía siendo el viejo sin ojos y sin dientes.

Entre Hellhound y las espirales vio a Doc amarrado a una estantería, con su gran bolsa negra atada cerca de él. Doc estaba amordazado. Evidentemente, había tratado de gritar. Spar decidió no intentarlo. Los ojos grises de Doc estaban abiertos y Spar pensó que Doc le estaba mirando.

Actuando muy lentamente, Spar movió sus dedos entumecidos colocándolos sobre el nudo que ataba sus muñecas a la estantería. Después, contrajo los músculos lentamente y estiró. El nudo se deshizo un milímetro. Mientras actuara con la suficiente lentitud, Hellhound no le vería. Repitió la misma acción a intervalos.

Después, y mucho más lentamente, fue desviando el rostro hacia la izquierda. No vio otra cosa, excepto que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada con cremallera, y que más allá del perro y de Doc, entre las espirales negras, había una cabina vacía y desamueblada, por cuya parte de estribor se veían estrellas. La escotilla que daba a aquella cabina estaba abierta, con su escotilla de emergencia oscilando a su lado.

Con una lentitud similar, fue girando la cabeza hacia la derecha y miró más allá de Doc y de Hellhound, que le miraba ansiosamente para descubrir cualquier signo de vida o de que se había despertado. Había deshecho ya el nudo de sus muñecas unos dos centímetros.

Lo primero que vio fue un rectángulo transparente. En él había más estrellas y, en su esquina de popa, la humeante esfera de color naranja. Por fin podía ver esta última con mayor claridad. El humo estaba en la parte superior, mientras que el naranja se encontraba por debajo y situado de un modo irregular. Mientras observaba, vio un brillante *flash* en una de las zonas de color naranja. El fogonazo fue breve y después se convirtió en una diminuta esfera negra que surgía a través del humo. Mucho más que nunca, Spar se sintió mal.

Por debajo de la transparencia, Spar vio un cuadro horrible. Suzy estaba sujeta a una brillante estantería de metal. Estaba muy pálida y tenía los ojos cerrados. De la parte lateral de su cuello surgía un tubo rojo que se bifurcaba después en cinco ramales. Cuatro de ellos se dirigían hacia las bocas enrojecidas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado por una grapa y un poco más allá estaba Almodie, que flotaba encogida, con las manos sobre los ojos.

—Lo queremos todo —dijo Crown con suavidad—. Desnúdala, Rixie.

Rixende cerró con una grapa el extremo de su tubo y se dirigió hacia Suzy. Spar esperaba que le quitara la ropa interior azul, pero, en lugar de hacerlo así, se limitó a darle masaje a una de las piernas de Suzy, apretando siempre desde el tobillo hacia arriba, empujando la sangre que le quedaba hacia el cuello.

Crown se apartó de los labios el tubo del que chupaba, el tiempo suficiente para exclamar:

—¡Ah! Hasta la última gota.

Después, chupó la sangre que había surgido del tubo durante el breve intervalo, y se lo volvió a introducir en la boca.

Phanette y Doucette se convulsionaron con risillas sofocadas.

Almodie apartó un poco los dedos, mirando por entre ellos y por entre su masa de pelo platino y después volvió a cerrar inmediatamente los dedos.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

—Eso es todo lo que podemos conseguir. Phan y Doucie, llevadla al gran masticador. Si os encontráis con alguien en el pasillo, haced como si estuviera borracha. Después, tendremos a Doc para que nos alimente, y hasta le daremos un poco de brebaje si se porta bien. Y después, nos beberemos a Spar.

Spar había conseguido desatarse el nudo lo suficiente como para llevar una de sus puntas hasta muy cerca de sus dientes. Hellhound seguía observándole ansiosamente, incapaz de observar cualquier movimiento que se hiciera con tal lentitud. El perro mostraba unas diminutas gotillas grises al lado de sus colmillos.

Phanette y Doucette abrieron la escotilla y sacaron el cuerpo muerto de

Suzy a través de ella.

Rodeando a Rixende con un brazo, Crown se dirigió expansivamente a Doc, diciendo:

—Bueno, ¿no es esto lo más correcto, viejo? Sangre natural entre los dientes, dijo un sabio. Ellos lo han envenenado todo allí —y señaló con un dedo hacia la humeante esfera naranja que se deslizaba ya fuera de la vista—. Aún están luchando, pero no tardarán en estar todos muertos. Así es que la muerte será también la regla para esta llamada nave de supervivencia. Recuerda que están a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los que están en Windrush, incluyendo su propia sangre, nos beberemos la nuestra.

Spar tenía el extremo del nudo muy cerca de sus dientes. Escuchó cómo el gran masticador comenzaba a zumbar.

En la cabina vacía, Spar vio a Drake y a Fenner, vestidos una vez más como bebedores, dirigiéndose hacia la escotilla abierta.

Pero Crown también les vio.

—Cógeles, Hellhound —ordenó, señalando con un dedo—. Es nuestro orden.

El gran perro negro abandonó el lugar donde estaba y se lanzó a través de la escotilla abierta. Drake le apuntó con algo. El perro quedó flácido.

Sonriendo suavemente, Crown cogió de una punta una esvástica con hojas curvadas, brillantes y tan agudas como una cuchilla, y la lanzó, haciéndola girar. El objeto se dobló, pasó sobre Spar y Doc, no acertó a Drake, ni a Fenner, ni a Hellhound... y chocó, contra la pared de estrellas.

Se produjo una ráfaga de viento y después la escotilla de emergencia se cerró de golpe. Spar vio a Drake, Fenner y Hellhound, vacilantes a través del pliofilm transparente, vomitando sangre, hinchándose y terminando por explotar sangrientamente. La cabina vacía en la que habían estado, desapareció. Windrush tenía una nueva pared y el hueco de Crown estaba deformado.

Mucho más allá, haciéndose cada vez más diminuta, la esvástica siguió girando hacia las estrellas.

En aquel momento regresaron Phanette y Doucette.

—Hemos hecho desaparecer a Suzy. Apareció alguien, así es que tuvimos que golpearle.

El gran masticador dejó entonces de zumbar.

Spar mordió limpiamente el lazo que ataba sus muñecas y después se dobló inmediatamente sobre el de sus tobillos, dispuesto a morderlo igualmente.

Crown se dirigió hacia él. Deteniéndose un instante para coger cuchillos, las cuatro mujeres hicieron lo mismo.

Phanette, Doucette y Rixende se desmayaron. Spar tuvo la impresión de que unas pequeñas bolas negras habían chocado contra sus cráneos.

No le quedaba tiempo para desatarse el lazo de los tobillos, así es que se puso en pie, con los pies atados aún. Crown le pegó en el pecho, mientras Almodie le mordía en los pies.

Crown y Spar rodaron sobre la estantería. Después, Almodie consiguió cortar por fin las cuerdas que ataban los tobillos de Spar. Cuando saltaron a lo largo de la tangente, Spar trató de propinarle a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste se retorció, evitando el golpe, mientras los dos, entrelazados, se dirigían hacia la pared interior.

Se produjo un chasquido cuando la navaja de Crown se abrió. Spar vio la muñeca oscura y la agarró. Lanzó un cabezazo contra el mentón de Crown. Crown lo volvió a evitar. Spar situó entonces los dientes sobre el cuello de Crown y mordió con fuerza.

La sangre cubrió el rostro de Spar, surgiendo con fuerza del cuello de Crown. Escupió un trozo de carne. Crown se convulsionó. Spar le arrebató la navaja y el cuerpo de Crown quedó flácido. La presión de aquel hombre actuaba en contra de él mismo.

Spar se sacudió la sangre del rostro. A través de las gotas, vio a Keeper y a Kim, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrando sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban, inertes.

—Les disparé con mi arma para borrachos —dijo Keeper con orgullo—. Las dejé sin sentido. Ahora, les cortaré el cuello, si quieres.

—Nada de cortar más cuellos —dijo Spar—. No más sangre.

Apartándose de un tirón de las manos de Almodie, se dirigió hacia Doc,

recogiendo en el camino el cuchillo de Doucette, que flotaba.

Cortó las ligaduras de Doc y la mordaza que le cubría el rostro.

Mientras tanto, Kim siseó:

—Robé y escondí lossss valesss de la caja de Keeper. Le asseguaré que tú losss habíasss robado, Ssspar. Tú y Sssuzy. Asssí esss que él vino aquí.

—Vi como uno de los pies de Suzy desaparecía por el gran masticador — explicó Keeper—. Lo supe por el brazalete de corazones que llevaba en el tobillo. Después de haber visto aquello, tuve el coraje para matar a Crown o a cualquier otro. Amaba a Suzy.

Doc se aclaró la garganta y graznó:

—Brebaje.

Spar encontró una bolsa triple y Doc se la bebió toda. Después, dijo:

—Crown dijo la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, de plástico, procedente de la Tierra. La Tierra... —se dirigió hacia la opaca esfera naranja que desaparecía por la popa de la ventana— se envenenó con la contaminación del humo y con la guerra nuclear. Gastó el oro para la guerra, y el plástico para la supervivencia. Pero es mejor olvidar eso. Windrush se volvió loco. Es comprensible. Hubiera ocurrido incluso de no haber padecido el raquitismo de Lethe. Pensábamos que Windrush era el cosmos. Crown me raptó para conseguir mis drogas, y me mantuvo vivo para conocer las dosis.

—Limpia todo esto —dijo Spar, dirigiéndose a Keeper—. Y mete a Crown en el gran masticador.

Almodie se levantó de los tobillos de Spar, colocándose a la altura de su pecho.

—Había una segunda nave de supervivencia, Circumluna. Cuando Windrush se volvió loco, mi padre y mi madre, y... tú, fuisteis enviados aquí para investigar y curar. Pero mi padre murió y tú contrajiste el raquitismo. Mi madre murió poco antes de que yo fuera entregada a Crown. Ella te envió a Kim.

—Mi abuela —siseó Kim—, llegó de Circumluna a Windrusssh. Una gran abuela. Me ensseñó lasss cifrasss de Windrusssh... Radio de giro, 3.500 kilómetros. Período, sseiss horasss... asssí ssse esssplican loss

días tan cortos. Un terrán es el tiempo que la Tierra tarda en moverse frente a una constelación, y todo lo demás se explica.

—Bien, Spar —dijo Doc—, tú eres el único capaz de recordar sin cinismo. Tendrás que hacerte cargo de todo. Ahora, todo es tuyo, Spar.

Y Spar no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo con él.

LA GRANJA DE LOS ANIMALES

Alfred Bester

Este título, así como la situación descrita en el relato, evocan inmediatamente la dramática novela alegórica de Orwell Rebelión en la granja. Aunque en este probable homenaje a la parábola orwelliana, Bester describe una «entente» entre los animales y los humanos bastante más cordial.

Fui a la granja de los animales.
Las aves y las bestias estaban allí.
A la luz de la luna,
el gran mandril,
estaba peinando su pelo dorado.

El mono se emborrachó,
y se subió a la trompa del elefante.
El elefante estornudó
y cayó de rodillas.
¿Pero qué fue del mono?

Canción infantil tradicional

Hay una elevada colina en Bucks County, Pennsylvania, llamada la Colina Roja, debido a que está formada de esquisto rojo. Sobre la cumbre de la colina hay una granja abandonada, conocida como la granja de la Colina Roja. Quedó desierta hace muchos años, cuando los hijos de los granjeros llegaron a la conclusión de que había mucha más excitación y entretenimiento en las ciudades.

La granja de la Colina Roja tiene una vieja casa de piedra con gruesas paredes, suelos de madera de roble y enormes chimeneas en las que, hace doscientos años, se cocinaba la comida. Detrás de ella hay un ahumadero con techo de pizarra en el que se colgaban los jamones. Hay un pequeño establo rojo atestado de cosas olvidadas, como trineos de los niños y trozos de arneses de las caballerías, y hay también un gran establo rojo que es la Gran Escuela Roja.

Aquí, las señoras y caballeros que poseían la granja de hecho, si no de derecho absoluto, celebraran reuniones durante el día y durante la noche para discutir los problemas sobre presagios y para educar a sus hijos. Pero deben

comprender que ellos hablaban el lenguaje de criaturas que muy pocos humanos pueden oír o entender. La mayor parte de nosotros lo aprendimos cuando fuimos jóvenes, pero lo perdimos a medida que fue siendo sustituido por el lenguaje humano. Hay aún unos pocos seres raros capaces de hablar ambos lenguajes y ésta es nuestra historia.

Las reuniones que se celebran en la Gran Escuela Roja están gobernadas por el presidente, un gallo de cuello anillado que es todo pompa y pavoneo. Cuando los demás se refieren secretamente a él, le llaman «el maníaco sexual», porque mantiene un harén de cinco gallinas. El profesor es un ratón blanco que se escapó de los laboratorios de la Universidad Rutgers, después de tres años de intensa educación. Cree estar calificado como doctor en filosofía, y pronunció una disertación sobre el tema «La importancia del agua caliente para la ciencia».

George Washington Marmota es el incomparable supervisor de la granja de la Colina Roja. Conoce cada pulgada de sus cuarenta acres, y es el árbitro de todas las disputas territoriales. El Conejo Anciano, a quien ocasionalmente se le llama el «jefe de sección de exploradores», es el mentor de la moralidad y se siente siempre muy alarmado por la libertad y los excesos de la juventud de la Colina Roja.

—No permitiré —dice— que la Colina Roja se convierta en otra Woodstock.

También deplora mucho la música moderna.

Hay otros muchos miembros de la Gran Escuela Roja, ciervos que tienen actitudes muy cariñosas, pero que en realidad son terriblemente estúpidos. Los intelectuales les llaman los «Debutantes». Moisés Topo, que está virtualmente ciego, como tocios los topos, acosa continuamente al Profesor para que le enseñe astronomía.

—Pero ¿cómo puedo enseñarte astronomía si ni siquiera puedes ver las estrellas?

—No quiero ser un astrónomo dedicado a la observación. Quiero ser un astrónomo matemático, como Einstein.

Parece como si el Profesor tuviera que introducir un curso sobre las nuevas matemáticas.

También hay un Cardenal y un Trillador Pardo, que tienen temperamentos humildes y que siempre se están metiendo el uno con el otro. Al Cardenal se le llama «Su Eminencia», desde luego, mientras que al Trillador Pardo se le conoce con el apodo de Yack Johnson. Ciertamente que Jack Johnson tiene un carácter detestable, pero canta maravillosamente y dirige clases vocales con regularidad. Por otra parte, la voz de Su Eminencia no puede ser considerada más que como malísima.

La Gallina Caldea es una fugitiva de una incubadora situada bajando el camino y es una chica realmente confusa. Es una Leghorn blanca y tuvo la desgracia de descubrir a temprana edad que Leghorn era un lugar situado en Italia. En consecuencia, habla un galimatías que ella cree ser un italiano fluido.

—¡Ah, *caro mio!* —dice—. *¿Come est? Benny,* espero. *Grazie.* Y con *meeeyo* también está *benny*.

Se le llama la Caldea porque es una versada en astrología, lo que enrabia al Profesor.

—¡Ah! Tú nunca serás *simpatético* con él. Tú eres Gasitorius y él es Zapricornio.

Los miembros más inteligentes de la Gran Escuela Roja son los cuervos, que son ingeniosos y locuaces y cuyas conversaciones suenan como una reunión nocturna y abierta en un restaurante teatral. Desgraciadamente, no son respetados por el *establishment*, que los considera como «simples máscaras» que siempre están tratando de tomar prestado algo (que nunca se devuelve), y que llevan adelante serias discusiones como en una función cómica. Tiene que admitirse que, cuando dos cuervos se juntan, comienzan a comportarse como hombres en busca de un interlocutor, convulsionándose con antiguas frases hechas.

—¿Quiénes te agradan más, los antiguos o los nuevos escritores?

—Mi hermano ha cogido eso.

—Ha cogido, ¿qué?

—Neuritis.

Y, a continuación, se escuchan varios graznidos.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Tengo cinco, gracias.

—No me des las gracias, amigo. No me des las gracias.

Y vuelven a escucharse varios graznidos.

Fue durante una tarde de mayo, cuando la luz se prolonga y las sombras aún se prolongan más, cuando el Presidente penetró en la Gran Escuela Roja, atendida por su harén. Estaba allí todo el mundo, profundamente involucrado en una discusión sobre una proposición planteada por el Profesor. Se trataba de si debían establecer un ferrocarril subterráneo, algo como los abolicionistas, para permitir que otros escapados alcanzaran la libertad. Moisés Topo, que tiene bastante poca imaginación, estaba señalando que para él resultaría extremadamente difícil excavar túneles lo bastante grandes como para que pudieran pasar vagones de ferrocarril.

—En cierta ocasión vi uno, y son tan grandes como casas.

Jack Johnson estaba pinchando a Su Eminencia para que diera lecciones de vuelo a todos los refugiados, sin tener en cuenta su raza, credo o especie. Dos cuervos negros estaban graznando. En resumen, era una de las reuniones típicas del Establo Rojo.

—He convocado esta reunión para daros noticias importantes —dijo el Presidente—. Yo digo, Kaff, Kaff, con inteligencia vital. Flora, siéntate. ¡Oh, lo siento! Frances, ¿te sientas...? ¿Felicia? ¡Oh, Phyllis! Sí. Bastante. Kaff Kaff. Siéntate, Phyllis. Esta mañana un Cadillac ha subido por el camino que conduce a la granja de la Colina Roja...

—Doscientos treinta y cinco coma nueve metros —dijo Geo W. Marmota—, que van del este al sudeste. Latitud...

—Sí, sí, mi querido George. Era seguido por un Volvo que contenía...

—¿Qué te gusta más, un Cadillac o un Volvo?

—Mi padre lo tiene.

—¿Qué es lo que tiene tu padre?

—Condición de Cadillac.

Graznidos.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Por favor! Esto es muy serio. En el Cadillac

iba un agente de bienes raíces. En el vehículo extranjero iban un hombre, una mujer y un niño extremadamente pequeño, cuyo sexo no ha sido determinado todavía. Es mi juicio, Kaff Kaff, he dicho, mi opinión mesurada, que nuestra granja está siendo mostrada para su venta.

—Mayo es un mes muy malo para la compra —declaró la Gallina Caldea—. Las decisiones *importante* deben ser *reservato* para el signo de Jemimah.

—La palabra es Géminis —espetó el Profesor—. Lo menos que puedes hacer es mantenerte en línea con tus supersticiones.

—Eres un ratón chauvinista —replicó miss Leghorn—. Y voy a formar un Cuerpo de Gallinas.

—Sí, sí, querida. Y yo seré el primero en contribuir a tu valiosa causa. No te importe esa mirada, Frances... ¡Oh, Fifi! No hay ninguna necesidad de crear un Movimiento de Liberación de Gallinas. Tú ya estás liberada. Kaff Kaff. Y ahora, señoras y caballeros, nos vemos envueltos en, yo digo, estamos lanzados a una lucha por la conservación de nuestra propiedad. No debemos permitir que ningún extraño (yo diría usurpador) nos invada. Tenemos que convertir la zona en lo menos atractiva posible, y eso exigirá sacrificios.

—Cita uno que tú estés dispuesto a realizar —dijo el Profesor.

—Citaré varios. Señoras —y el Presidente se dirigió exclusivamente a las conejas—, les ruego no permitáis que nadie os vea. El animal humano siempre queda prendado de vuestra belleza y encanto.

Los Debutantes se echaron a reír encantadoramente.

—Mi querido jefe de sección de exploradores —siguió diciendo el Presidente, dirigiéndose al Conejo más viejo—, lo mismo se puede decir de ti y de toda tu tropa. Por favor, desapareced hasta que recibáis más noticias. Ya no habrá más congresos de exploradores en el césped. Yo, desde luego, haré un sacrificio similar. Ocultaré mi radiante magnificencia. Kaff Kaff.

—Yo siempre estoy oculto —dijo Moisés Topo.

—Hay que estar seguros. Hay que estar seguros. Pero veamos una cosa, Moisés, ¿te sería posible socavar todos los cimientos, elevando esos terraplenes ocultos? Tendrás que redoblar tus esfuerzos, pero eso nos ayudará mucho.

—Pediré a los hermanos de Topo Anónimo que echen una mano.

—Espléndido. Espléndido. Y ahora, George W., te pido esto como un favor especial. ¿Serías lo bastante amable como para abandonar tu invaluable inspección por el momento, yo digo, Kaff Kaff, temporalmente, y comerte los narcisos?

—No me agrada su sabor.

—No le culpo de nada —observó el Conejo anciano—. Son verdaderamente repugnantes.

—Pero visualmente muy atractivos para el ojo humano. En realidad, no tienes que devorarlos, George; sólo tienes que cortarlos y masticarlos un poco. Yo haré lo mismo con las lilas, al amparo de la oscuridad, desde luego, y mis queridas esposas me asistirán.

—¿Y qué hay de mí y de Su Eminencia? —preguntó Jack Johnson.

—Su Eminencia permanecerá fuera de la vista, pero se pondrá a cantar. Tú permanecerás a la vista, pero no cantarás.

—Soy tan hermoso como ese jesuita.

—¿Sí? ¿Quieres demostrarlo? Un paso adelante.

—Caballeros, caballeros. Por favor. Estamos coordinando un ataque general. Ahora, nuestros miembros de Equidad de Actores continuarán sus estragos de costumbre, concentrándose en los manzanos, los perales y los melocotoneros.

—Deberíamos comernos también el grano.

—No voy a comerte, amigo.

Graznidos.

—Miss Leghorn permanecerá fuera de la vista. No hay nada más atrayente para el animal humano que una gallina meditando en un día de verano. ¡Oh! Y Jack, muchacho, ¿te encargarás de avisar al sinsonte? No hay nada más atrayente que un sinsonte cantando su serenata en una noche de verano.

—¿Por qué no se une a nosotros?

—Se lo he pedido muchas veces, y siempre se ha negado. Creo que ahora se negará a ser forzado.

—Le perseguiré durante todo el camino hasta Canadá.

—Yo continuaré supervisando toda la campaña desde mi puesto de mando en el habitáculo de Freda..., ¡ah!, en el de Francie..., ¡ah!... desde mi propio puesto de mando, bajo el macizo de lilas. Les aseguro, señoras y caballeros, que no podemos fracasar. Se levanta la sesión.

Fracasaron, desde luego. Los que llegaron de la gran ciudad echaron dos vistazos a la granja de la Colina Roja y quedaron prendados de ella. Vieron los agujeros en miniatura que Moisés Topo había excavado, y les encantó.

—Los topos tienen sus derechos —dijo el esposo.

Vieron después a George W. diezmando los narcisos.

—Las marmotas tienen sus derechos —dijo la esposa—. Al año que viene plantaremos suficientes para nosotros y para ella.

El Kaff Kaff del Presidente, que hacía todo lo que podía para destruir las lilas, casi les puso en éxtasis. Vieron fugazmente a las conejas y a sus pequeñuelos, ocultos en los bosques, y aquello les encantó.

—¿Crees que todos ellos nos permitirán vivir aquí, con ellos? —preguntó la esposa.

Compraron la granja a un precio elevado (1.000 dólares el acre), con la ayuda de una hipoteca; se cambiaron a sus posesiones y tomaron residencia en ellas. Casi inmediatamente se oyeron martilleos y aserramientos en el interior de la casa, y se vieron despojos en el exterior, colgados de un cordel que pendía entre un par de robles.

Eran una familia de cuatro. El cabeza de la casa era una gata birmana, toda ella bronceada y morena, con ojos dorados, que dirigía las cosas con una mano imperiosa. Después, estaban el esposo y la esposa y un niño de dos años que dirigía a la gata. La noticia de la presencia de la gata perturbó bastante a la Gran Escuela Roja, que no se siente orgullosa de los animales de rapiña. Todos ellos son vegetarianos, y la Gallina Caldea ha formado una asociación denominada COPT, que son las siglas de Comida Orgánica Para Todos. En opinión del Profesor, miss Leghorn es un ser ineducable.

—No, no es nada de lo que preocuparse —aseguró George W. a los reunidos—. Ella es de la realeza.

—¿De la realeza?

—Tuve una larga conversación con ella a través de la puerta de pantalla. Es una especie de princesa birmana, y si los birmanos hubieran sido cazadores, se habrían alimentado con ella.

—Eso es lo que dice ella. Detrás de una puerta.

—No. La ayudé a abrirla y mantuvimos una conversación muy amistosa hasta que salió la señora, la cogió y se la metió en el interior de la casa. Estaba loca.

—¿Por qué?

—Bueno, parece que estos tipos birmanos son de una clase muy elevada y no la dejan salir. Temen que coja la hemofilia o algo así. La princesa está bastante sola. Tendríamos que hacer algo por ella.

—La hemofilia no es contagiosa —dijo el Profesor—. Se trata de una característica congénita transmitida a través del cromosoma femenino.

—Está bien. Será leucemia o algo así.

—¿Qué me dices de la familia?

—La princesa me dice que están un poco como perdidos. El apellido es Dupree. Él se llama Constantine y ella Constance, así es que se llaman Connie el uno al otro, y la princesa nunca sabe con quién están hablando.

—¿Y el niño?

—Es un chico, y tiene seis nombres.

—¿Seis?

—Le llaman según una cierta clase de poema, que creo refleja una escena bastante despreciable. Se llama James James Morrison Morrison Weatherby George.

—Eso sólo son cuatro nombres —objetó el Profesor.

—Pero, desde un punto de vista matemático —empezó a decir Moisés Topo—, se trata en realidad de...

—Está bien, está bien. Seis. ¿Qué edad tiene?

—Dos años.

—¿Y qué hace?

—No mucho. Se arrastra por todas partes.

—¿A los dos años? Es de progreso muy lento. ¿Qué hace el padre?

—Es un editor.

—¿Y qué es eso?

—Ya sabes, esos trozos de papel que vemos a veces con cosas impresas en ellos, como Salsa de Tomate, Peso neto 300 gr.; o bien Pall Malí Cigarrillos Famosos...

¿Y?

—La princesa dice que alguien tiene que estar a cargo de la impresión. Ése es un editor.

—¿Qué hace ella?

—¿Quién?

—La otra Connie.

—Hace una pasta con comida y la pone en un papel.

—¿Hace qué?

—Eso es lo que dijo la princesa.

—¿Hace pasta con comida y la pone en nn papel?

—La princesa dice que tiene muy buen sabor.

—Eso no es hacer pasta con comida y ponerla en un papel —dijo el Profesor—. Ella está haciendo pinturas —después, volviéndose hacia Geo Marmota, añadió—: En mi opinión, tu amiga, la princesa birmana, es una imbécil.

—Quiere encontrarse contigo. Connie, el hombre, también estudió en Rutgers.

—¿Y sigue yendo, ahora? ¿Era Phi, Beta, Kappa? No importa. Quizá podamos arreglar algo.

—Él no habla nuestro lenguaje.

—Eso es algo muy malo. ¿Puede aprender? ¿Cuántos años tiene?

—Unos treinta.

El Profesor sacudió la cabeza y dijo:

—Un ciudadano mayor. Demasiado tarde.

En ese instante uno de los que estaban de vigilancia, dijo:

—Algo divertido está ocurriendo mientras se dirige al establo.

Todos ellos le miraron.

—Algo se está acercando —explicó.

Todos miraron a través de la ranura existente en la puerta del establo. Una criatura curiosa, rosada y desnuda, estaba arrastrándose a gatas a través del prado, avanzando en su dirección.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Moisés Topo.

—Dirección sur-suroeste —le dijo George W.

—¿Qué es?

—¡Es un monstruo! —gritó miss Leghorn.

El Monstruo se arrastró hasta ellos, atravesando la pared por la hendedura, se detuvo, jadeó y descansó. Después, observó a los reunidos. Y todos los reunidos le examinaron a él.

—Es James James Morrison Morrison Weatherby George —dijo Marmota—. Le vi dando un abrazo a la princesa.

—Pa... —dijo agradablemente el Monstruo.

—Evidentemente, es un inculto —dijo el Profesor de mal humor—. No puede hablar. Terminemos aquí la sesión.

—Yo también puedo hablar —dijo James con su lenguaje infantil—. ¿Por qué te muestras tan arisco conmigo?

—Mi querido Monstruo —se disculpó elegantemente el Profesor—. No tenía ni la menor idea. Te ruego me perdone.

—Pa... —dijo James.

—Pero, desde luego —explicó el Ratón Blanco—, la ciencia siempre encuentra la explicación. El puede hablarnos a nosotros, pero no puede hablar a los de su propia especie.

—Pa... —dijo James.

—Tienes que aprender a hablar nuestra lengua, muchacho —dijo Jack Johnson.

—Creemos que es listo en cualquier lengua —dijeron los Debutantes, riéndose disimuladamente.

—Señoras —dijo entonces el Monstruo—. Os agradezco el generoso cumplido. No soy más que un alma simple, pero no soy impenetrable a la lisonja procedente de unas damas tan gloriosas como vosotras. En este tumultuoso mundo de conflicto y confrontación, es un verdadero alivio para una criatura solitaria como yo, saber que aún hay unos pocos seres capaces de

relacionarse y comunicarse con los demás.

—Su primitiva elocuencia me llega al corazón —dijo un cervatillo, pasando sus ojos sobre James.

—¿En dónde diablos has aprendido ese divertido discurso? —preguntó uno de los vigilantes.

—En los editoriales de mi padre —contestó James con una mueca—. Se los lee en voz alta a mi madre.

—Honrado y modesto —dijo el jefe de exploradores—. Eso me agrada.

—¿Eh, Monstruo? ¿Qué te parece vivir con los tipos humanos? ¿Es diferente?

—No lo sé. Nunca he vivido con ningún otro ser.

—¿Qué me dices de la princesa? Esa tipa birmana.

—¡Oh! Ella sólo es una coqueta. Es de un carácter viscerotónico, lo que significa que actúa por motivaciones instintivas, antes que por motivaciones intelectuales.

—¡Vaya! —exclamó Jack Johnson.

—¿También está eso en uno de los editoriales? —preguntó uno de los vigilantes.

—Así es. Lo que quiero decir, damas y caballeros, es que ésta es la primera oportunidad que he tenido de mantener una conversación racional con otros seres.

—¿Es que tus padres no hablan contigo?

—¡Oh, sí! Pero cuando les contesto, no me escuchan.

—Eso es porque tú hablas Nosotros, y ellos hablan Ellos.

—¿Sabéis? —dijo el Profesor—. Creo que este Monstruo simplista puede tener algún potencial. Creo que le aceptaré como uno de mis estudiantes en Artes y Ciencias.

—Aquí viene uno de los dos Connies —advirtió entonces Su Eminencia.

—Está bien. Sal, Monstruo. Te veremos mañana. Que alguien le empuje para hacerle pasar a través de la puerta.

La madre de James le recogió e inició el camino de regreso hacia la casa.

—Querido, has hecho una magnífica exploración. ¡Qué bonito es que no tengamos que preocuparnos por los coches! ¿Has descubierto algo?

—En efecto, he descubierto algo —contestó James—. Existe una brillante hermandad de aves y bestias en el Gran Establo Rojo, que me ha dado la bienvenida y se me han ofrecido amable y voluntariamente para iniciar mi educación. Todos ellos son verdaderas personalidades y muy divertidos. Me llaman Monstruo.

Estaba hablando el lenguaje de una criatura, por lo que su madre no pudo ni escucharle ni comprenderle. Así pues, expresó un «Pa» final, aunque se sintió extremadamente extrañado por el hecho de que su madre no pudiera entenderle. Y éste es el terrible conflicto de nuestra verdadera historia.

Y así fue como comenzó la educación de James Dupree, tanto dentro como alrededor de la Gran Escuela Roja.

—La música alcanzó su cúspide durante la época barroca —dijo Jack Johnson—. Con Telemann, Bach, Mozart. Sin embargo, el más grande, el que más me atrae, fue Vivaldi. Tenía verdadero músculo. ¿Comprendéis? Muy bien. Ahora, lo que tienes que recordar es que estos gatos han hecho unas afirmaciones. Y tienes que darte cuenta de que no sólo se escucha música; hay que hacerla, lo que significa que tienes que mantener una conversación con los artistas. ¿De acuerdo? Tú escuchas sus afirmaciones y después les contestas. Te muestras de acuerdo con ellos, o discutes. De eso se trata.

—Gracias, señor.

—Eso está muy bien. Y ahora, escuchemos cómo pronuncias el Do.

—A medida que profundizamos más y más —dijo Moisés Topo—, descubrimos que, desde el punto de vista matemático, la temperatura aumenta a medida que se profundiza. Pero los hermanos del norte me dicen que ellos han descubierto una capa helada permanente que ha quedado desde la época glacial. Ese dato es muy interesante. Significa que la última glaciación no ha terminado todavía en el sentido matemático. ¿Has visto alguna vez un iceberg?

—No, señor.

—Me gustaría excavar hasta llegar al fondo de un iceberg para comprobar la temperatura.

—¿Pero no estaría eso muy frío, señor?

—¿Frío? ¿Frío? ¡Bah! El frío es mejor que pastillas para la energía.

—Gracias, señor.

—Déjame ver tu mano —le pidió miss Leghorn—. *Benny. Benny.* La línea de la vida es fuerte. ¡Ah! Pero la línea de Venus, del *amourismo* está rota en *multo* lugares. Me temo que vas a tener una desgraciada vida amorosa, *caro mio...*

—Repíte después de mí —dijo el Conejo anciano—. Por mi honor.

—Por mi honor.

—Haré lo mejor para cumplir con mi deber.

—Haré lo mejor para cumplir con mi deber.

—Por Dios y mi país.

—Por Dios y mi país.

—Y para obedecer la ley scout.

—Y para obedecer la ley scout.

—Ayudaré a otras gentes en todo momento.

—Ayudaré a otras gentes en todo momento.

—Y me mantendré físicamente fuerte.

—Y me mantendré físicamente fuerte.

—Mentalmente despierto.

—Mentalmente despierto.

—Y moralmente recto.

—Y moralmente recto.

—Bien. Ahora eres oficialmente un novato. Mañana empezaremos a aprender a atar nudos.

—Perdone, señor, ¿qué significa moralmente recto?

—Y ahora, obsérvame —dijo la Debutante—. Primero das un paso/y después otro/y después das un paso/y después otro/y entonces te encontrarás bailando. Y ahora, inténtalo.

—Pero si ni siquiera puedo andar, señora.

—Eso es cierto —se apresuró a contestar la Debutante—. Si es así, ¿cómo vas a poder bailar? ¿Quieres que suspendamos esto por el momento? Dime una cosa, ¿qué libros has leído últimamente?

—Mi profesor en Rutgers —dijo el Ratón Blanco—, me enseñó todo lo que sé. Era un Phi Beta Kappa. Decía que siempre nos veíamos enfrentados con problemas en las humanidades y en las disciplinas científicas, y que el paso más importante a dar consiste en decidir si se trata de un problema de complejidad o de perplejidad. Y ahora pregunto: ¿conoces la diferencia?

—No, señor. Me temo que no.

—¡Hmmm!

—Señor, ¿cuál es la diferencia?

—George Marmota quiere decirte algo sobre supervivencia.

—No puedo comprender por qué dijo eso el Profesor —observó Geo W.—. La topografía puede representar una línea de trabajo muy molesta. No se la desearía ni a mi peor enemigo.

—Entonces, ¿por qué la hace, señor?

—No lo sé. Supongo que quizá porque soy el único tipo sombrío que se divierte con ella. Pero tú no eres un chico sombrío. Tú eres un chico muy animado.

—Gracias, señor. ¿Por qué no me pone a prueba y ve si a mí me gusta también?

—Bien, está bien, teniendo muy en cuenta que no estoy tratando de inculcarte esto.

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Y ahora, una verdadera tarea de topografía no se puede realizar a menos que hayas determinado tu posición por la latitud y la longitud. La posición del sol te proporciona la latitud, mientras que la hora te ofrece la longitud. ¿Lo has comprendido?

—Pero no puedo saber qué hora es.

—Claro que puedes saberlo, muchacho. Dispones de un reloj biológico.

—No sé lo que es eso, señor.

—Todos nosotros lo tenemos. Dime ahora, con rapidez, ¿qué hora es?

—Justo antes de la cena.

—¡No! ¡No! ¿Qué hora es desde que el sol llegó a su cenit, o sea desde que alcanzó su mayor altitud en el ciclo, al mediodía? ¡Dímelo con rapidez! En horas, minutos y segundos. Sácalo de tu propia cabeza.

—Las seis horas, diecisiete minutos y cinco segundos.

—Y tres segundos. Te has equivocado por ochocientos metros —dijo el Incomparable Topógrafo, dando una generosa palmadita en el hombro de James—. Eres un chico brillante y dispones de tu reloj biológico. Mañana mediremos los límites de la granja.

—Damas, yo digo, Kaff Kaff, las mujeres son cambiables. Nunca olvides eso. No podemos vivir con ellas y no podemos vivir sin ellas. Como escribió el gran poeta: cuando mi gallina va vestida de seda, entonces, entonces, pienso en lo suavemente que fluye la licuefacción de sus ropas. Esto, tengo un poco de miedo de que seas demasiado joven para la segunda *stanza*, que, por decir lo menos que se puede decir, es un poco obscena.

—Sí, señor.

—Y ahora, llegamos a la cuestión del momento —dijo el Presidente—. Supongo que no serás daltónico.

—No lo sé, señor.

—La percepción de los colores es esencial para la supervivencia. Muy bien, te pondremos a prueba. ¿Cuál es el color de esa flor?

—Es el color de un iris.

—Eso ya lo sé. Pero ¿cuál es el color? ¿El nombre? ¿El nombre?

—¿Azul? —dijo James, aventurándose.

—Es azul marino purpúreo. ¿Y el de ese tulipán?

—¿Rojo?

—Es cereza. ¡Mi joven amigo! ¡Supervivencia! ¡Supervivencia! ¿Y el de

esas lilas?

—Lila, señor.

—¡Ah! Ahora sí que estás mostrando algo de percepción. Muy bien. Mañana estudiaremos el RAAVAAV.

—No sé lo que es eso, señor.

—Son las letras iniciales de los colores del espectro —contestó severamente el Presidente, marchándose con paso airado y una actitud afectada.

—¡Eh, muchacho!

—¿Sí, Su Eminencia?

—¿Cuál de ellos es tu padre?

—El más alto, señor.

—¿Y qué hace?

—Bueno, habla mucho, Su Eminencia, y yo también le escucho mucho.

—¿De qué habla?

—Prácticamente, de todo. De ciencia y de la situación de la nación. De la sociedad, la ecología, de libros, ideas, del teatro.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, señor. También cocina mucho cuando está en casa, pero la mayor parte de eso lo hace en una lengua extraña.

—¿De veras? Dime, muchacho, ¿crees que existe alguna posibilidad de que me haga algo dulce? Me muero por el dulce.

No todo era dulzura y luz perpetua en la Gran Escuela Roja; de vez en cuando, se producían momentos desagradables.

Hubo un momento en el que James se arrastró de una forma maniática. Había pasado una mala noche, debido a un exceso de pastel de chocolate con crema batida que había comido durante la cena, y se sentía cansado y abatido. Rechazó las graciosas sugerencias de las Debutantes. Hizo carantoñas mientras el Profesor estaba leyendo. Mostró un carácter bastante imposible de

soportar. Sólo pronunció una palabra. No era lenguaje de criatura, sino humano, pero no fue «Pa», sino que fue «¡Maldición!». Después, comenzó a lloriquear. Las criaturas, que nunca lloran, se le quedaron mirando, llenas de perplejidad.

—¿Qué está haciendo?

—Está llorando —explicó la voz de la princesa birmana, que acababa de entrar en el establo—. Espero que perdonéis la intrusión, pero me las he arreglado para salir y le he seguido. Hola, George. Tienes un aspecto muy elegante hoy. Este debe de ser el Profesor. James nunca me dijo que eras tan distinguido. El Presidente y Su Eminencia están magníficos, como siempre. No os puedo decir cuántas veces os he admirado a través de las ventanas.

—Kaff Kaff. Se lo agradezco a Su Alteza.

—Tú tampoco tienes mal aspecto.

—Vamos, James. Regresaremos a casa.

—Pero ¿es que está enfermo? —preguntó el Profesor.

—No. Sólo está un poco fuera de sí. Ya sabéis que tiene un temperamento fuerte, heredado de su madre, que es bastante bohemia. Vamos, James. Regresamos a casa.

La princesa empezó a coquetear con James, haciéndole cosquillas con su pelo suave, pero apartándose unos pocos pasos cada vez que el niño intentaba abrazarla. James se fue arrastrando tras ella, saliendo de la Escuela, y empezó a atravesar el prado, en dirección a la casa.

—Estará bien mañana —dijo ella—. Tenéis un lugar encantador aquí. Adiós a todos.

—Ya te dije que era un verdadero ser de la realeza —observó George W.

Y llegó un momento en que uno de los vigilantes penetró en la Escuela, cantando:

—¿Cómo les vais a mantener en la granja después de que lo hayan visto?

—examinó a los reunidos con ojos legañosos, balanceándose ligeramente—. Estáis todos pasados —les informó—. Estáis todos borrachos.

Y después sintió náuseas.

—¿Qué sucede con nuestro entretenimiento, digo yo, amigo actor? —preguntó el Presidente.

—Las bayas de uno de los matorrales han fermentado —explicó el otro vigilante—, y no pude impedirle que se las comiera. Está terriblemente borracho.

—¡Actores! —explotó el Conejo anciano—. Que esto sea una lección para ti, James. Bueno, no os quedéis pasmados. Que alguien lo saque de aquí y dé un paseo con él.

—¿Señor?

—¿Sí?

—La manguera está rociando los rosales. Si le colocamos bajo el chorro de agua fría...

—Eso sí que es mantenerte mentalmente despierto. Llevad a este payaso por cualquier medio y ponerlo debajo del chorro de la manguera. Sólo espero que se siente en una espina.

—Connie —le dijo Constance a Constantine—. Estoy preocupada por Jamie.

—¿Por qué?

—¿No debería ir ya al jardín de infancia?

—¿Por qué?

—Parece que está encerrado.

—Aún no tiene tres años. ¿Qué quieres, Connie, una especie de prodigio que entre en Harvard a los diez y quede arruinado para toda la vida? Quiero que James crezca como un niño normal y saludable, sin que nadie fuerce su mente prematuramente.

—Si me permite, profesor —dijo James—, me gustaría mostrarme en desacuerdo con mi erudito colega, Moisés Marmota, sobre la teoría de la Gran Explosión de la Cosmología.

—Cosmogonía —le corrigió el Ratón Blanco.

—Gracias, señor. La idea de un gigantesco protoátomo explotando para producir el universo en expansión, tal y como lo conocemos en la actualidad,

es realmente muy atractiva, pero, en mi opinión, es una pura invención. Yo creo que la teoría del Estado Permanente... según la cual nuestro universo se está renovando constantemente a sí mismo con el nacimiento de nuevas estrellas y galaxias a partir del hidrógeno primordial.

—Pero ¿cuál es tu prueba? —preguntó Moisés Topo.

—La ecuación eterna —contestó James—. Energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz elevada a la segunda potencia.

—¿James? ¿Jamie? —llamó una voz en lenguaje humano—. ¿Dónde estás?

—Perdóneme, Profesor —dijo James con amabilidad—. Me están llamando.

Se dirigió gateando hacia la hendedura de la puerta del establo y la atravesó con dificultades.

—¡Pa...! —gritó, en lenguaje humano.

—Tendremos que abrir más esa puerta —dijo el Profesor con irritación—. Ha crecido. ¿Por qué diablos no habrá aprendido ya a andar? Ya tiene edad suficiente. Cuando yo tenía su edad, ya tenía nietos.

Los conejos y cervatillos se echaron a reír.

—Ha terminado la clase —dijo el Profesor; después, dirigiéndose a Moisés Topo, añadió—: ¡Tú y tu teoría de la Gran Explosión! ¿Por qué no me puedes ayudar a conseguir microscopios para nuestro seminario de biología?

—Porque no me he encontrado ninguno debajo de tierra —contestó razonablemente Moisés—. De hecho, no reconocería ninguno aunque lo viera. ¿Podrías describir matemáticamente un microscopio?

— $E = mc^2$ —espetó el Profesor, marchándose.

Se encontraba en un terrible estado mental y era una verdadera suerte que no tocara ahora realizar exámenes en sus clases. Habría suspendido a cada uno de sus estudiantes.

El Profesor estaba profundamente preocupado por James James Morrison Morrison, que había pasado ya los dos años de edad y que ya tendría que estar andando y hablando como un ser humano. Tuvo una sensación de culpabilidad, y se dirigió hacia la charca de los patos para llevar a cabo un

autoexamen.

—Ahora estoy solo —dijo el Ratón Blanco.

Los patos reales chapotearon hacia él para echarle un vistazo, pero él los ignoró. Todo el mundo sabe que los patos son incapaces de apreciar un solemne soliloquio.

—La cualidad de la sabiduría no exige un esfuerzo excesivo. Cae del cielo como suave lluvia. Así pues, ¿quiénes somos nosotros, simples absurdos, para luchar con los ángeles? Todo lo que pido, James, es que me recuerdes. Hoy es el día del Padre. Quien sobreviva a este día se pondrá de puntillas cuando se cite este día y festejará anualmente a sus vecinos. Los viejos olvidan, ¿pero acaso no es mejor soportar las hondas y flechas de la terrible fortuna?

Después, inició algo que estaba entre un gruñido y una canción:

*En los bancos del viejo Raritan,
muchachos míos,
donde seguirá estando la vieja Rutgers,
pues ¿acaso no ha estado allí
desde los tiempos del diluvio,
en los bancos del viejo Raritan?*

Sintiéndose mucho mejor, el Profesor regresó a la Gran Escuela Roja para preparar su primera lección sobre matemáticas modernas.

—Cero —se dijo a sí mismo—. Uno. Diez. Once. Cien. Ciento uno...

Estaba contando en aritmética binaria.

Mientras tanto, James James Morrison Morrison había terminado de comer (ensalada de pollo, una rebanada de pan con mantequilla, zumo de manzana y leche) y estaba arriba, en su habitación, durmiendo teóricamente la siesta, pero manteniendo en realidad una soñolienta conversación con la princesa, que se había instalado cómodamente junto a su pecho.

—Te quiero —dijo James—. Pero eso tú ya lo das por sentado. Todas las mujeres sois iguales.

—Eso es porque lo amas todo, James.

—¿Es que no debería hacerlo así todo el mundo?

—Desde luego que no. Todo el mundo debería quererme a mí, pero no a todo lo demás. Eso reduce mi rango.

—Princesa, ¿eres realmente una princesa birmana?

—Creía haberte oído decir que me amabas.

—Pero es que da la casualidad de que sé que has nacido en Brooklyn.

—Eso son cosas de la política, James, de la política. Mi padre, que fue también un almirante, se vio obligado a huir de Birmania en muy poco tiempo. Apenas si pudo echar unos cuantos rubíes en un maletín de vuelo, y después llegó a Brooklyn.

—¿Y por qué a Brooklyn?

—Porque el avión fue secuestrado.

—¿Qué es un rubí?

—Pregúntaselo a tu Profesor —espetó la princesa.

—¡Ja, ja! Celosa. Estás celosa. Sabía que te había cogido.

—Y ahora, ¿quién está dando algo por sentado?

—Yo. Súbete un poco hasta mi cuello, princesa. No puedo respirar.

—Eres un cerdo chauvinista masculino —dijo la princesa, mientras le complacía—. Yo soy simplemente tu símbolo sexual.

—Dime una cosa, ¿por qué no te unes con el Movimiento de Liberación de Gallinas de miss Leghorn?

—¿Yo? ¿Y qué tengo que ver yo con las gallinas?

—Me he dado cuenta de los ojos que pusiste con la ensalada de pollo. No hagas ahora como si no supieras de lo que estoy hablando. Te vi sobre la mesa cuando mamá estaba lavando los platos. Pensé que la mayonesa era terrible.

—Era comercial.

—¿No puedes enseñarle a mamá a hacer una buena mayonesa?

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo que ver con las cocinas? Eso lo dejo para el servicio.

—¡Ja, ja! ¡Te he vuelto a coger!

—Te odio —dijo la princesa—. Te detesto y te aborrezco.

—Me amas —dijo James James tranquilamente—. Me amas y estás perdida por mí. Te tengo en mis manos.

—¿Hay algún otro gato en el Establo Rojo?

—No —contestó James riendo—. Tú eres la única princesa que existe en la Colina Roja.

Se produjo entonces un ruido estrafalario en el exterior, unos gruñidos y chillidos que procedían de las voces de las criaturas.

—¿Qué es eso? —preguntó James.

La princesa se acercó a la ventana a toda prisa, y regresó.

—Sólo son un par de perros de la granja que están jugando con George Marmota —informó perezosamente—. Y ahora, tal y como estábamos diciendo sobre mí...

—¿Jugando? No me parece que estén jugando por lo que oigo. Será mejor que vea yo mismo lo que pasa.

—James, ya sabes que no puedes andar.

—Pues ahora voy a andar estupendamente bien.

James James se arrastró hasta el borde de la cama y cayó al suelo. Después, se agarró al borde de la cama y se levantó con un esfuerzo. A continuación, se dirigió vacilante hacia la ventana.

—No están jugando con George. Al contrario, George se encuentra en una mala situación.

James salió de la habitación, apoyándose en las paredes y en los marcos de las puertas, y se las arregló para bajar las escaleras, sentándose en cada uno de los escalones, abrió la puerta con la cabeza y se encontró sobre el prado suave que había frente a la casa, andando, balanceándose, cayendo, volviéndose a levantar y avanzando poco a poco hacia el Incomparable Supervisor, que estaba siendo destrozado por dos salvajes perros callejeros.

Cuando James se arrojó sobre George W. para protegerle, gruñeron, dispuestos a morder, sintiéndose lo bastante preparados como para arrojarse sobre los dos. James les golpeó, desafiándoles y maldiciéndoles en la lengua de las criaturas, utilizando unas palabras tan terribles que no pueden ser transcritas aquí. La exhibición de coraje y decisión desanimó a los perros callejeros, que finalmente dieron media vuelta y se marcharon trotando como

si todo aquello no hubiera sido más que un juego. James se levantó con un esfuerzo, recogió a George en sus brazos y comenzó a caminar tambaleándose hacia el Gran Establo Rojo.

—Gracias —le dijo George.

—¡Bah! Cállate —replicó James.

Cuando llegaron a la Escuela, todo el mundo estaba allí. En la Colina Roja no sucede nada que escape a la atención de todos. James se sentó sobre su grueso trasero, sosteniendo aún al Supervisor entre sus brazos. Las Debutantes emitieron sonidos de simpatía.

—¡Cazadores! ¡Matones! —gruñó el Conejo anciano—. Nadie está a salvo de ellos. Todo es culpa de los Corazones Sangrantes. Compréndelos. Sé amable con ellos. Ayúdales.

—¿Ayudarles a qué? A matar.

—La granja de la Colina Roja es un triángulo —dijo Geo W. débilmente—. Mide exactamente uno coma seis acres. Se extiende hasta la propiedad de al lado, donde vive Paula, la cerda. Decidle a Paula que debe respetar nuestros límites, que tiene que hacerlo...

—Se lo diré —dijo James, y empezó a llorar.

Cogieron el cuerpo de la marmota de entre sus brazos y lo llevaron a los bosques, donde dejaron a George expuesto al tiempo y a la naturaleza. Las criaturas no entierran a sus muertos. James seguía sentado en la Gran Escuela Roja, sollozando en silencio.

—El muchacho es un verdadero hombre —dijo uno de los vigilantes.

—Sí, está muy triste ahora. ¿Viste la forma como luchó contra esos perros? Eran dos contra uno.

—Sí. Vaya muchacho, vaya. Ahora, todo ha pasado. Muchacho, ¿has oído hablar del tipo que entró en una carnicería, y perdóname la expresión? —dijo uno de los vigilantes a su compañero.

—Quisiera una libra de riñoles, por favor.

—Querrás decir riñones, ¿verdad?

—Bueno, dije riñoles, ¿es que le he estafado en algo?

—¡Oh, qué divertido! ¡Di-ver-tido! ¿Eh, muchacho?

—Tendremos que meterlo en la charca, Kaff Kaff, yo digo, tendremos

que sumergirlo allí —dijo el Presidente—. Está cubierto con la sangre de George y los dos Commies harán preguntas.

—Querrás decir los Connies.

—No importa. ¿Serán nuestras jóvenes Debutantes lo bastante amables como para llevar a nuestro valiente amigo a la charca y...?

—Ahora, ya puedo andar —dijo James.

—Sólo para estar seguros. Sólo para estar seguros. Y metedle dentro de la charca. Kaff Kaff. Y mis disculpas a los patos reales, a los que puede disgustar la intrusión. ¿Me permites decir, mi querido muchacho, yo digo, me permites afirmar en nombre de todos nosotros, que te damos la bienvenida como un miembro completamente aceptado de nuestra comuna? Es un privilegio contar entre nosotros con un espécimen de tu especie, Kaff Kaff. Estoy seguro de que mi valioso amigo, el Profesor, estará de acuerdo.

—Es mi mejor alumno —admitió de mala gana el Ratón Blanco—, pero voy a tener que trabajar mucho con él si es que aspira a ser admitido alguna vez en Rutgers.

—¡Oh, Jamie! Te has vuelto a caer en la charca.

—PA... —dijo el héroe.

Aquella fue otra mala noche para James. Se sentía terriblemente impresionado por la muerte de George. Se encontraba en un dilema a causa del comentario del jefe de exploradores sobre los perros, porque se sentía tan orgulloso de los perros como lo estaba de todas las criaturas.

—Hay perros buenos y perros malos —se decía una y otra vez a sí mismo—, y no tenemos que juzgar a los buenos por los actos de los malos. Creo que el Conejo anciano estaba equivocado, pero ¿cómo se puede equivocar un jefe de exploradores?

—Es una cuestión relacionada con el imperativo categórico. Los buenos actos conducen a buenos resultados. Los actos malos conducen a malos resultados. Pero ¿puede lo bueno llevar a lo malo, o lo malo a lo bueno? Mi padre podría contestar esa pregunta, pero que me condenen si le pregunto en su lenguaje. Él no hablará el nuestro.

En aquel momento el profundo y sordo rumor de los murciélagos empezó a irritarle. Las voces de las criaturas tienen un tono mucho más alto que las voces humanas, de modo que el agudo chillido de un murciélago, que así suena a los oídos humanos, parece un estampido bajo para el oído de la criatura. Ésta es otra de las razones por las que la mayor parte de los seres humanos no pueden hablar en el lenguaje de las criaturas. James se acercó a la ventana.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo—. Disolveos y marchaos de aquí.

Uno de los murciélagos revoloteó hasta la ventana y se enganchó allí.

—¿Qué te pasa, muchacho? —retumbó.

—Baja el tono de voz, ¿quieres? ¿O es que pretendes despertar a toda la casa?

—Ellos no pueden oírnos.

—Yo sí que te puedo oír.

—¿Cómo puede ser? No hay muchos tipos humanos que puedan.

—Eso no lo sé, pero puedo oírte, y estáis haciendo tanto ruido que no puedo dormir.

—Lo siento, viejo, pero tenemos que hacerlo.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar porque somos seres nocturnos, ¿lo sabías?

—Sí, ¿y qué?

—En segundo lugar, porque no vemos muy bien.

—Moisés Topo tampoco ve muy bien y no arma tanto escándalo.

—Sí, pero Moisés trabaja bajo tierra, muchacho. No tiene ni árboles, ni establos, ni edificios de los que preocuparse. ¿Lo sabías? Y lo último que deseamos que suceda es chocar contra algo. Se llevaría a cabo una investigación y estoy seguro de que alguien perdería su licencia.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el ruido?

—Ése es nuestro sonar.

—¿Qué es el sonar?

—¿Sabes lo que es el radar?

—Sí.

—Pues el sonar es como un radar que actúa con sonido. Lanzas un grito

y, cuando los ecos llegan hasta ti, sabes dónde se encuentra cada cosa.

—¿Sólo por el eco?

—Así es. ¿Quieres intentarlo? Vamos. Espera un momento. Nada de engaños. Cierra los ojos. Y ahora actúa con el sonar.

—¿Qué debo gritar?

—Cualquier cosa que quieras.

—¡PREGONAMOS! —gritó James.

El murciélago hizo una mueca de dolor.

—He oído tres ecos —dijo James.

—¿Cómo eran?

—Pregonamos.

—Eso era la granja grande.

—Pregón.

—El ahumadero.

—Pregona.

—El roble. Estás captando el truco, muchacho. Y ahora, ¿por qué no practicas un poco? Eso no nos molestará a nosotros. Ninguno de nosotros utiliza esos nombres, excepto un chiflado del sur que siempre grita Carlsbad.

Más adelante, James se enamoró. Fue una pasión loca, que le consumía, dirigida hacia la candidata que menos se podía esperar. Obedeciendo la última advertencia del moribundo George Marmota, se dirigió hacia los límites de la propiedad para pedirle a Paula, la cerda, que respetara los límites. Fue un amor a primera vista. Paula era blanca, con manchas negras, o negra, con manchas blancas (era del tipo chino Poland), y su peso era muy superior al normal. A pesar de todo, James la adoraba. Le llevaba brazadas de manzanas del huerto, que ella comía metódicamente, sin darle siquiera las gracias. A pesar de todo, James la amaba. Se convirtió en un motivo de desesperación para la Gran Escuela Roja.

—Muñeco enamorado —espetó el Profesor.

—Es un buen ejemplo de ese chiste sobre «mi esposa es tan gruesa» —dijo uno de los vigilantes.

—El matrimonio está completamente descartado —dijo el Conejo anciano—. Ella le dobla la edad.

—Y también le dobla el peso, por lo menos.

Graznidos.

—Si se atreve a traer aquí a esa mujer —dijeron las Debutantes—, no le volveremos a dirigir la palabra.

Cuando estaba en el interior del establo, James soñaba y se mostraba despistado.

—Preparado para el seminario de biología —dijo.

—Hoy tocan matemáticas —espetó el Profesor con una mirada crítica.

—Sí, Paula.

—Yo soy el Profesor.

—Lo siento, señor.

—Comenzaremos con una revisión de la aritmética binaria. Confío en que todos recordaréis que el sistema decimal utiliza la base diez. Contamos del uno al diez, del diez al veinte, del veinte al treinta, etcétera. El sistema binario, en cambio, está basado en el cero y el uno. Cero es cero. Uno es uno. Pero dos es diez. Tres es once. Cuatro es cien. ¿Cuál sería entonces cinco, James?

—Cien y Paula.

—Se suspende la clase.

A partir de entonces, James comenzó a faltar a las clases.

—Se suponía que ayer debíamos haber comenzado una excavación —informó Moisés Topo—, pero él no apareció por aquí.

—A mí me cortó mi sesión de oratoria —dijo Jack Johnson.

—Ese chico se está apartando de nosotros.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo se peina? —preguntaron las Debutantes.

—¡Oh, vamos! —exclamó Su Eminencia—. Si el chico desea algo ardientemente, ¿por qué no podemos...?

—El chico se comportará de un modo moralmente recto —le interrumpió fijamente el jefe de exploradores.

—Esto no se puede solucionar con fórmulas simplistas —dijo el Profesor

—. Aquí hay implicadas emociones y el cerebro nunca está relacionado en términos lingüísticos con el cerebelo.

La situación se resolvió por sí misma una tarde en que James, cuidadosamente peinado y cepillado, llevó otra brazada de manzanas a su amada. Paula las devoró tan impasiblemente como siempre, mientras James permanecía sentado, mirándola devotamente. Al parecer, aquella tarde Paula tenía un hambre excesiva, porque cuando James comenzó a acariciarla, ella intentó devorarlo. James sacó de un tirón el brazo de su boca, y retrocedió, lleno de horror y desilusión.

—¡Paula! —exclamó—. Sólo me amas por mí mismo.

—*Khonyetchna* —gruñó Paula en cirílico.

James regresó a la Gran Escuela Roja de un sombrío humor. Desde luego, todo el mundo había visto aquel desagradable incidente, y todos hicieron lo que mejor pudieron para mostrarse ante James con mucho tacto.

—Mañana habrá fisiología —dijo el Profesor—. Discutiremos el equilibrio de iones de hidrógeno en la sangre.

—Sí, señor.

—Tenemos que empezar a conocer a los compositores modernos, muchacho.

—Sí, señor.

—Ya sabes que el esquisto es una roca que contiene petróleo —dijo Moisés Topo—. Pero ¿por qué no hay petróleo en el esquisto rojo? Tiene que existir una razón matemática que lo explique.

—Intentaremos encontrarla, señor.

—Saca el pecho y actúa como un hombre —dijo el jefe de exploradores.

—Lo estoy intentando, señor.

—Es mucho mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca —dijo el Presidente.

Entonces, un cervatillo se situó junto a James y murmuró:

—Está bien. Sentimos mucho que eligieras a la chica incorrecta, pero eso le tiene que ocurrir a todo hombre por lo menos una vez. Así es como se encuentra a la mujer adecuada.

James rompió a llorar y gritó y gritó por su amor perdido, mientras el

cervatillo le acariciaba, pero al final se sintió curiosamente aliviado.

—James —dijo el Profesor—, tenemos que hablar seriamente.

—Sí, señor. ¿Aquí?

—No, ven al bosquecillo de sauces.

Y se dirigieron al bosquecillo de sauces.

—Ahora estamos solos —dijo el Profesor—. James, tienes que empezar a hablar a tu padre y a tu madre. Sé que puedes hacerlo. ¿Por qué no lo haces?

—Que me condenen si lo hago, señor. Ellos no hablarán con nosotros. ¿Por qué debo hablar con ellos?

—James, ellos no saben cómo hablarnos. ¿No estás siendo injusto?

—Podrían intentarlo.

—Y estoy seguro de que lo harían si tuvieran una clave, pero no la tienen. Y ahora, escúchame. Tú eres nuestro único lazo de unión entre nosotros y ellos. Te necesitamos, James, como diplomático. Tu padre y tu madre son personas muy agradables; no han cazado, ni matado a nadie en la Colina Roja, y están plantando muchas cosas. Todos nosotros vivimos juntos muy agradablemente. Admito que tu madre pierde la paciencia con el jefe de exploradores y con su tropa porque no se apartan de su camino cuando ella sale a tender la ropa, pero eso es así porque ella tiene un carácter bohemio. Ya sabemos que los artistas son seres impredecibles.

—No hablaré con ella —dijo James.

—Tu padre es un intelectual de mucho calibre y fue a Rutgers. Tú has traído a la Escuela muchas de sus ideas y especulaciones, que son estimulantes y apreciadas. Con toda justicia, deberías permitirle saber lo muy agradecido que le estamos.

—Él no me creerá.

—Pero, por lo menos, deberías hablar con él.

—No hablaré con él. Es viejo, viejo, viejo y aferrado a las tradiciones. Es un cubo. Está atrapado en una sociedad estructurada.

—¿De dónde has sacado eso?

—De mi padre.

—Bien, entonces... ¿lo ves?

—No, no lo veo —dijo James tercamente—. No hablaré con ellos en su lenguaje. Primero tienen que intentar hablar el nuestro.

—En otras palabras, ¿quiere eso decir que has optado por nosotros?

—Sí, señor.

—¿Hasta llegar a la exclusión de ellos?

—Sí, señor.

—Entonces, no hay nada más que decir.

—Connie —le dijo Constance a Constantine—, tenemos que hablar muy seriamente.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿De qué?

—De Jamie.

—¿Qué pasa con Jamie?

—Es un niño problemático.

—¿Cuál es su problema?

—Va retrasado.

—¿Vas a volver a empezar con eso? Vamos, Connie. Ha aprendido a andar. ¿Qué más quieres?

—Pero no ha aprendido a hablar.

—¡Hablar! ¡Hablar! ¡Hablar! —Constantine parecía como si estuviera maldiciendo—. ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! He vivido toda mi vida con ellas, y las odio. ¿Sabes lo que son la mayor parte de las palabras? Son como balas que utiliza la mayor parte de la gente para cargarse a los demás. Las palabras son armas para los asesinos. El lenguaje debería ser la poesía más maravillosa de la comunicación, pero lo hemos degradado, lo hemos envenenado, lo hemos corrompido hasta convertirlo en algo hostil, utilizándolo continuamente en una competición entre ganadores y perdedores. Y el ganador nunca es el hombre que tiene algo que decir; el ganador es siempre quien tiene el revólver más rápido de todo el Oeste. Ésas son las

simples palabras que tengo que decir sobre las palabras.

—Sí, querido —dijo Constance—, pero nuestro hijo tendría que estar disparando palabras a estas alturas, y no lo está haciendo.

—Espero que no llegue a hacerlo nunca.

—Tiene que hacerlo, y nosotros tendremos que llevarle a una clínica; es un autista.

—Autismo —dijo el Profesor— es una inmersión anormal en la fantasía, en detrimento de la realidad externa. He conocido a muchas víctimas de laboratorio que han sido empujadas hacia ese estado deplorable mediante diabólicos experimentos.

—¿Se puede expresar eso en términos matemáticos? —preguntó Moisés—. No puedo seguir tus palabras.

—¡Ah, sí! Kaff Kaff. Yo mismo tengo alguna ligera dificultad para entenderlo. Estoy seguro de que nuestro valioso amigo será lo bastante amable como para simplificar.

—Está bien —admitió el Ratón Blanco—. Él no hablará.

—¿No hablará? ¡Por el amor de Dios! Si no podemos pararle. Ayer mismo se enzarzó conmigo en una disputa de dos horas sobre las reglas de orden de Robert, y...

—No hablará lenguaje humano.

—¡Oh! ¡Ah!

—La *questo* es si puede —dijo la Gallina Caldea—. Muchos de los que han nacido bajo el signo de *Torso* encuentran *difficulto* hacerlo...

—¡Tauro! ¡Tauro! Y tranquilízate. Puede hablar, pero no quiere.

—¿Qué es una fantasía? —preguntó Moisés.

—Una alucinación.

—¿Y qué es eso?

—Algo que no es real.

—¿Quieres decir que él no es real? Pero si le vi ayer y...

—No tengo la intención de discutir aquí la metafísica de la realidad. Los que estéis interesados en saberlo, podéis seguir mi curso sobre Tesis, Síntesis

y Antítesis. La situación con James es muy simple. Habla con nosotros en nuestro propio lenguaje; se niega a hablar con sus padres en su lenguaje; ellos están alarmados.

—¿Y por qué están alarmados?

—Porque creen que es un autista.

—¿Se piensan que es irreal?

—No, Moisés —dijo el Profesor pacientemente—. Ellos saben que él es real. Creen que padece un obstáculo de tipo psicológico que le impide hablar humano.

—¿Saben que habla con nosotros?

—No.

—Entonces, ¿por qué no se lo decimos? En ese caso, todo quedará bien.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—No puedo hablar con ellos.

—¿Es que hay aquí alguien que sepa?

No hubo respuesta.

—Ya ves adónde lleva tu brillante sugerencia —dijo el Profesor—. Y ahora, llegamos a la encrucijada de la situación. Van a enviarle a una escuela especializada.

—¿Qué le pasa a nuestra escuela?

—¡Ellos no saben nada de nuestra escuela, bobo! Quieren que vaya a una escuela donde pueda aprender a hablar inglés.

—¿Qué es eso?

—El idioma en que ellos hablan.

—¡Oh!

—Bien, Kaff Kaff, como nuestro más estimado y valioso erudito que eres, seguramente no podrás oponer ninguna objeción a ese programa, mi querido Profesor.

—Hay un dilema —dijo sombríamente el Ratón Blanco.

—Di cuál es, yo digo, descríbelo y veremos, Kaff Kaff, veremos cómo nos las arreglamos.

—Está tan acostumbrado a hablar con nosotros, que me temo no llegará a aprender a hablarles a ellos.

—Pero ¿por qué tendría que desear hablar con ellos, mi querido amigo?

—Porque tiene Rutgers ante sí, en el futuro.

—¡Ah, sí! Claro está. Tu querida alma máter. Pero sigo sin desentrañar la cuestión, yo digo, sigo sin comprender la dificultad básica.

—Vamos a tener que hacerle cambiar.

—¿Qué has dicho?

—Vamos a tener que dejar de hablarle. Tenemos que romper la costumbre que tiene de hablar con nosotros, de modo que pueda así aprender a hablar con ellos. Nadie puede hablar ambas lenguas.

—No querrás decir que hay que destruirlo todo, ¿verdad, Profesor?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. ¿No comprendéis? No importa adonde vaya, siempre se encontrará con otros como nosotros. Tenemos que romper su costumbre. Y ahora. Por su propio bien —el Profesor empezó a pasearse de un lado a otro, con enojo—. Llegará a olvidarse de cómo se habla con nosotros. Le perderemos. Ése es el precio que hemos de pagar. Mi mejor alumno. Mi favorito Ahora, nunca podrá llegar a ser un Phi Beta Kappa.

Las Debutantes parecían estar desesperadas.

—Queremos mucho a ese muchacho —dijeron—. Es un ser lleno de alegría.

—No lo es —afirmó el Conejo anciano—. Se puede confiar en él, es leal, amistoso, cortés, amable, obediente, cariñoso, ahorrativo, valiente, limpio y respetuoso.

—Me lo dijo todo sobre E igual a MC elevado a la segunda potencia —dijo Moisés—. Eso me permitió comprender algo. Eso cambiará el mundo.

—Acuario —dijo miss Leghorn profundamente.

—Es una lata, una preocupación, una molestia, un..., un humano —espetó el Profesor—. No pertenece a nuestra Escuela. No queremos tener nada que ver con él. Nos venderá tarde o temprano. ¡Destruíd! ¡Destruíd! —se detuvo, desmoronándose por completo—. Yo también le quiero, pero tenemos que ser valientes. Vamos a perderle, pero tenemos que ser valientes en beneficio suyo. Y será mejor que alguien advierta de esto a la princesa.

James James Morrison Morrison abrió un poco más la puerta del establo

y penetró en la Escuela. No cabía la menor duda de que sentía un gran orgullo al poder andar. De una forma un tanto extraña, era como un reflejo del pavoneo del Presidente.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo, tan cortés como siempre.

Las Debutantes se sorbieron la nariz, y se marcharon.

—¿Qué diablos les pasa? —preguntó James con curiosidad. Se volvió después hacia el Topo y añadió—: Tío Topo, acabo de escuchar algo en la casa que te interesará. Parece ser que el modelo de Newton sobre el universo se desmorona. El tiempo no es reversible desde el punto de vista matemático, y...

En aquel momento, Moisés dejó de escuchar y se escabulló bajo tierra.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó James.

No hubo respuesta. Todos los demás habían desaparecido también. El largo y terrible silencio acababa de empezar.

El pollo se pavoneó, acompañado por su harén y, al pasar junto a él, ignoró a James. Martha W. Marmota, que se había hecho cargo de las tareas de George (era su nuera), también ignoró a James. Por allí no se podía ver ni al Profesor, ni al jefe de exploradores. Los conejos y los cervatillos se habían escondido en el bosque. Moisés Topo decidió comenzar antes su período de hibernación. Jack Johnson se dirigió hacia el sur para pasar el invierno y, de repente, Su Eminencia trasladó su residencia al territorio de Paula. Los cuervos no resistieron el desafío de un espantapájaros de *art nouveau*, situado en una granja enclavada a casi dos kilómetros de distancia, y también se marcharon. James James había quedado abandonado.

—¿Quieres leerme la palma de la mano? —le preguntó a miss Leghorn.

—Clo, clo —replicó ella.

—Princesa —preguntó—, ¿por qué razón nadie quiere hablar conmigo?

—Aeiou —replicó ella.

James había sido abandonado.

—Bueno, al menos ha aprendido a andar —dijo el doctor Rapp—, y eso es una prognosis favorable. Lo que me extraña es que pueda ser autista en

una casa tan articulada. Podría uno pensar... alto. Una idea. ¿Es posible que su hogar sea tan articulado que su autismo no sea más que una negativa a competir con sus mejores?

—Pero no hay ninguna clase de competencia en nuestro hogar —dijo uno de los dos Connies.

—No capta usted el potencial de la idea. En nuestra sociedad, si uno no gana, ha perdido. Ése es nuestro mayor error contemporáneo. James puede muy bien sentir miedo al fracaso.

—Pero si sólo tiene tres años de edad.

—Mi querida señora Dupree, la competencia comienza ya en el vientre materno.

—No en mi caso —dijo Connie con indignación—. Yo tengo el vientre más rápido de todo el Oeste.

—Sí. Y ahora, si me permite, comenzará la primera lección. Abra esa puerta. Gracias —el doctor Rapp apretó un botón del intercomunicador—. Tráigame un vaso de zumo de naranja.

Cuando tuvo ante él el vaso de zumo de naranja, dijo:

—James, ¿te gustaría tomar un poco de zumo de naranja frío? Toma —llenó una cuchara y se la ofreció a James—. Bien. ¿Te gustaría tomar más? Entonces, dime lo que es esto —y el doctor Rapp cogió una pequeña pelota—. Es una pelota, James. Repite después de mí... pelota.

—Sí —dijo James.

—No habrá más zumo de naranja, James, hasta que no bayas hablado. Pelota. Pelota. Pelota. Y después el zumo.

—Sí.

—Quizá prefiera el gusto a limón —dijo el doctor Rapp a la semana siguiente; apretó el botón del intercomunicador y pidió—: Un vaso de zumo de limón, por favor.

Una vez servido el vaso, preguntó:

—James, ¿te gustaría tomar un poco de zumo de limón frío? —llenó una cuchara y se la ofreció a James, que tragó su contenido—. Bien. ¿Te gustaría

tomar más? Entonces, dime lo que es esto. Es una pelota, James. Repite después de mí... Pelota. Pelota. Pelota.

—Sí —dijo James.

—Trataremos de probar con el helado —dijo el doctor Rapp a la semana siguiente—. No podemos permitir que caiga en un modelo de comportamiento social familiarizado. Se le tiene que desafiar —apretó el botón del intercomunicador y pidió—: Un helado de chocolate, por favor.

James saboreó la primera cucharada de helado de chocolate, pero se negó a identificar la pelota por su nombre.

—Sí —dijo.

—Estoy empezando a soñar con esa condenada expresión —se quejó el doctor Rapp—. Un centurión romano se me acerca, desenvaina la espada y dice «sí». Y nada más. Una idea. ¿Será un símbolo fálico? La sexualidad comienza con la concepción. ¿Acaso el niño estará rechazando los hechos de la vida?

Apretó el intercomunicador.

—James, aquí tenemos un plátano. ¿Te gustaría tomar un bocado? Haz lo que quieras. Bien. Bien. ¿Quieres otro plátano? Entonces, dime lo que es esto. Una pelota. Pelota. Pelota. Pelota.

—Sí.

—Estoy fracasando —dijo el doctor Rapp, abatido—. Quizá sea mejor que vaya al doctor Sí para tomar un refresco... Pero ¿qué estoy diciendo? Es el doctor Damon. Alto. Una idea. Damon y Pytias. Una amistad. ¿Puede ser que me haya comportado demasiado clínicamente con James? Debo establecer un lazo de fraternidad con él.

—Buenos días, James. Hoy es un maravilloso día de octubre. Las hojas del otoño son muy bonitas. ¿Quieres venir a dar un paseo conmigo?

—Sí —contestó James.

—Bien. Bien. ¿Adónde te gustaría ir?

—A Rutgers —contestó James con toda claridad.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me gustaría ir a Rutgers.

—Pero... esto sí es gracioso... Estás hablando.

—Sí, señor.

—¿Y por qué no has hablado antes?

—Porque no quería hacerlo.

—¿Y por qué estás hablando ahora?

—Porque quiero ver los bancos de la vieja Raritan.

—Sí, sí. Ya comprendo. ¿O no comprendo? —el doctor Rapp apretó el intercomunicador—. Por favor, póngame con el doctor Sí, quiero decir con el doctor Damon al teléfono. Dígame que creo haber hecho un importante descubrimiento.

—Descubrir —dijo James—, es ver lo que todo el mundo ve, pero pensando lo que nadie ha pensado antes. ¿Qué piensa usted al respecto? ¿Quiere que lo discutamos mientras nos acercamos a Rutgers?

Así llegó el segundo verano. James y su padre estaban paseando por el prado mientras sostenían un acalorado debate sobre los lirios barbados, palabra que, por otra parte, James pronunciaba mal. El tema de la discusión consistía en determinar si los lirios debían ser cogidos y colocados en un florero, o dejados solos. James adoptó la posición de que se trataba de damas muy delicadas que no debían ser molestadas. Su padre, en cambio, siempre pragmático, declaró que las flores tienen que justificar su existencia mediante la decoración de un hogar. Padre e hijo terminaron por separarse con una sensación de desesperación y Dupree sénior se dirigió hacia los

melocotoneros. James James Morrison Morrison permaneció tranquilamente en el prado, mirando a su alrededor. Entonces, escuchó un Kaff Kaff familiar y el Presidente apareció, surgiendo de debajo del matorral de lilas.

—Vaya, si es mi viejo amigo, el maníaco sexual. ¿Cómo estás?

El pollo se le quedó mirando fijamente.

—¿Y cómo están Phyllis y Frances y Felice y todos los demás, señor Presidente?

—Sus nombres son, yo digo, la nomenclatura es, Kaff Kaff, Gloria, Glenda, Gertruce, Godiva y... —en aquel instante, el Presidente se detuvo bruscamente y se quedó mirando a James—. ¡Pero si tú eres el Monstruo!

—Sí, señor.

—Vaya, ¡cuánto has crecido!

—Gracias, señor.

—¿Has aprendido ya a hablar con ellos?

—No muy bien, señor.

—¿Por qué no?

—Tengo un ligero ceceo. Dicen que es porque tengo una lengua algo perezosa.

—Pero aún sigues hablando con nosotros.

—Sí, señor.

—¡Qué extraño! Digo, eso es algo que no he oído nunca.

—¿Creíais todos que me iba a olvidar alguna vez? Soy el mejor alumno del Profesor, y me muero por ir a la querida y vieja Rutgers. ¿Podemos celebrar una reunión de emergencia ahora mismo en la Gran Escuela Roía? Tengo muchas cosas que decirles sobre las locas y confusas criaturas humanas.

A la reunión asistieron la mayor parte de los antiguos, además de unos cuantos recién llegados. Había un pollo Plymouth Roca que había entablado una estrecha amistad con miss Leghorn, quizá porque su única respuesta a las arengas de la Caldea era un «¡Vaya!». El sinsonte había terminado por unirse a ellos, ahora que Jack Johnson parecía dispuesto a quedarse en las costas de

Florida. Su nombre (el del sinsonte) era Milton. Había un nuevo miembro extraordinariamente exótico, un pequeño mono bárbaro, que se mostraba muy amistoso, pero extremadamente tímido. James le estrechó la mano y le preguntó su nombre.

—Me llamaban... Bueno, me llamaban el Gran Zunia. Lo sabe todo. Lo hace todo.

—¿Qué es eso de Zunia?

—El circo Reeson & Tickel.

—¿Estabas en el circo?

—Bueno..., sí. Yo..., yo... hacía trucos. Lo sabe todo. Lo hace todo. Era lo que ellos llamaban..., lo que ellos llamaban uno de primera. Ya sabes. Conducir una motocicleta con las luces encendidas. Pero yo..., yo...

—¿Sí?

—Pero me estrellé cuando estábamos..., cuando estábamos actuando en Princeton. Destrocé el vehículo por completo. Yo..., bueno..., me marché cuando estaban reuniendo las piezas.

—¿Y por qué te marchaste, Zunia?

—Yo... Yo odio decir esto... Bueno... Odio el negocio del espectáculo.

—Zunia, estamos encantados de que estés aquí, y sabes que eres más que bien venido, pero hay un problema.

—Bueno... ¡Vaya!... Sólo necesito un poco de fruta de vez en cuando, manzanas y...

—No se trata de comida. Se trata del tiempo. Los inviernos pueden ser condenadamente fríos en la granja de la Colina Roja. ¿No crees que estarías mucho más cómodo si vivieras más al sur?

—Bueno..., si es lo mismo..., bueno, preferiría quedarme aquí. La gente es muy simpática.

—Si es eso lo que quieres, no hay ningún problema por nuestra parte. Mis padres se van a enojar mucho si te ven, así es que será mejor que te mantengas siempre oculto.

—De todos modos, soy un tipo nocturno.

—Bien. Y ahora, levántate, por favor. Levántate todo lo que puedas y nos pondremos espalda contra espalda. Profesor, ¿somos del mismo tamaño?

No hubo contestación.

—¿Profesor?

—El Profesor está indispuerto —dijo Moisés Topo.

—¿Qué?

—No ha podido venir.

—¿Por qué no?

—No se siente muy bien.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su estudio.

—Será mejor que vaya y... No, espera. ¿Tenemos Zunia y yo el mismo tamaño? ¿Hay alguien que lo pueda decir?

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que James y Zunia tenían aproximadamente el mismo tamaño. James prometió traer alguno de sus jerseys y de su ropa interior de lana para que Zunia se abrigara durante los meses de invierno.

—Si tú... bueno, no estoy pidiendo... Pero me gustaría tanto llevar Un jersey con la palabra Boston en él.

—¡Boston! ¿Y por qué Boston?

—Porque allí odian el negocio del espectáculo.

James trepó a una de las fuertes vigas de roble que sostenían el techo del establo, echó a andar sobre la pesada viga, por encima del pajar vacío, actuando con tanta naturalidad como un trabajador sobre un elevado andamio (su madre se habría puesto a gritar al verle), llegó ante una pequeña hendidura situada en el desván, y llamo amablemente.

—¿Quién es? —preguntó una voz débil.

—Soy el Monstruo, señor. He vuelto.

—¡No! ¿De veras? Entra, entra.

James introdujo la cabeza por entre la hendidura. El estudio del Profesor estaba revestido de musgo. Sobre el suelo, donde se encontraba el Profesor, había manojos de hierba seca y hojas de hierbabuena. Parecía estar muy enfermo y encontrarse muy débil, pero sus albinos ojos rojos eran tan feroces como siempre.

—Bueno, James, has vuelto —dijo, jadeando—. Nunca creí... ¿Hablas ya

con ellos?

—Sí, señor.

—Y sigues pudiendo hablar con nosotros. Nunca habría creído... Phi Beta Kappa cum laude para ti. No cabe la menor duda.

—Estuve en Rutgers, señor.

—¿De veras? ¿Estuviste allí? ¿Y?

—Es maravilloso, exactamente como usted me dijo —mintió James—. Y aún le recuerdan allí.

—¡No!

—Sí, señor. No pueden comprender cómo consiguió escapar. Creen que, probablemente, burló al asistente del laboratorio, pero unos pocos dicen que le hizo algo. Que le chantajeó.

El Profesor trató de reír, pero le surgió una dolorosa tos seca. Una vez desaparecido el espasmo, James preguntó:

—¿Qué le ocurre, señor?

—Nada. Nada. Probablemente es un poco de gripe asiática. Nada serio.

—Dígamelo, por favor.

El Profesor se le quedó mirando.

—La ciencia es dedicación a la verdad —dijo—. Seré honrado. Estoy gravemente herido.

—¡Oh, señor! ¿Cómo?

—Un rifle de aire comprimido. Un par de chicos de la granja.

—¿Quiénes son? ¿Del lugar rico? Les voy a...

—¡James! ¡James! En la ciencia no hay lugar para la venganza. ¿Acaso Darwin tomó represalias cuando le ridiculizaron?

—No, señor.

—¿Lo hizo Pasteur?

—Nnno, señor.

—¿Permanecerás fiel a lo que te he enseñado?

—Lo intentaré, señor..., pppero esos malditos chicos.

—Nada de encolerizarse. Razona siempre; no te encolerices nunca. Y nada de lloriqueos, James. Necesito ahora de tu coraje.

—Si es que tengo algo, señor.

—Claro que lo tienes. Recuerdo a George. Ahora, quiero que ocupes mi lugar y continúes mis clases.

—¡Oh, Profesor! Se pondrá...

—Supongo que mantienes unas relaciones parlantes con tu padre. Aprende todo lo que puedas de él y pásalo a nosotros. Eso es una orden, James.

—Sí, señor. No será fácil.

—Nunca hay nada que sea fácil. Y ahora, te voy a pedir un acto de gran coraje.

—¿Señor?

—No puedo seguir así. Es demasiado doloroso e inútil.

—Profesor, quizá podamos...

—No, no. No tengo salvación. Si no hubieras interrumpido mis clases de anatomía cuando te enamoraste de Paula, quizá... —volvió a toser, aún más dolorosamente; finalmente, dijo—; James, acaba esto por mí lo más rápidamente que puedas. Ya sabes lo que quiero decir.

James quedó estupefacto. Al fin, se las arregló para murmurar:

—Ssseñor...

—Sí, ya veo que comprendes»

—Señor, no po-podría.

—Claro que puedes.

—Pero no sabría cómo.

—La ciencia siempre encuentra un camino.

—Permítame por lo menos preguntarle a mi...

—No preguntarás nada a nadie. No se lo dirás a nadie.

—Pero entonces me deja completamente solo con esto.

—Sí, así es. Así es como maduramos.

—Señor, no tengo más remedio que negarme. No puedo hacerlo.

—No. Sólo necesitas tiempo para tomar una decisión. ¿No hay una reunión allá abajo?

—Sí, señor. Yo mismo la solicité.

—Entonces, regresa a tu reunión. Dale mis mejores recuerdos. Y vuelve con rapidez. Con rapidez —el Profesor comenzó a temblar y a moverse

ligeramente sobre la hierba seca.

—¿Tiene algo para comer, señor? Le traeré algo, y después volveremos a hablar del asunto. Tiene que aconsejarme.

—Nada de dependencias —dijo el Ratón Blanco—. Tienes que decidirlo por ti mismo.

El Presidente se encontraba en el apogeo de su oratoria cuando James bajó del desván y se sentó junto a sus amigos, las aves y las bestias, pero terminó de hablar rápidamente y concedió la palabra a James James, que se levantó y miró a su alrededor.

—Les voy a hablar de ellos —empezó a decir James con serenidad—. Me he encontrado con ellos y he vivido con ellos y ahora empiezo a comprenderles. Tenemos que comprenderles. La mayor parte de ellos son condenados destructores, eso ya lo sabemos todos, pero lo que no sabemos es que una nueva generación de ellos se está alzando en revuelta en contra de la destrucción. Son de nuestra clase. Viven en paz y armonía con la tierra; tomen de ella lo que tomen, lo devuelven; no matan, y luchan contra quienes lo hacen. Pero son jóvenes y débiles y son superados en número y necesitan nuestra ayuda. Tenemos que ayudarles. ¡Tenemos que hacerlo!

»Hasta ahora, no hemos hecho nada. Nos ocultamos ante los destructores y utilizamos nuestra inteligencia para burlarles. Sólo hemos sido víctimas pasivas. Ahora, tenemos que convertirnos en activistas, en activistas militantes. Al Profesor no le gustará esto; ese gran erudito aún cree en la razón y en la luz. Yo también, pero me reservo la razón y la luz sólo para quienes también se dejan guiar por la razón y la luz. En cuanto al resto, acción militante.

»En cierta ocasión, le oí contar a mi padre una historia sobre Confucio, un gran sabio que vivió hace ya muchos años. Aunque él era uno de ellos, se parecía mucho a nuestro Profesor, y casi fue tan sabio como él. Uno de sus estudiantes se le acercó y le dijo: “Maestro, un nuevo hombre sabio llamado Cristo ha aparecido en Occidente. Enseña que debemos devolver bien por mal. ¿Cuál es tu opinión?” Confucio pensó y contestó: “No. Si devolvemos bien por mal, ¿qué devolveremos a cambio del bien? Hay que devolver bien por bien. En cuanto al mal, hay que devolver justicia.”

La voz de James comenzó a temblar.

—Ellos han disparado contra el Profesor. Eso ya lo sabíais, ¿verdad? Le han disparado. No está indispuerto. Está allá arriba, y está herido y sufre. Tenemos que aprender a devolver una justicia militante a cambio del mal. Ya no podemos seguir utilizando este establo como un santuario. Tenemos que abandonarlo cuando nos graduemos, para viajar y enseñar. Se está librando en estos momentos una batalla desesperada por conservar lo poco que queda de nuestra tierra. Todos nosotros tenemos que unirnos a la lucha.

—Pero ¿cómo? —preguntó Moisés Topo muy razonablemente.

—Ese será el tema de mi primera lección, mañana —contestó James—. Y ahora, con el permiso de nuestro distinguido Presidente, quisiera pedir la disolución de esta reunión. Tengo que cuidar al Profesor.

—De acuerdo —dijo el pollo—. ¿Terminamos? Gracias, miss Plymouth. Se disuelve esta reunión.

—Zunia —dijo James—, espérame aquí, por favor. Necesitaré tu ayuda. Vuelvo dentro de un momento.

James se dirigió al manzano más próximo y comenzó a recoger manzanas caídas y a lanzarlas al espacio. Su madre miró por la ventana de la cocina y sonrió al ver a un niño pequeño y feliz que se distraía en una tarde de verano.

—Si hago lo que me pide el Profesor, será asesinato —pensó James—. Ellos le llaman matar por compasión, pero he oído decir a mi padre que, de todos modos, es un asesinato. Mi padre dice que algunos doctores lo hacen deliberadamente, dejando de dar determinadas medicinas. Y él dice que eso también es asesinato, y no lo aprueba. Dice que la religión lo condena y que si alguien lo hace irá al infierno, esté donde esté. El dice que la vida es algo sagrado.

»Pero el Profesor sufre. Le duele mucho, y dicen que no hay esperanzas de salvarle. No quiero que le siga doliendo. Quiero que sufran los chicos que dispararon contra él, pero no el Profesor. Podría llevarle un poco de leche y dejarle que muera por sí mismo, pero eso puede tardar mucho tiempo. No sería justo para con él. Así es que... muy bien... iré al infierno.

James regresó a la casa, se dirigió ceceante a su madre y le pidió amablemente un vaso de leche caliente para matar el hambre hasta la hora de

cenar. Recibió el vaso de leche; subió después a su habitación y lo dejó allí. Se dirigió a continuación al cuarto de baño de sus padres. Se apoyó sobre el lavabo, empujándose, y abrió la puerta del armario de medicinas, sobre el que le habían dicho que no debía tocarlo, so pena de terribles castigos. Tomó un pequeño frasco de una de las estanterías. Llevaba una etiqueta que decía: «Seconal». Estaba lleno de unas cápsulas anaranjadas. James James sacó una de las cápsulas, volvió a dejar el frasco donde estaba, cerró el armario, y bajó del lavabo.

—¿Qué estás cogiendo? —le preguntó la princesa birmana.

—Una medicina —contestó James con sequedad, volviendo después a su habitación. Abrió la cápsula y vertió su contenido en el vaso de leche. Lo agitó todo con el dedo índice.

—Vamos, James, tendrás que animar un poco ese humor.

—Lo siento, no estoy muy bien ahora, princesa. De hecho, me siento muy mal.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—No te lo puedo decir. No se lo puedo decir a nadie. Perdóname.

Llevó el vaso de leche al Gran Establo Rojo, donde el Gran Zunia le estaba esperando pacientemente.

—Gracias —le dijo James—. Y ahora, mira. Tengo que subirme a esa viga, y no puedo hacerlo llevando este vaso de leche. Tú puedes hacerlo con facilidad. Sube arriba con el vaso. No lo tires. Me encontraré contigo sobre la viga.

Se encontraron en la viga y James recuperó el vaso.

—Parece leche, pero tiene un gusto extraño —dijo Zunia.

—¡No la habrás bebido!

—Bueno, no... Sólo la probé con la lengua..., ya sabes. Curiosidad. Es algo..., bueno, tradicional entre nosotros.

—¡Oh! Bueno, eso está bien. Es una medicina para el Profesor.

—Claro. Dile..., dile que se ponga bien pronto.

—No tardará en estar bien —le prometió James.

Zunia se marchó de un salto, catapultándose hacia otra galería vacía. James cruzó la viga y llamó al estudio del Profesor.

—Soy James de nuevo, señor.

Apenas si pudo escuchar el débil «entra». Asomó la cabeza por la hendidura. El Profesor estaba temblando.

—Le he traído algo, señor. Un poco de leche caliente —James colocó el vaso cerca de la cabeza del Profesor—. Por favor, beba un poco. Eso le fortalecerá.

—Imposible.

—Hágalo por mí, señor. Eso, al menos, se lo debe a su mejor alumno. Y después, discutiremos su proposición.

James esperó hasta que vio cómo el Ratón Blanco comenzaba a beber. Apartó la cabeza, se sentó en la viga y comenzó a charlar ligeramente, mientras las lágrimas nublaban sus ojos.

—Su proposición, Profesor, plantea un dilema interesante en la relación entre maestro y alumno. Permítame que le diga algo sobre mi lunático maestro en la escuela especializada, el doctor Rapp, y sobre mis relaciones con él. Valoro en mucho su opinión. ¿Qué tal está la leche, señor?

—Terrible. ¿Has dicho lunático?

—Bébasela de todos modos. Sí, lunático. Es un psiquiatra, excesivamente instruido, y...

—No puede producirse un exceso de instrucción.

—No para un genio como usted, señor, pero en el caso de gente inferior una educación excesiva produce alejamiento de la realidad. Y eso es lo que le sucede al doctor Rapp.

—Tienes que ser específico —dijo el Ratón Blanco con severidad.

—Bien, señor. Permítame compararle con él. Usted siempre ha comprendido la capacidad y el potencial de sus estudiantes, tratándolos de acuerdo con ello. El doctor Rapp estaba tan empollado de erudición que nunca se preocupó de comprendernos; trataba simplemente de adaptarnos a los casos sobre los que había leído en los libros de texto.

—Hmmm. ¿Cuál era la escuela donde estudió?

—Me temía que preguntaría eso, señor. No le gustará la respuesta. Fue en el Colegio Universitario Abigail.

—¿Qué? ¿Qué?

—En el Colegio Universitario Abigail, señor. ¿Ha terminado ya la leche?

—Sí, y estaba muy mala.

—Pero ya parece sentirse más fuerte, señor.

—¿Dónde está el Colegio Universitario Abigail?

—En un estado llamado Kansas.

—Hmmm. Un colegio recién construido. No es ninguna sorpresa.

Las palabras del Profesor comenzaron a ser balbuceantes. James comenzó a balancearse de un lado a otro, lleno de agonía.

—¿Qué harías tú si ese..., ese Abigail te propusiera estudiar allí, James?

—¡Oh, señor! Ésa no es una pregunta justa. No me gusta ni respeto al doctor Rapp. Le quiero a usted.

—No... lugar para... amor... en la ciencia.

—No, señor. Siempre hay que buscar la objetividad. Eso es lo que usted me enseñó.

—Me estoy durmiendo... James... y Zunia...

—¿Qué pasa con Zunia, señor?

—¿Te gusta?

—Mucho, señor. Disfrutará usted mucho, enseñándole.

—No..., no... dejes... de venir con nosotros, ya sabes. No dejes que te convenza de ir a Princeton, ¿sí?

—Nunca, señor. Rutgers para siempre.

Se produjo una pausa larga, muy larga. La dolorosa y lenta agitación que se estaba produciendo en el interior del estudio, se detuvo. James asomó la cabeza. El vaso de leche estaba vacío. El Profesor había muerto pacíficamente. James extendió la mano, lo recogió, lo llevó a través de la viga y descendió por la columna de madera de roble con el cuerpo en una mano. Una vez abajo, pegó tres fuertes patadas sobre el suelo. Repitió la señal tres veces. Finalmente, Moisés Topo apareció, surgiendo de las profundidades.

—¿Eres tú, James?

—Sí. Por favor, ven conmigo, tío Topo. Necesito tu ayuda.

Moisés se fue arrastrando junto a James James, parpadeando en el crepúsculo.

—¿Hay problemas, James?

—El Profesor ha muerto. Tenemos que enterrarle.

—Eso es una vergüenza. Y nunca pudimos comenzar mis lecciones de astronomía. ¿Dónde está el cuerpo?

—Aquí mismo. Lo llevo yo —dijo James, quien condujo a Moisés hacia el reloj de sol que había junto al prado sur—. Excava aquí, tío Topo. Quiero enterrar al Profesor bajo el centro del pedestal.

—Eso es fácil —dijo Moisés.

Empezó a excavar y desapareció bajo tierra. Pequeños montoncillos de tierra surgían de vez en cuando por la boca del túnel. Finalmente, Moisés reapareció.

—Todo está preparado. He hecho una bonita y pequeña cámara funeraria en el mismo centro. ¿Dónde está él ahora?

James colocó el cuerpo en la boca del túnel. Moisés lo fue empujando por delante de él, volviendo a perderse de vista. Reapareció en otro montoncillo de tierra.

—Sólo hay que llenarlo —explicó, como pidiendo disculpas—. Hay que apretarlo sólidamente. No queremos que aparezca por aquí ningún ladrón de tumbas, ¿verdad?

—No —dijo James—. Hay que enterrarle para siempre.

Moisés terminó la tarea, murmuró unas cuantas palabras de condolencia y se marchó, arrastrándose. James se quedó mirando fijamente el reloj de sol.

—Militante —dijo al final, y después se volvió.

La esfera de bronce del reloj de sol llevaba grabada una frase del inmortal Thomas Henry Huxley. Decía:

«El gran fin de la vida no es el conocimiento, sino la acción.»

DIENTES LARGOS

Edgar Pangborn

¿Dónde acaba la barbarie y comienza la civilización? O ¿dónde acaba la bestia y comienza el hombre? He aquí una inquietante pregunta que sólo los más dogmáticos se atreverán a contestar tajantemente.

Mi palabra es cierta. ¿Cómo puedo probarlo? Nací en Darkfield, ¿no? No estuve allí durante treinta años, después del colegio, pero cuando volví todavía era yo Ben Dane, uno de los Dane de Darkfield, el mayor de los hijos del juez Marcus Dane. Y ellos saben que mi palabra es cierta. Mi mujer murió y me harté de todas las ciudades; después también murió mi hermano soltero Sam, que vivió toda su vida aquí en Darkfield, con su oficina legal de un hombre solo en Lohman, nuestra ciudad más cercana, 6.437 habitantes. Un ataque al corazón a los cincuenta años; yo lo adoraba. Murió Helen, y después Sam, así que envolví mis pocas cosas y me vine a casa, heredando a Adelaide Simmons, ama de llaves de Sam, con su estabilidad inflexible y su cocina celestial. La nostalgia en Maine es un asunto serio a la edad madura; tuve que resignarme. Esperaba una transición gradual hacia mi vejez sin infancia, jugando al ajedrez por correspondencia, o traduciendo algunos clásicos. Pensé que podía dar por garantizado el respeto continuo de mis vecinos. Digo que mi palabra es cierta.

Recordaré de nuevo aquel momento, a mediados de marzo, hace algunos años, con la nieve cayendo del cielo de la tarde, un cielo tan sucio como el fondo de un viejo cacharro de aluminio. El camino que iba por detrás de la casa de Harp Ryder había sido barrido después de la última caída de nieve. Supuse que mi Bolt-Bucket podría recorrer los dos kilómetros hasta su granja, y después volver, antes de que nos atraparan. Harp me había pedido que le consiguiera un libro si yo hacía un viaje a Boston, cualquier maldito libro que hablara de esquimales, y le conseguí uno, el *Kabloona*, por De Poncius. Veía a los diablos enanos de blanco, corriendo como locos hacia abajo, empujados por el viento, y recordé haber escuchado en la Oficina de

Noticias de Darkfield, también conocida como Almacén General de Cleve, que alguien había mencionado un pronóstico de la peor tormenta de nieve en cuarenta años. Joe Cleve, que no permitía poner un aparato de radio en la tienda porque molestaba a su úlcera, preguntó al Gran Inquisidor que estaba a tres metros de distancia:

—¿Por qué siempre tiene que ser la peor en tantos y tantos años, y para qué le sirve eso a nadie?

La Oficina estaba todavía analizando esa pregunta difícil cuando me fui, con mis cigarrillos y todo lo que pude recordar de la lista de compras que me había hecho Adelaide y que yo me había olvidado sobre la mesa. No eran ni las tres cuando llegué al camino trasero de Harp, y una ráfaga le pegó al Bolt-Bucket, como si le diera muerte con una pala.

Traté de ganar impulso para llegar hasta el terreno más alto, giré para evitar a un conejo atontado y me di contra un montón de nieve dura, frenándome de golpe en un sitio del cual nada nos sacaría excepto un remolque.

Yo tenía 57 años entonces, con mi respiración dañada por tanto cigarrillo y mi corazón (ahora lo sé) tan débil como el de Sam. Dejé de maldecir — gradualmente, para evitar movimientos bruscos— y me metí el *Kabloona* bajo mi abrigo. Pensaba caminar el kilómetro que faltaba hasta casa de Ryder, quedarme allí lo necesario para dejar el libro, decir hola y telefonar para pedir un remolque. Después, como Harp nunca tuvo un coche ni lo tendría jamás, habría que caminar de vuelta y encontrar el remolque.

Si es que Leda Ryder supo alguna vez conducir, eso ya no importaba después que se casó con Harp. Realizaban los trabajos de la granja como lo hacían los antepasados de Harp en la época de Jefferson. Harp cuidaba sus doscientas gallinas ponedoras con métodos que se consideraban modernos antes que las infelices fueran condenadas a las baterías eléctricas, pero en todas sus otras tareas él se acercaba a lo anticuado. En su gran jardín de la cocina dejaba que un retazo de arbustos creciera solo, algunos centímetros; no sobrevivía en otro lado. Unas pocas vacas, algo de terreno para una exigua cosecha y una pequeña perra, Droopy, cuya abuela se había entendido con un perro de patas cortas. En su obesa ancianidad, la única amenaza de Droopy

era un ladrido jadeante. Los Ryder debían de haber cubierto todas sus necesidades vitales excepto el tabaco de mascar y de vez en cuando otro vestido para Leda. Harp podía saltarse el Siglo Veinte, y dudo de que Leda fuera consultada al respecto, a pesar de su obsesiva dedicación a ella. Leda era treinta años más joven y él no debía haberse casado con ella. Del otro lado se podía rascar lo mismo: ella no debía haberse casado con él, pero lo hizo.

Harp era quizá un dinosaurio, pero yo crecí junto a él, que era un año más joven. Nadábamos, pescábamos, nos divertíamos. Y cuando yo volví a Darkfield, ya envejeciendo, él fue uno de los pocos que parecían contentos de verme, hasta donde se puede leer algo en un rostro que era como un promontorio de granito. Quizá dos veces por semana, Harp Ryder sonreía.

Remonté la cuesta, y noté una doble marca, como de ida y vuelta, de neumáticos anchos, que ya estaba borroneada por la nieve. Debía de ser el camión de huevos que yo había pasado un cuarto de hora antes en el camino principal. Cada vez que amainaba a mis espaldas el viento del oeste, podía girar y disfrutar uno de mis paisajes favoritos de abedules y abetos. Desde casa de Ryder no hay otro signo de Darkfield, tres kilómetros al sudoeste, excepto una cúspide de iglesia. En los días claros se puede divisar el monte Calvo y sus dos grandes hermanos, más de treinta kilómetros al oeste.

La nieve se estaba espesando. Fue un alivio y un placer contemplar los aleros negros del granero de Harp y el techo de su Cape Codder. Escorzada, la casa parecía limpia contra el fondo del granero; en realidad, casa y granero estaban conectados por un pasadizo de dos pisos, con cinco metros de ancho y unos trece de largo; madera abajo, gallinero arriba. La ventana del cuarto de los Ryder, orientada hacia el sol del amanecer, estaba un metro más arriba del techo de ese pasadizo. Realmente se acostaban con las gallinas. Grité, porque Harp estaba a punto de cerrar la gran puerta. La dejó abierta para mí. Corrí, y la tormenta corrió detrás de mí. El viento del oeste estaba sacudiendo el granero; los remolinos aullaban. La temperatura había bajado diez grados desde que dejé Darkfield. Lo decía el termómetro en la puerta del sendero cubierto, y supe que me había portado como un tonto. Mientras ayudaba a Harp a sujetar la puerta para mantenerla cerrada, creí oír que Leda lloraba.

Una impresión repentina y confusa. El viento estaba explorando nuevas alturas de la pasión, la puerta chirriaba y Harp me preguntaba:

—¿Se rompió el coche?

Todavía pienso que Leda gemía. Si fue así, terminó cuando afirmamos la puerta y Harp le acomodó de través una gruesa barra. No pude entender eso: el viejo picaporte seguramente resistiría cualquier viento excepto un huracán.

—El Bolt-Bucket no se rompe. Deberías conseguirte uno, Harp. Es una gran compañía. Todo lo que hizo fue meterse en una cuneta de nieve.

—Volverás a verlo en la primavera.

Las gallinas estaban rascando arriba, sin asustarse aún por la tormenta. Los ojos de Harp eran pequeños brillos grises de inquietud.

—Ben, ¿tú crees que un hombre está viejo a los 56?

—No.

Mis huesos (que envejecían) estaban sufriendo por llegar al calor de su cuarto-cocina-comedor-salón, no por tristes filosofías.

—Puedo usar tu teléfono, ¿verdad?

—Si no se han caído los cables —dijo, sin moverse, como un hombre batido por otras tormentas—. Esos holgazanes no cortaron este verano las ramas que colgaban. Se lo dije, claro, les dije lo que pasaría... Quiero decir. Ben, ¿lo bastante viejo como para tener fantasías tontas?

Mi cara debía haberle dicho que yo estaba rumiando algo sobre él y su joven mujer. Frunció el ceño, disgustado porque yo no había atrapado el sentido.

—Quiero decir, *ver* cosas. Cosas que no pueden ser, pero que...

—A todos nos pasa eso a cualquier edad, Harp.

Esa frase fue una estúpida forma de interrumpirlo, porque yo estaba impaciente, tenía frío, quería pasar adentro. Harp siempre tenía una sensibilidad armada en un solo sentido. Su rostro se endureció.

—Bueno, pasa, caliéntate. Leda no se siente bien. Debe de tener un resfriado.

Cuando ella bajó a saludarme, sus ojos estaban enrojecidos. No creo que el viento hubiera hecho aquellos ruidos. La perra Droopy salió de su canasto junto a la estufa para oler mis pies y darme su señal de aprobación,

habitualmente baja.

Leda nunca lo pasaba bien allí, siendo joven y apasionada, con limitados recursos mentales. Tenía veintiocho años y parecía alta porque llevaba graciosamente su cuerpo firme. Algo de la hosquedad de su gran boca y de sus lúcidos ojos grises era sexualidad; otra parte era puro descontento. Me gustaba Leda; su carácter no se inclinaba a la animosidad o a la maldad. Antes de su casamiento, la Oficina de Noticias de Darkfield solía declarar, con su habitual corrección escrupulosa, que Leda había tenido encima todo lo que llevara pantalones en cincuenta kilómetros a la redonda. Por una vez, la Oficina puede haber pronunciado un grano de verdad en su malicia, porque Leda poseía el poder que atrae a los hombres sin palabras ni gesto. Después de su abrupto casamiento con Harp (eso me lo dijo Sam; yo entonces no vivía en Darkfield y no la conocía), los chismes sucios se escondieron bajo tierra: enfurecer a Harp Ryder nunca fue saludable.

Los cables del teléfono todavía no habían caído. Mientras yo esperaba que el garaje me contestara, Harp dijo:

—Ben, no te puedo dejar volver a eso. Quédate.

Yo no quería quedarme. Significaba más trabajo y molestias para Leda, y yo era lo bastante anciano como para anhelar mi madriguera conocida y segura. Pero sentí que Harp me pedía quedarme por algún asunto de él. Le pedí a Jim Short, en el garaje, que siguiera adelante con el Bolt-Bucket si yo no estaba ahí para encontrarlo. Jim rugió:

—¿Sabes cómo está, ahora mismo?

—Juntando nieve, parece.

—¡Jesús! —Cubrió imperfectamente el tubo del teléfono.

Sentí sonar su voz a través de ecos:

—¡Saben, el viejo Ben metió de nuevo esa cosa en el montón de nieve...! ¿Qué les parece? Escucha, Ben, no te puedo prometer nada. Los dos remolques están ahora afuera. Mejor que te detengas y des gracias al Señor por haber llegado tan lejos.

—Está bien —dije—. No era una cuneta tan grande.

Leda nos dio café. Miraba continuamente hacia el pie de la escalera, donde ya había una oscuridad como de noche. Una escalera cerrada se

inclinaba hacia una puerta frontal nunca usada; detrás de eso estaba la otra sala libre o cuarto de huéspedes, donde yo habría de dormir. No sé qué esperaba encontrar Leda en esa sombra. En cierto momento, cuando una astilla del fuego hizo un ruido extraño, sus labios se apretaron como para contener un grito.

El café me calentó. En ese momento el tiempo ya no permitía discusión. No eran ni las 3.30, pero el Oeste y el Norte se habían perdido en un negro furioso. A través de la silbante cortina blanca, pude ver la puerta del granero, unos trece metros más allá.

—Nadie va a ningún lado a través de eso —dijo Harp. La casa tembló, reforzando sus palabras—. Leda, no pareces muy animada. Descansa un poco.

—Mejor arreglo el cuarto para Ben.

Ninguno de ambos habló con mucha ternura, pero en él se despertó una vehemencia cuando ella se dio la vuelta. Después alguna otra necesidad doblegó su cara de granito. Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante, como para ayudarlo a hablar.

—¿Tú no crees que yo pueda estar fuera de quicio? —preguntó.

—Desde luego que no. ¿Qué pasa, Harp?

—Hay algo en los bosques que no debería estar allí.

Para mí eso fue como un alivio; no tendría que escuchar problemas matrimoniales ajenos. Continuó:

—Deseo, por Jesucristo, que esto le toque a otro alguna vez, así yo puedo decir lo que sé, sin que se me rían en la cara. Yo no sirvo para fantasías estúpidas.

Con Harp uno camina sobre huevos. Podía decidir en cualquier momento que yo me estaba riendo.

—Cuéntame —le dije—. Si hay alguien allí ahora, se debe sentir congelado.

—Ajá.

Se fue hacia la ventana norte, mirando hacia donde sabíamos que el camino se sumergía bajo una blanca confusión. El terreno de Harp se extendía al otro lado del camino, hasta el borde de un bosque enorme y

siempre verde. Katahdin está más de ochenta kilómetros al norte y un poco hacia el este de nosotros. Vivimos en un mundo que se va marchitando y achicando, pero uno podía salir de la granja de Harp y, excepto por el camino ocasional y por los ríos, no muy grandes, podría seguir sumergido en los bosques hasta la tundra o hasta Alaska. Harp habló:

—Es con este tiempo cuando viene.

Se hundió en el sillón que tenía en la cocina y alargó el brazo hasta *Kabloona*. Apenas había mirado el libro cuando Leda estaba con nosotros.

—Nombre gracioso.

—Kabloona es el nombre esquimal para el hombre blanco.

—¿Hizo esas fotos...? ¿Son buenas, Ben?

—Me gustan. Hay fotografías en la parte de atrás.

—Oh.

Pasó rápidamente las páginas para buscarlas, pero estudió solamente las que mostraban los fuertes rostros esquimales, y su interés desapareció. Lo que él quería no estaba allí.

—Esta gente es..., ¿es civilizada?

—A su manera, desde luego.

—Ajá, este tipo parece que pudiera encontrar su camino dentro del bosque.

—Es probable que eso sea justo lo que no puede hacer, Harp. Nunca ven un árbol a menos que vengan hacia el sur, y detestan hacer eso. Todo lo que esté debajo del Ártico les parece demasiado caluroso.

—¿Es así? Bien, es un lindo libro. ¿Cuánto te costó?

Yo lo había encontrado de segunda mano; me pagó con las monedas justas.

—Me gustaría leerlo.

Nunca iba a hacerlo. Terminaría en un anaquel del vestíbulo, junto a la Biblia, a un viejo almanaque, a un Longfellow, hasta que algún día el sitio se rematará y nadie se acordará ya de cómo vivía Harp.

—¿Qué es lo que pasa, Harp?

—Oh... estuve oyendo cosas en los bosques, el último verano. Me dije «un zorro», pero después supe que no era. Te hace poner los pelos de punta.

Perdí una vaca, en agosto pasado, en la pradera del Norte. Una parte del cerco estaba rota. Quiero decir, Ben, que las dos tablas de arriba *estaban arrancadas de los agujeros de los clavos*. No había marcas de martillos.

—¿Un oso?

—La única huella que encontré parecía de un oso, pero era demasiado chica. Tú sabes que un oso no *arrancaría* esas tablas, Ben.

—¿Y la vaca golpeando en ellas, asustada por algo?

Mantuvo la paciencia.

—Ben, ¿construiría yo una cerca para las vacas martillando las piezas del lado de afuera? La vaca le pegaría con toda la fuerza que tuviera, desde luego. Y se mataría haciéndolo, habría sangre y pelos sobre las tablas rotas, y estaría allí, no a dos kilómetros, dentro del bosque. Ocurrió durante una gran tormenta. Supuse que tenía que ser alguien que tenía algún rencor contra mí, quizá algún hijo de perra que codiciara la propiedad, tratando de asustarme después que viví aquí toda mi vida, y mi familia antes que yo. Pero eso no tiene sentido. Encontré la vaca una semana después, encontré lo que quedaba de ella. Dentro del bosque. La cabeza y los huesos. El cuero arrancado y tironeado. Cualquier *persona* que quiera un poco de carne, corta lo que quiere y se lo lleva. No se sienta y se pone a masticar la carne para desprenderla de los huesos, por Cristo. No le saca la paleta de la coyuntura... Muy bien, quizá fuera un oso. Pero ningún oso hace ese trabajo en la cerca y después se lleva a la vieja Nell, dos kilómetros dentro del bosque, para matarla. Linda Jersey chica, más tonta que un gatito. A Leda le gustaba hacerle cariños, como no suele hacerlo con el ganado... Después miré mucho en los bosques y nunca encontré nada. Alguna vez olí algo. Algo raro, como olor a oso, pero... *diferente*.

—Pero Harp, si había nieve en el suelo...

—Ahora me vas a llamar loco. Cuando el tiempo está claro, no puedo encontrar las huellas. Lo oigo, de noche, pero cuando voy de día donde estaba el sonido, no hay huellas. Sólo las habituales de la nieve. Lo sé. Vive en los árboles y no baja más que cuando hay tormenta. ¿Cómo llegué a creer eso? Porque aparece, Ben, cuando el tiempo está como ahora, como ahora mismo. Y el viejo Ned, y Jerry en el establo, se agitan, y alguna vez

escuchamos el ruido bajo la ventana. Lo ilumino con la linterna a través del vidrio, pero nunca llego a verlo. Salgo con la calibre diez, por si hay alguna luz para ver, y hay huellas alrededor de la casa: agujeros que se cubren de nieve. Por la mañana quedan algunas marcas, y conducen hacia los bosques, al Norte, pero debajo de los árboles ya no se encuentran. ¿Entonces se sube a las ramas y viaja por ellas...? Una vez llegué a verlo, Ben. En octubre. Pero mejor te cuento otra cosa antes. Al día siguiente de haber encontrado lo que quedaba de la vieja Nell, perdí seis pollos grandes. Yo había hecho unos casilleros, recordarás, para que los animales se quedaran en el granero por la noche. Buenas puertas, y yo siempre las cerraba. A las dos de la mañana, Ned y Jerry se ponen como locos. Paso por el granero hasta el establo y estaban enfurecidos y Ned trataba de salir dando coces. Los tranquilizo, miro por todo el establo, por el desván, por el sitio de los arneses, por todos lados. Nada. Una noche tranquila, sin luna. Tenía que ser algo que los caballos hubieran olido. Vuelvo por el granero, y encuentro abierta una de las puertas de los pollos: *arrancada* de la traba. Un ladrón de gallinas habría traído alguna herramienta para abrir. ¿No sería idiota no hacerlo? Se llevó seis animales, seis espléndidos pollos de cuatro kilos, y dejó las cabezas en el suelo: arrancadas a mordiscos.

—Harp, es un loco. Hay gente que se enloquece así. En algunos viejos cuentos...

—Estuve tratando de creerlo. ¿Pero un hombre pasaría así el invierno? ¿Con ese frío bajo cero?

—Quizá en una caverna. Con pieles de animales.

—Forré con madera toda la parte trasera del granero. Hice lo mismo con las ventanas del gallinero. Tablas de dos por cuatro, con clavos de diez centímetros, puestos de través. Están a cuatro metros del suelo y todavía no vino hasta allí, todavía no... Así que después de lo que pasó, mandé buscar al *sheriff* Robart. El hijo de perra vive en Darkfield, así que uno pensaría que podría interesarse.

—¿Sirvió para algo?

Harp se rió. Lo hizo manteniendo mi mirada, sin sonido alguno, sin mover un músculo excepto una pequeña agitación en los ojos. Es un arte de

Nueva Inglaterra. Quizá había sido importado ya con el *Mayflower*.

—Robart vino, después de un tiempo. Le mostré esa puerta. Le mostré las cabezas de pollo. Le conté cómo me pasé allí las noches, sentado en mi trasero, con mi calibre diez.

Harp se levantó para escupir el jugo de tabaco en el fuego; tiene la teoría de que eso purifica el aire.

—Ben, creo que le mostré las cabezas de pollo justo debajo de sus narices. Por la fecha en que él vino, te darás cuenta, ya no estaban frescas. Dijo que miraría por allí y me lo haría saber. A mediados de setiembre. No lo volví a ver.

—¿Habría supuesto que no era bienvenido?

—Bueno, lo sería tanto como la mierda en el mantel.

—¿Me dijiste que lo habías visto, Harp?

—Si eso se llama verlo... Muy bien. Fue durante los días del verano indio, ¿te acuerdas? Igual que en Junio, pero con lindos colores, olor a brisa... Dios, eso me gusta, me gusta Octubre. Había ido hasta la cuesta donde arreglé la cerca después de perder a Nell. Estaba recostado allí, supongo que cansado. Al final de la tarde, con el cielo que se ponía rosado. Recordarás que la cerca atraviesa la pendiente hasta el bosque del Este. Había dejado que los matorrales crecieran: allí vienen los pájaros. Estaba mirando hacia abajo, en ese claro entre los bosques del Norte y mi bosque, donde aparecen esos pastos crecidos. Lindo sitio. Apareció un pintor por allí, hace unos años. Hizo un cuadro, dijo que el sitio parecía un «coro», no sé qué diablos es, no me lo dijo.

Lo apremié.

—¿Allí lo viste?

—No. A mi derecha, en los matorrales. Calculo que serían unos veinte metros. Por Dios que no moví la cabeza. Lo vi con el rabillo del ojo y me di la vuelta para el otro lado, como si pensara caminar hacia la pendiente. Hice como si estuviera ocupado con algo del pasto y di unas vueltas hasta aproximarme a la cerca. Se quedó allí, una mancha marrón en los matorrales, al lado del abedul amarillo. Casi la altura de un hombre. Yo no tenía ningún arma, ni siquiera un palo... Hombros grandes, no le pude ver los pies. No

tendría más de metro y medio. Sus manos, si es que tenía manos, colgaban fuera de mi vista, entre las ramas. Tenía la piel marrón, Ben, un pelambre marrón rojizo en todo el cuerpo. La cara también, la cabeza, el pescuezo enorme. Los pelos brillan con el sol, es imposible equivocarse. Así que... lo miré directamente. Procuré actuar como si no lo viera, pero él lo sabía. Se dio la vuelta y puso el abedul entre él y yo. Sin un sonido.

Y entonces Harp se puso a escuchar a Leda, que estaba en el piso de arriba. Siguió hablando suavemente.

—Bueno, corrí a buscar un arma, y empecé a buscar en el bosque. Para lo que me sirvió... Querrás saber sobre la cara. Esa parte no se la describí a Leda. Verás, está asustada, y no quiero empeorarlo, le dije que era algún animal que se escapó antes de que pudiera verlo bien. Una cara grande, Ben. La cabeza como humana, excepto que sobresale mucho en la mandíbula. Poca nariz: dos agujeros abiertos entre el pelo. Pero, Ben, ¡*los dientes!* Le vi la boca abierta y él movió un lado de sus labios y me mostró esas enormes cosas penetrantes. Vi unos colmillos semejantes en un oso crecido. Eso es lo que me van a decir si alguna vez trato de hablar de esto. Me van a decir que vi un oso. Pero yo maté mi primer oso cuando tenía 16 años y el viejo me llevó a Jackman. Después maté a uno cada dos años, más o menos. Los conozco, conozco sus costumbres. Pero eso es lo que me van a decir si les cuento esto.

Yo soy un naturista frustrado, lleno de hechos diversos. Sé que no hay monos que puedan aguantar estos inviernos, excepto el inofensivo *langur* del Himalaya. Ninguna bestia como la que Harp describía existió en ningún lado del planeta. Pero eso no servía. Harp era honesto, era racional, quería una explicación razonable tanto como la quería yo. Por algo era el ateo del pueblo. Dije:

—Sí, supongo que eso te pasará, Harp. La mayoría de la gente no acepta lo... inusual.

—Quizá lo oigas esta noche, Ben.

Leda bajó y oyó una parte de eso.

—Te ha estado contando, Ben. ¿Qué opinas?

—No sé qué pensar.

—Led..., pensé que si yo imitara ese ruido para Ben...

—¡No!

Ella había traído algo para zurcir y se iba a sentar a hacerlo, pero quedó helada como si hubiera sido amenazada por un ataque.

—No podría aguantarlo, Harp. Y... puede traerlos...

—¿Traerlos? —Harp dejó oír una risita ahogada—. No creo que pudiera hacerlo tan bien como para que *él* viniera.

—¡No lo hagas, Harp!

—Muy bien, señora. —Ella había cerrado los oídos y echado la cabeza hacia atrás—. No te pongas nerviosa.

Empecé a preguntarme si un hombre que todavía parecía sano podía imaginar tal horror con el propósito inconsciente de atormentar a una mujer demasiado joven para él, una mujer que nunca pudo imaginar que poseería. Si él decía que el ladrido de un zorro no correspondía a un zorro, ella le creería. Dije:

—No debemos hablar de esto si a ella le molesta.

Él me miró como un hombre que flota al salir a la superficie del agua. Leda agregó, con una voz baja y dolorida:

—Ruego a Dios que pudiéramos irnos a Boston.

La cara de granito se cerró como si se defendiera.

—Led... ya hablamos de eso. Nada me va a sacar a mí de mis tierras. No tengo nada que hacer en la ciudad a mis años. ¿Qué puedo hacer? ¿Vigilante nocturno? ¿Limpiar el cuarto del fondo para alguien, por Cristo? Los ahorros se irían en seguida. Ya hablamos de eso. No nos vamos a ningún lado.

—Yo podría trabajar.

Para Harp, eso era lo peor que ella podía decir. Y ella probablemente se dio cuenta por su silencio. Leda agregó, incómodamente:

—Me olvidé algo arriba.

Juntó lo que había traído y se fue.

No hablamos más del tema durante el resto del día. Yo ayudé a ordeñar y en otras tareas, dando una mano donde podía, y pusimos todo tan seguro como podíamos, contra la tormenta y contra otros enemigos. La cosa peluda de dientes largos fue el huésped fantasmal durante la comida, pero lo

evitamos, por Leda, o por lo menos eso quisimos hacer. La comida hubiera sido extraña, de cualquier manera. No tenían la costumbre de recibir huéspedes, y Leda era una mala cocinera porque no le importaba. Era una chica de Darkfield y supongo que tenía los habituales sueños confusos de la televisión en el Siglo Veinte, hasta que algún impulso o quizá algún falso signo de embarazo le hizo casarse con un hombre del siglo XIX. Tuvimos un venado cocinado como si fuera vaca, y verduras demasiado cocidas. No me gusta el venado ni siquiera cuando está bien hecho.

A las seis, Harp sintonizó su radio de batería y se sentó con cara de piedra a escuchar las malas noticias del día y el pronóstico del tiempo: «Una tormenta que debe ser la peor en 42 años. Desde las 3, han caído seis centímetros de nieve en Bangor, siete en Boston. No se espera que la caída se detenga hasta mañana. Los vientos aumentarán durante la noche, con ráfagas de hasta cien kilómetros por hora.»

Harp apagó la radio con firmeza. En otras noches que yo estuve allí, le dejaba la radio a Leda después de la cena, y entonces proseguían unos sonidos apagados durante parte de la noche. Pero esta vez Harp quería escuchar otros sonidos. Leda limpió la vajilla, dijo temprano sus buenas noches y se fue arriba.

Harp no habló, excepto cuando por cortesía debía contestar alguna frase mía. Nos sentamos y escuchamos la nieve y el viento lunático. Una hora de eso me bastó; dije que estaba cansado y que quería acostarme temprano. Harp me acompañó hasta la cama en la otra sala y puso otra piedra de carbón en la estufa. Llegó a mostrar una difícil sonrisa de granito, haciendo uso de su cuota de una semana, y sacó una botella de un estante que había estado durante años debajo de un grabado: George Washington, creo, terminando un tratado con algún extraño enfermo de hepatitis que pudo haber sido el general Cornwallis, si es que éste tenía dos pies izquierdos. La botella tenía una clase de whisky de centeno que Harp creía sinceramente que se podía beber, después de haberse quemado el gaznate durante más de cuarenta años por tratar de demostrarlo. Mientras mi garganta se recuperaba, Harp dijo:

—No te debíamos haber molestado con toda esta morralla, Ben. Confío que no te arruine el sueño.

Me dio su otra linterna y cerró la puerta.

Le escuché sentarse de nuevo en el sillón de la cocina. Bajo muchas mantas, sin luz, escuché el silbido cruel de la nieve. La estufa murmuraba como una amiga, convirtiéndome en un reducto de calor vivo entre el frío exterior. Más tarde escuché a Leda, en la parte superior de la escalera, con una voz tímida, cansada y dulce:

—¿Vienes a la cama, Harp?

Los escalones crujieron cuando él subió. La puerta se cerró; después ella gimió en ese dolor deseado que es una breve liberación de los problemas.

Recordé algo que Adelaide Simmons me había contado sobre esta casa, a cuya parte superior yo no había ido desde que Harp y yo éramos muchachos. Adelaide, que era una de las pocas mujeres de Darkfield que nunca habló mal de Leda, me dijo que el pequeño cuarto hacia el lado oeste, frente al dormitorio de Harp y Leda, estaba preparado como para un niño, y que Harp no dejaba poner allí nada que no fueran muebles de niños. Había estado así desde que se casaron, siete años atrás.

Se arrastró otra hora, en la exasperación de mi insomnio.

Entonces escuché a Dientes Largos.

El ruido venía del lado oeste, detrás del jardín oculto por la nieve. Cuando me quitó del filo del sueño, traté de pensar que era el ladrido de un zorro, el chirrido brillante y metálico que la pequeña bestia roja puede lanzar desde su garganta, como un dragón. Pero totalmente despierto, supe que había sido más profundo, más pectoral. ¿Una lechuza? No. Un sonido que correspondía a épocas antiguas, cuando los hombres se confiaban a instrumentos de piedra tallada y tenían todos los motivos para temer la oscuridad.

Los resplandores de la estufa me dieron la luz necesaria para llegar hasta mi ropa. El viento no se había calmado. Vacilé hasta la ventana del oeste, abrochándome, y encontré un blanco total. La nieve se había amontonado sobre el alféizar inferior. Poniéndome de puntillas pude ver encima de eso. Apareció una luz, que iluminaba apenas el campo de nieve. Eso debería venir de una lámpara en el dormitorio de los Ryder, brillando a través de la otra habitación y después, débil y difusa, hacia el caos de la tormenta.

¡Yaaaarh!

Ahora se había acercado horriblemente. Desde las ventanas del norte de la habitación se veía todo negro. Harp se acercó hasta mi puerta.

—¿Despierto, Ben?

—Sí. Ven a mirar por la ventana oeste.

No había dejado ninguna luz en la cocina, y sólo un débil resplandor bajaba desde el dormitorio. Murmuró detrás de mí:

—Ajá, la nieve se amontonó. Debe de tener un metro ya.

¡Yaaaarh!

La voz había gritado del lado sur, el lado tapiado de la casa, sólo visible desde una ventana de la cocina y una más pequeña en el cuartito donde estaba la bomba de mano. La vista desde la ventana de la despensa estaba impedida mayormente por un enorme arce, más alto que la casa. Escuché al viento que silbaba entre los huesos invernales del árbol.

—Ben, ¿prefieres ponerte las botas? Decídelo tú; no tengo derecho a pedírtelo. Yo podría tener que ir afuera.

Harp hablaba bajo, como si la bestia pudiera escucharlo a través de las gruesas paredes.

—Desde luego.

Me puse las botas, que llegaban hasta la rodilla, y cogí el abrigo, mientras lo seguía hasta la cocina. Un rifle de calibre 30 y su pesado caño colgaban en astas de ciervo sobre la puerta. Los encontró en la oscuridad.

El coraje que tuve esa noche me vino de estar empujado a la acción, del miedo de mostrarme cobarde ante un amigo con problemas. Yo estuve en la invasión de Normandía. Acampé solo, cuando era más joven y más sano, en un campo de alces y de osos, y dormí perfectamente. Pero ese ruido de Dientes Largos quitaba el coraje. Dolía a todo lo largo de la médula espinal.

Yo tenía una linterna, pero sabía que Harp no quería que la usara allí. Pude adivinar los muebles y a Harp que llegaba hasta el arma. Ya tenía puestas sus botas, su gorra de piel y su abrigo.

—Tú lleva esto —me dijo, poniéndome el calibre diez en la mano—. Los dos cañones cargados. No es mi manera de hacerlo, cierto, pero desde que esto empezó...

¡Yaaaarh!

—¿Dónde se ha ido ahora? —Harp estaba en la ventana del sur—. ¿Dio la vuelta para aquí?

—Creo que sí... ¿Dónde está Droopy?

Harp dejó oír una risita leve.

—¡La pobre! Se vino arriba apenas escuchó el primer ruido y se metió debajo de la cama. Le dije a Leda que se quedase arriba. Necesitaría una luz acá abajo. No tendría sentido.

Entonces, aparentemente desde el lado este del gallinero y arriba, vino el grito resonante:

¡Yaaaarh!

—¡No es posible! ¡Jesús, eso está a cuatro metros por encima del suelo!

Pero Harp se lanzó por el pasadizo, y yo le seguí.

—Mantén tu luz contra el suelo, Ben. —Corrió por la escalera estrecha—. No ilumines a las aves, van a reaccionar.

Hasta entonces los pollos, estúpidos y prácticamente ciegos en la oscuridad, estaban haciendo sólo un débil cloqueo de alarma. Pero algo estaba golpeando en la parte exterior de la ventana, gruñendo, pegando en las tablas. ¿Era un puño? No sonaba como otra cosa. Harp gritó:

—¡Ilumina la ventana!

Y disparó contra el vidrio.

No sentimos ningún grito. Cualquier ruido exterior habría sido ahogado por la tormenta y por el cacareo de las gallinas alborotadas por el disparo. El vidrio estaba sucio de la mugre de las aves; no pude ver a través de él. La bala había agujereado el panel sin destrozarlo, y había pasado entre las tablas, pero la bestia podía haberse apartado antes del disparo.

—Tengo que ir afuera. Tú quédate, Ben.

En la cocina cambió el rifle por una escopeta.

—Puede que no tenga oportunidad de apuntar. Recuerdas esta pieza, ¿verdad?

—La recuerdo.

—Bien. Mantén abiertas las orejas.

Harp corrió a través de la puerta que daba a una pequeña zona de piso firme junto al techado de madera. Para llegar hasta la ventana del este tendría

que remontar a través de la nieve, detrás del granero, ya que había bloqueado todas las aperturas traseras. También podía dar la vuelta a toda la casa, pero afrontando el viento del oeste y peleando contra nieves más profundas. Vi cómo su gran sombra se esfumaba fuera de la vista.

La voz de Leda me llegó desde arriba.

—¿Le... le ha dado?

—No sé. Ha ido a ver. Tranquilízate.

Oí una vez más ese ladrido infernal antes de que Harp regresara, y otra vez sonó en las alturas; debió de venir de la copa del gran arce. Y momentos más tarde —yo estaba escudriñando en la oscuridad, para ver a Harp— un tremendo ruido de vidrios y maderas rotas, y un violento golpe de puerta en el piso superior. Un chirrido penetrante se interrumpió, y después hubo un grito como ningún ser humano debería escuchar jamás. Todavía lo oigo.

Creo que perdí algunos segundos por la impresión. Después subí trabajosamente por la escalera, entorpecido por el rifle y la linterna. El viento rugía en la puerta de la cocina y Harp me estaba empujando, apartándome a un lado. Pero yo estaba justo detrás de él cuando abrió la puerta del dormitorio. El ventarrón desde la ventana rota que había golpeado la puerta también había apagado la lámpara. Pero nuestras linternas nos dijeron en seguida que Leda no estaba allí. Nada había, nada vivo.

Droopy yacía en una mezcla de fragmentos de vidrio y de maderas de la ventana, muerta con el pescuezo aplastado: algo había caído sobre ella. La frazada había sido arrastrada casi hasta la ventana; quizá la mano de Leda se había asido a ella. Vi sangre en algunos fragmentos de vidrio y, en el alféizar destrozado, un retazo de pelambre rojiza.

Harp corrió hacia abajo. Yo vacilé unos segundos. La flecha del miedo me había entrado hondo, pero en ese momento me dejó atontado. Mi luz dio en una fea fotografía de la pared, la madre de Harp a los 50 años o algo así, petrificada y seria frente a la cámara, una deidad puritana con ojos asustados. La recordaba.

Harp se había apartado de la religión cuando su padre murió, y dejó de ir a la iglesia. La madre lo «repudió». La granja era de él; ella lo dejó y se fue a vivir con una hermana viuda en Lohman y murió poco después, sin

reconciliarse. Harp vivió como un soltero, maniático, encerrado, hasta su extraño casamiento a los 50 años. Ahora estaba todavía aquí la madre, vigilante, implacable. En el sopor de mi *shock* pensé: «Oh, probablemente hacen el amor con las luces apagadas.»

Pero ahora Leda no estaba allí.

Corrí detrás de Harp, que había salido por la puerta de la cocina para luchar contra el viento. Salí allí con el rifle y la linterna, y a través del camino vi su luz. No había ninguna otra luz: sólo su pequeño brillo y el mío.

Apenas me forcé a dar vuelta la esquina de la casa, hacia el fantástico abrazo de la tormenta, supe que no podría lograrlo. El viento del oeste me clavaba espinas en la cara. La nieve me llegaba hasta la mitad de los muslos. Con pulmones débiles y quizá un corazón imperfecto, no podía hacer nada excepto morir rápidamente para nada. En un momento Harp estaría bajando la cuesta hacia los bosques. Sus huellas ya desaparecían bajo mi luz. Me empujé un poco más, y un respiro de un instante en la tormenta me permitió gritar:

—¡Harp, no puedo seguir!

Me escuchó. Puso las manos para hacer bocina en su boca y contestó:

—¡No lo intentes! ¡Vuelve a casa! ¡Telefonea!

Agité la mano para acusar recibo del mensaje y luché para volver.

Apenas si conseguí hacerlo. En la puerta de la cocina caí redondo, con el arma y la linterna que rebotaron hacia algún lado, y ahí me quedé hasta que recuperé el aliento suficiente para seguir viviendo. Mi rostro y mis manos eran bloques de hielo, y luego eran fuegos. Mientras me esforzaba en la empresa de poner aire en mi cuerpo, un pensamiento continuaba, como una necesidad interna: *Debe haber una causa racional. No abandono la causa racional.* Al final me recuperé y me arrastré hasta el teléfono. La línea estaba muerta.

Encontré la linterna y fui hacia arriba con ella. Pasé sobre el cuerpo de la pobre Droopy y sobre los vidrios rotos, para mirar a través de la ventana. Pude ver que la nieve había sido apartada del techado, cerca de la ventana del

dormitorio; la casa misma protegía esa zona de la fuerza del viento del oeste, así que alguna pista quedaba. Supuse que aquello había saltado desde el arce hasta el techo de la casa, después se había deslizado por el sendero cubierto y después había entrado a través de la ventana cerrada, sin creerla ningún obstáculo, perdiendo un poco de sangre y un poco de pelo.

Miré alrededor y no encontré ese pelo. El viento lo habría alejado de la vista. Forcé la puerta para cerrarla. Abajo, encendí las lámparas de la cocina y de la sala. Harp necesitaría esas señales —si volviera—. Avivé el fuego y tomé una dosis del horrible whisky de Harp. Era alrededor de la una de la mañana. ¿Y si Harp no volviera?

Podrían pasar días antes de que se consiguiera limpiar el camino. Cuando la tormenta se levantara yo podría usar los zapatos de nieve de Harp, quizá...

Harp volvió a la 1.20, doblado y tambaleante. Lo ayudé a sentarse en su sillón. Cuando pudo hablar, me dijo:

—Ninguna pista. Ninguna pista.

Me tomó la botella de las manos y bebió un sorbo.

—¡Jesucristo! ¿Qué puedo hacer? Ben, tengo que ir a la aldea, conseguir ayuda. Si es que pueden dar alguna ayuda...

—¿Tienes otro par de zapatos de nieve?

Me miró fijo, peleando con su confusión.

—¿Eh? No, no tengo. Es mejor que te quedes, de todos modos. Te traeré los tuyos de tu casa, si quieres, y si puedo llegar hasta allí.

Bebió de nuevo y martilló en el corcho con el dorso de su mano.

—Te dejaré el calibre diez.

Sacó los zapatos para nieve de un armario. Lo convencí de que esperara para tomar café. El apuro no resolvía nada; no nos podíamos decir, uno al otro, que sabíamos que Leda estaría muerta. Cuando estuvo preparado para irse, salí junto con él hasta el viento endemoniado.

—¿Quieres que haga algo antes de que vuelvas?

Procuró pensar en eso.

—Creo que no, Ben... Dios, ¿es que no me he portado bien? No, eso no tiene sentido. ¿Dios? Eso es una burla...

Salió. Dos o tres pasos y la tormenta lo absorbió.

Eran alrededor de las dos. Durante cuatro horas estuve solo en la casa. El calor volvió, con la puerta del dormitorio cerrada y los fuegos bien prendidos. Llevé la lámpara de cocina a la sala y después me acurruqué en la oscuridad casi total de la cocina, con mi espalda hacia la pared, mirando todas las ventanas, el calibre diez al alcance de mi mano; pero no esperaba un regreso de la bestia, y no lo hubo.

La noche se hizo más silenciosa, quizá porque la casa ya estaba tan envuelta en nieve que los sonidos se apagaban. Yo estaba separado de la batalla, enterrado vivo.

Harp volvería. Las estaciones seguirían su curso natural y de alguna manera sabríamos lo ocurrido con Leda. Supuse que la bestia tendría que ser algo cercano al molde humano: loco, deformado, salvaje, pero todavía humano.

Al rato me pregunté por qué no había escuchado ninguna excitación en el establo. Meforcé a tomar el arma y la luz para ir a mirar. Caminé por el techado, lleno de sombras saltarinas, y hasta el cobertizo. Las vacas estaban pastando pacíficamente. En el corredor central me atreví a enfocar mi luz, tímida y parpadeante, hasta la distancia donde estaba la paja. Quieto, todo quieto; sólo el crujido normal de los ratones. Después al establo, donde Ned retozó y me dejó acariciarle la mejilla marrón, mientras Jerry bajó su ojo húmedo. Supongo que no les habría llegado ningún olor que les provocara pánico, y quizá habían escuchado ese aullido con la suficiente frecuencia como para que ya no les molestara. Volví a mi puesto, y las horas se arrastraron entre las profundidades del terror y las del cansancio. Quizá dormí.

No hubo un color de amanecer ese día, pero sentí la palidez y el cambio; ni una tormenta podría esconder la aparición del día. Desayuné con jamón y huevos, alimenté a las gallinas, puse pasto y agua a las vacas y los caballos. La única vaca que se podía ordeñar, una arisca Ayrshire, se rehusó a admitir que yo quería ser útil. No había ordeñado desde cuando era un muchacho, la habilidad se me había ido de las manos, y el alivio le pareció a ella menos importante que volcar el cubo; la vaca estaba obteniendo más diversión que incomodidad con la tarea, así que la dejé estar. Me ocupé en remover con una

pala algo de nieve en la puerta de la cocina. El viento había amainado, la caída de nieve era persistente pero casi pacífica. Caminé un poco fuera de la casa y me enteré de que la nieve llegaba más arriba de mis caderas.

Y de allí, cuando me di la vuelta, venía Harp con sus zapatos de nieve, y más allá por el camino venían tres más. Reconocí al *sheriff* Robart, gordo pero enérgico, a Bill Hastings, torcido y eterno, primo de Harp y uno de sus pocos amigos. Y al final, Curt Davidson, quizá amigo del *sheriff* Robart pero ciertamente no de Harp.

Conocí a Curt como un charlatán de ingenio grueso cuando era un chico; crecer hasta ser un hombre no había hecho mucho por él. Y cuando lo vi, pensé, quizá irracionalmente: nada bueno para nuestro lado. Una especie de absurdo, y sin embargo, Harp y yo estábamos unidos frente al mundo simplemente porque habíamos vivido juntos lo que otros habrían de llamar imposible, lo que iban a interpretar en forma dura, hasta condenatoria, y no serviría para nada.

Vi la delgada mancha blanca del sol, su fuerza que crecía. En ningún lado de toda la superficie blanca, el viento y la nieve nueva nos habían dejado marca alguna de la visita nocturna.

Los hombres llegaron hasta mi espacio libre y se sacudieron la nieve. Yo abrí el sendero techado. Harp me dispensó una mirada interrogante y sin esperanza; yo sacudí la cabeza.

—¿Problemas?

Ése era Robart, quitándose los zapatos para nieve.

Harp lo ignoró.

—Tengo que ocuparme de las tareas.

Le dije que yo lo había hecho todo, excepto esa maldita vaca.

—Ah, Bess, sí, es muy nerviosa. Ahora la atiendo.

Me dio mis zapatos de nieve, que tenía atados a la espalda.

—Adelaide quería saber sobre las compras. Le dije que supuse que estarían en el coche.

—Tan bueno como una nevera —dijo Robart, en forma realmente

amistosa.

Curt tenía que darse también sus gustos.

—Ben, ¿estás seguro de que tocaste a la vieja Bess del lado correcto, donde están las tetas? —Curt se ríe de sus propios chistes, así que nadie está obligado a seguirlos. Bill Hastings escupió en la nieve.

—¿Está bien si entro? —preguntó Robart. No era una pregunta simple; él se había hecho presente oficialmente y lo hacía constar. Harp lo miró de arriba abajo.

—Nadie te detiene. No te traje aquí para estar ahí parado, supongo.

—Harp —dijo Robart con un tono amable—, no me trates mal. Vienes a decirme que ocurrieron ciertas cosas, tengo que mirar adentro.

Pero Harp ya estaba abriendo el sendero techado hacia la puerta del cobertizo. Los otros entraron a la casa conmigo, y puse agua para hacer café.

—¿Es tu coche el que está en el camino, Ben? Escuché que te habías metido en una cuneta. Todo lo que se ve ahora es una joroba en la nieve. El frío helado debe hacerle bien, como si ya lo hubieras probado todo.

Pero yo no me sentía con humor, y nunca había estado en tales términos con Robart. Gruñí, y de su cara desapareció el regocijo como si se quitara un jersey.

—Muy bien, ¿qué pasa? Harp fue y me contó una historia que yo no podría dar ni a los perros, así que... ¿Dónde está la señora Ryder?

Davidson gorgojeó de nuevo. Es un ruido desagradable cuando proviene de esa masa de carne. No creo que Robart tuviera tampoco mucho entusiasmo por él, pero parece que le había tomado juramento como su segundo antes de partir.

—Sí, señor —dijo Curt—, ésa era realmente una buena historia.

—¿Dónde está la señora Ryder?

—No está aquí —le dije—. Creemos que está muerta.

Se animó, frotándose las manos para quitarse el frío.

—Vi esa ventana. Parece como si el marco hubiera sido deshecho.

—Sí, desde afuera. Cuando Harp vuelva será mejor que miren. He cerrado la puerta en esa habitación y no la he abierto. Habrá más nieve, pero verán lo que nosotros vimos cuando llegamos allí.

—Miremos ahora —dijo Curt.

Bill Hastings observó:

—Curt, ¿no estás exagerando para ser un segundo *sheriff*? El señor Dane dijo que cuando volviera Harp.

Bill y yo somos amigos; normalmente no me llamaría el señor Dane. Creo que estaba tratando de darme cierto sabor de autoridad.

Reconocí esa alianza preguntando:

—¿También eres un segundo *sheriff*, Bill?

Le di la oportunidad de escupir en la estufa, reponer la tapa suavemente y contestar:

—No, mierda.

Harp volvió y llevó el cubo de leche a la despensa. Después nos miró.

—Bill, debo intentar de nuevo en el bosque. ¿Vienes conmigo?

—Seguro, Harp. Pero no he traído arma.

—Toma mi calibre diez.

—Irás Curt —dijo Robart—. Es muy bueno con zapatos de nieve. Interesado por la vida salvaje.

Harp dijo:

—Eso es gracioso, Robart. Creo que es lo más gracioso que he escuchado desde que la nena de Cutter se cayó debajo del tractor. ¿También vienes con nosotros?

—El caso es, Harp, que tuve una distensión muscular cuando venía para aquí. No me estoy poniendo más joven. Creo que miraré un poco por aquí. Confío que no tengas objeción.*¿Ninguna objeción a que yo mire un poco?

—Se ha salido el café —dije.

—El caso es, que si yo hubiera creído que ibas a tener alguna objeción, me habrías obligado a traer una orden escrita.

—Gracias, Ben —Harp tragó el café hirviente—. Bueno, si mirar un poco por la casa es lo mejor que puedes hacer, *sheriff*, yo no tengo ninguna objeción. Ben, no quiero distraerte de tus asuntos, pero ¿podrías quedarte? ¿Como para hacerle compañía? No es que yo tenga mucho en la casa, pero aun así, tú sabes...

—Me quedaré. —Deseaba poder decirle que eliminara esa manera de

hablar; sólo se metía más en el barro.

Robart pasó a Davidson su cinturón para el arma, con cartuchera.

—Mejor que lleves eso, Curt, para estar a tono.

Harp y Bill estaban afuera poniéndose los zapatos para nieve; escuché a medias algún comentario de Harp sobre el dolor de espalda del *sheriff*. Partieron. La nieve casi había cesado. Se perdieron de vista al bajar la pendiente del norte, y Curt iba detrás de ellos. Detrás de mí, Robart dijo:

—Parece como si Harp mismo se lo creyera.

—¿Nos vas a llamar mentirosos a ambos antes de haber mirado nada?

—Traté de entenderlo. —Lo seguí hasta el dormitorio. Estaba cruelmente frío. Tocó el cadáver rígido de Droopy con el pie.

—Es difícil imaginarse a un hombre que mata a su propio perro.

—No vamos a llegar a ningún lado con esa clase de ideas.

—Ben, tienes que ver esto como lo ve otra gente. Y no te metas conmigo.

—Eso es lo que me asusta, Jack. Algo no razonable ocurrió, y Harp y yo fuimos los únicos en experimentarlo... excepto la señora Ryder, claro.

—¿Tú dices que viste a ese... animal?

—Yo no dije eso. La oí gritar. Cuando llegamos arriba este cuarto estaba como lo ves ahora.

Miré alrededor, y otra vez no pude encontrar ese mechón de pelo, pero doy a Robart el mérito de buscar. Miró el cubrecama y las frazadas, examinó el piso y el armario. Estudió el espacio de la ventana, se inclinó hacia afuera para mirar la pared de la casa y el techado. Sus pies enormes evitaron los vidrios rotos y se puso en cuclillas para mirar largamente los trozos del alféizar de la ventana. Después me miró, personificando a todos los policías, un hombre grande, más bien inteligente, convencionalmente honesto, sin paciencia para la imaginación, sin tiempo para ningún hecho que no estuviera ya previsto por los libros.

—Mechón de pelo, ¿eh?

Lo dijo como si yo hubiera descrito un animal fantástico.

—Bueno, aquí terminamos.

Me hizo seña de bajar: se parecía a todos los policías que debían enfrentar la estupidez de las multitudes con la suya propia. Mientras me retiraba, le

dije:

—Confío que no estés tan ocupado como para no tener tiempo de que un químico analice esa sangre en la madera.

—Lo haremos. —Hizo un movimiento de partida con ambas manos—. Será un placer hacer esa pequeñez por ti y por tu amigo.

Después revisó toda la casa, el techado, el granero y el establo. Yo nunca había visto antes a un policía en funciones; tuve que admirar su dedicación. Me mezclé en la farsa de sostenerle la linterna mientras él miraba en el sótano. En la leñera le sugerí que si él quería remover más de veinte leños sería mejor que esperara hasta que Harp pudiera ayudarlo; no le hizo gracia. Tampoco fue feliz en el granero. Mover toneladas de paja para encontrar un cadáver hipotético no era tarea para un hombre solo. Yo sabía que él era capaz de volver con una pandilla y maquinaria para hacer exactamente eso. Y por su expresión, eso es lo que iba a hacer. Después volvimos a la cocina, Robart dándose una sesión de manicura con su navaja, yo con mi último cigarrillo, casi al fin de mi resistencia.

Robart no era torpe. Contesté sus preguntas tan moderadamente como pude, incluso, por ejemplo, la de «¿No te gustaba Leda a ti también?» No contesté ninguna de ellas con el silencio; para hacer eso bien, hace falta escupir en la estufa, y no soy un masticador de tabaco. Desde la ventana del norte dijo:

—Vuelven. Se suponía.

Habían estado afuera poco más de una hora.

Harp se paró junto a la estufa, a mi lado, para calentarse las manos. Habló como si estuviera solo conmigo:

—Ninguna pista, Ben.

Lo que siguió vino en un tono más bajo:

—Ben, tú me hablaste de un amigo tuyo, un hombre de ciencia, un profesor...

—¿El profesor Malcolm? —Recordé habérselo mencionado a Harp mucho tiempo antes; me asombró que lo recordara. Johnny Malcolm es un profesor de biología que había evitado la especialización. Realmente no era un amigo muy cercano. Harp me estaba contemplando con su cara de granito,

como si me hubiera solicitado recurrir a un tribunal superior. Pensé en otro conocido de Boston a quien podría consultar, el doctor Kahn, un psiquiatra que había visto a mi esposa Helen en un momento difícil...

—Harp —dijo Robart—, tengo que pedirte dos o tres cosas. Le mandé decir a Dick Hammond que traiga ese tractor de limpieza a este camino, tan pronto como pueda. Mientras lo esperamos, podríamos conversar. Sabes que no me gusta ponerme duro.

—Habla —dijo Harp—, sólo que Ben tiene que irse a la casa sin esperar a ningún Dick Hammond.

—¿Es cierto, Ben?

—Sí. Estaré en contacto.

—Hazlo —aceptó Robart, descartándome. Cuando me fui estaba comenzando de nuevo su operación de manicura y Harp esperaba rígidamente que continuara la penosa prueba. Sentí, morbosamente, que lo estaba abandonando.

Sin embargo —*corpus delicti*— no ocurriría mucho más hasta que el cuerpo de Leda Ryder fuera encontrado. Y si ese cuerpo demostrara una muerte violenta, sin ningún signo aceptable de la existencia de Dientes Largos... bueno, ¿entonces qué?

No creo que Robart me hubiera dejado ir de haber sabido que mi primera medida fue llamar a Mike, el hermano de Short, y pedirle que me llevara a Lohman, donde podía conseguir un autobús para Boston.

Johnny Malcolm me contestó:

—Puedo ver que esto te inquieta, y que tú no me mentirías. Pero, Ben, a nivel de biología no funciona. No hay tal animal. Tú lo sabes.

No se estaba haciendo el académico. Estábamos cenando en un restaurante tranquilo y a mí me había gustado mucho el pato asado. Johnny es un tipo de costillas de roca, que puede comer como un hambre que camina, sin lamentarlo.

—Supón —observé—, sólo como hipótesis y porque biológicamente no es inconcebible, que haya cierta base para la leyenda del Yeti.

—No es inconcebible. Te lo concedo. Mientras queden algunos rincones de la Tierra mal conocidos..., las cumbres del Himalaya, las selvas, los pantanos tropicales, la tundra..., las leyendas persistirán y algunas de ellas tendrán visos de verdad. ¿Sabes lo que pienso sobre los vuelos a la Luna y todo eso? —Sonrió; en mi interior yo sentía gritar a Leda.

»Una de nuestras razones más fuertes para ellos —prosiguió—, y para los mayores vuelos que haremos si antes no matamos la civilización, es una expedición para obtener leyendas nuevas. Ya usamos las mejores, y eso es peligroso.

—¿Por qué no miramos en nuestros territorios? —Pero Johnny no estaba escuchando mucho.

—Los hombres no pueden pasarse sin puertas cerradas y la oportunidad de empujarlas. Oh, en cuanto a tu Yeti... Sí, podría existir. Un antropoide peludo, capaz de aguantar un frío severo, tan raro y tan astuto que los exploradores no dieron todavía con él. No tendría que ser carnívoro para tener unos enormes dientes caninos: fíjate en los mandriles. Pero si estuviera activo durante el invierno del Hi-malaya, tendría que comer carne, supongo. Oye, yo no creo nada de esto, pero puedes considerarlo como biológicamente «no imposible». ¿Cómo llegó a Maine?

—¿Perdido? El Tíbet, Mongolia, el hielo ártico.

—Quizá. —Johnny había empezado a disfrutar la hipótesis como algo para jugar durante la cena. Pronto se puso a facilitar el pasaje del bruto a través de los continentes, y se divertía hasta que yo gruñí algo sobre alternativas, sobre seres no terrestres. No quería saber nada de eso, y se puso firme. Escuchando todavía el grito de Leda, le aseguré que yo no estaba buscando a hombrecitos verdes.

—Ben, ¿cuánto sabes sobre este... Harp?

—Crecimos en líneas diferentes, pero es un amigo. Un dinosaurio, si quieres, pero un amigo.

—Duro soltero de Maine elige joven esposa caprichosa...

—No es caprichosa. No lo era. Sexy, pero no caprichosa.

—Muy bien. Soltero cocinándose en su propio jugo durante años. ¿Estás seguro de que no se subió él mismo al techo?

—Imposible. A menos que todos mis sentidos estuviesen más paralizados de lo que yo creo, no había tiempo.

—A menos que estuviesen más paralizados de lo que tú crees...

—¡Termina con eso! No estoy senil todavía... ¿Qué supones que hizo con ella? ¿Tirlarla a la nieve?

—Hmmm —dijo Johnny, y terminó su café—. Muy bien. Algún monstruo humano con una fuerza anormal y la resistencia para aguantar una tormenta de nieve en Maine, robando mujeres. Me gusta más lo del Yeti. Tú dices que tú mismo le sugeriste a Ryder que sería algún loco. Lástima que hayas venido hasta aquí sólo para repetir tus suposiciones. Para corregir esto, ¿vamos a ver alguna mala película?

—Me encantaría.

Al día siguiente el doctor Kahn buscó un hueco para verme al final de la tarde, tan amable y paciente que estuve seguro de que le estaba impidiendo la cena. Parecía indeciso entre preocuparse con los traumas de la historia de Harp Ryder o con los míos. Los míos ya le eran conocidos.

—Me hubiera gustado que tuviera tiempo de contarme todo eso. Me ha dado un buen resumen de lo que parecen haber sido los hechos físicos, pero...

—Doctor —le dije—, eso *ocurrió*. La ventana fue destrozada, pregúntele al *sheriff*. Yo escuché al animal. Leda Ryder gritó, y cuando Harp y yo llegamos allí, juntos, la perra había sido muerta y Leda no estaba.

—Y sin embargo, si todo estaba tan claro, me pregunto por qué usted pensó en consultarme, Ben. Yo no estaba allí. Sólo soy un psiquiatra.

—Quería... ¿Existe alguna forma en que una ilusión pueda habernos poseído a Harp y a mí, perturbar nuestros sentidos de la misma manera? Oh, sólo decirlo ya lo hace ridículo.

El doctor Kahn sonrió.

—Digamos «difícil».

—¿Es posible que Harp la hubiera matado, la hubiera arrojado por la ventana del cuarto del oeste... La nieve tenía dos metros o más de ese lado... y que mi cabeza hubiera distorsionado mi sentido del tiempo? ¿Y que yo pueda haberme quedado en la cocina durante todo ese tiempo, que serían minutos y no segundos? ¿Y que él hubiera bajado desde el techado y hubiera

vuelto a la casa en forma normal mientras yo corría hacia arriba? Oh, es un infierno.

El doctor Kahn había dibujado un diagrama de la casa de acuerdo a mi descripción y lo miraba con un interés plácido. «Benigno» era la palabra que Helen solía asignarle. Contestó:

—Semejante distorsión del sentido del tiempo sería... poco habitual... ¿Se siente usted culpable de algo?

—¿De estar allí y no hacer nada? No puedo creer seriamente que hayan sido más que unos pocos segundos. De cualquier manera, eso convertiría a Harp en un monstruo salido de una novela policíaca. No es esa clase de persona. ¿Cómo podía contar con que yo me congelara de pánico? Absurdo. Oí la lucha, los pasos, la ventana del cuarto occidental cuando se levantaba. ¿Podía haberla matado, y haberlo sabido yo todo el tiempo, incluso haberlo presenciado, y después sufrir amnesia sobre un punto?

Parecía tan paciente que comencé a desear no haber ido allí.

—Yo no diría que ninguna trampa de la mente sea imposible, pero a ésa la llamaría altamente improbable. Académicamente, sin embargo, y considerando su vinculación emocional...

—¡No estoy emocionalmente vinculado!

Eso lo grité. Él sonrió, mostrándose mucho más interesado. Me reí de mí mismo. Eso era mejor que pegarle en el ojo.

—Estoy alterado, doctor, porque todo el asunto desafía a la razón. Si uno comienza sabiendo que nadie habrá de creerle, todo se complica antes de abrir siquiera la boca.

Asintió con amabilidad. Es un buen tipo. Creo que dejó de escuchar lo que yo no decía, durante el tiempo suficiente como para escuchar lo que yo sí dije.

—Usted no es un inestable, Ben. No se preocupe de la amnesia. La explicación, quizá algún intruso humano, resultará estar dentro de las normas humanas. Las normas de lo posible incluyen cosas tales como ilusiones licantrópicas, conducta maníaca, etcétera. No dejarán de lado ese montón de nieve. No las subestime y no se preocupe por el estado de su mente, Ben.

—¿Alguna vez vio los bosques de Maine?

—No, suelo ir a Cape.

—Pruébalo alguna vez. Tome una zona, digamos cien kilómetros por cien, eso serían diez mil kilómetros cuadrados. Ponga allí algunos policías ansiosos, pídales que cacen algo que nunca vieron antes y que no quieren ver y que no quiere ser encontrado.

—Pero si esa bestia es humana, los seres humanos dejan huellas. Los cuerpos no son fáciles de ocultar, Ben.

—¿En esos bosques? ¿Un cuerpo que se haya llevado un animal carnívoro? ¿Por qué no?

Bien, nuestras mentes no se encontraron. Le agradecí su paciencia y me levanté.

—El maníaco responsable —agregué—. Pero de cualquier manera que lo llamemos, doctor, estaba *allí*.

Mike Short me fue a buscar a la estación de autobuses y me informó sobre un malestar en Darkfield. No debía sorprenderme.

—Están todos asustados, señor Dane. Quieren herir a alguien.

Mike es el hermano menor de Jim Short. Se las arregla para vivir con su servicio de taxi y alguna tarea ocasional en el garaje. Tiene unos rizos caídos y arrugados y creo que se acerca a los treinta.

—Como el viejo Harp, que quiere decir lo que ocurrió y nadie se lo cree. Eso es triste. ¿Cuánto tiempo estuvo usted ausente, tres días? Lo mejor es que se contacte con el *sheriff* Robart cuanto antes. Me rezongó por haberlo llevado hasta el autobús aquel día, como si yo hubiera sabido que usted no debía hacerlo.

—Ya lo tranquilizaré. ¿No encontraron a la señora Ryder?

Mike escupió por la ventana del automóvil, que estaba baja para que entrara el aire.

—El viejo Harp nunca tuvo semejante trabajo de nieve removida a pala. Por la comunidad, y gratis. No, no la van a encontrar.

En eso había mucho de Quiero-Que-Me-Pregunten, y algo más, un asomo de la mitología en la generación de Mike.

—¿Y cuál es tu opinión, Mike?

Se las arregló para encender un cigarrillo nuevo con la colilla del anterior y condujo un rato en un opresivo silencio. El camino se abría entre montañas de nieve que se derretía. Yo también tenía abierta la ventana de mi lado, para dejar entrar el buen sol de la tarde, y me imaginé un dejo de primavera. Al final, Mike habló:

—Probablemente usted no estará de acuerdo. De paso, Jim ya sacó su automóvil. Está en su casa... Bueno, ya los oírás hablando del asunto hasta dejarlo en pedazos. Algunos dicen que Harp cuenta la verdad. Algunos dicen que la mató él mismo. No dicen cómo la hizo desaparecer. No oí nada contra usted, señor Dane, nada que importe. El *sheriff* se molestó, pero eso fue porque usted se fue sin preguntar.

Sus ojos grandes y vagos miraron el paisaje que se derretía, los mensajes ambiguos de la primavera.

—Bueno, yo creo, en fin, que un demonio se la llevó. Ella era uno de los suyos. Yo conocí a esa pollita. Bueno, usted dirá que no es científico, sólo que hay una ciencia para esas cosas. Yo leí un libro sobre eso. Se puede reír si quiere.

Yo no me estaba riendo. Ese no era mi primer vistazo al medievalismo contemporáneo y no sería el último si llegaba a sobrevivir un año o dos. No me estaba riendo y no dije nada. Mike estaba sentado, fumando, conduciendo expertamente un artefacto del Siglo Veinte mientras creo que sus pensamientos estaban en el XVII, husmeando las maravillas del mundo invisible, y entonces recordé lo que Johnny Malcolm me había dicho sobre la necesidad de leyendas. Después Mike y yo no seguimos hablando.

Adelaide Simmons se alegró de verme. Por ella supe que el *sheriff* y la policía estatal habían buscado en todo el terreno de Harp y en el campo alrededor, y que todavía lo estaban haciendo. Resultado: cero. Harp había contado repetidamente nuestra historia y se negaba a seguir contándola.

—Hace las tareas de la casa y se sienta allí a beber —me informó ella— o a mirar para afuera. Fui a verlo ayer, señor Dane, sentí que debía hacerlo. Por un par de días no lo dejaron solo un minuto, aunque ahora deben de haber aflojado. Me preguntó con mucho interés si usted había vuelto. Bueno, limpié

un poco el sitio, cociné algo de pan; era lo menos que le podía hacer.

Cuando le dije que yo iba para allí, me preparó un canasto, mientras me sentaba en la cocina y escuchaba.

—Algunos dicen que ella rompió la ventana, se tiró y corrió por la nieve, como una loca. ¿Eso tiene algún sentido?

—No.

—Y algunos dicen que ella lo había abandonado. Y antes. Lo que le deja a usted como un mentiroso. Y dicen que, sea como fuere, Harp inventó toda esta historia enloquecida porque no puede soportar la verdad.

Sus manos hábiles dieron forma a los sandwiches.

—Dicen que Harp se las arregló para que usted funcionara de acuerdo con eso; no dicen cómo.

—Me hipnotizó, probablemente. Adelaide, todo ocurrió como Harp lo cuenta. Yo también oí a esa cosa. Si Harp está loco, yo también lo estoy.

Me miró fijamente y suspiró. Le gusta hablar, pero el molino a menudo se le detiene de pronto, por una cualidad suya que encuentro tan buena como rara: quiero decir que cuando no tiene nada más que decir, deja de hablar.

Llegué a casa de Ryder alrededor de la hora de la cena. Bill Hastings estaba allí. El camino estaba limpio entre los cerros de nieve y me pregunté cuánto de la basura de los camiones y del papel arrugado y de las cajetillas de cigarrillos vacías había sido dejado allí por los curiosos. El hielo de la tierra no había dejado todavía su lugar a la temporada de barro, que rápidamente haría imposible conducir vehículos durante unas cuantas semanas. Bill me dejó entrar, con la mirada que la gente suele usar para los casos de enfermedad grave. Pero Harp se levantó del sillón, sin estar enfermo, por lo menos en el cuerpo.

—Ben, lo oí anoche. Tarde.

—¿En qué dirección?

—Al norte.

—¿Tú lo oíste, Bill? —Dejé el canasto.

Mi amigo sacudió la cabeza.

—No estaba aquí.

No conseguí suponer cuánto aceptaba Bill de toda la historia. Harp

preguntó:

—¿Qué hay en el canasto? Oh, muchas gracias. Adelaide es una buena mujer.

Pero su mente estaba lejos.

—Al norte, Ben, y lejos, pero creo que sé dónde podría ser. No lo hubiera oído si no fuera que la noche estaba tan tranquila, como se ha aquietado todo para mí. Sabes, me han estado enloqueciendo noche y día. Robart, la policía del Estado, un lío de reporteros de los diarios. No pude dormir. Salté afuera como si me hubieran llamado. Demonios, él no podría estar del otro lado de las estrellas, con el cielo tan lleno de ellas y nada que se agitara. Hace frío... ¿Fuiste a Boston, Ben?

—Sí. Una pérdida de tiempo. Quieren que sea algo humano, algo que les quepa en los libros.

Con suspicacia, Bill dijo neutralmente:

—Y tú mismo eres un hombre de libros, ¿no, Ben?

Tuve que asentir. Harp preguntó:

—¿Alguna idea?

—Que me devuelvan mis viejos pensamientos en su lenguaje propio. Tenemos que encontrar algo, Harp. Desde luego, muchos no te lo tomarían por cierto aunque tuvieras fotografías.

—Malditas sean las fotografías —dijo Harp.

—Supongo que tienen que irse —opinó Bill Hastings—. Quizá yo sentiría lo mismo si se tratara de mí... Y es mejor que me vaya ahora o la cena se enfriará y la vieja estará maldiciendo.

Echó de nuevo el palo a la leñera.

—Bill —pidió Harp—, ¿no te importaría alimentar a los animales, por tres días?

—No tengo inconveniente. Estaré aquí mañana.

—Haré lo mismo para ti alguna vez. No me gustaría que esto se mencionara.

—Harp, me conoces bien. Nos veremos, Ben.

—La nieve se está yendo rápido —comentó Harp cuando Bill se fue—. Pero se quedará por algún tiempo en los bosques, todavía.

—No vas a comenzar tan tarde.

Estaba junto a la ventana, con su bulto flaco quitando la luz a la veterana cocina donde había pasado la mayor parte de su vida doméstica.

—De mañana, temprano. Esta noche tengo que escuchar.

—Necesitas dormir, supongo.

—Nunca duermo lo que necesito —replicó Harp.

—Traeré mis zapatos de nieve. ¿A eso de las seis? Y mi carabina. Soy mejor con un arma que conozca.

Me miró por un momento.

—Muy bien, Ben. Comprendes, desde luego, que quizá tengas que volver solo. No volveré hasta que lo atrape, Ben. Esta vez no.

Cuando se levantó el sol lo encontré junto a Ned y Jerry en el establo. Había vivido ocho o diez años con esos animales. Dio una palmada final al pescuezo de Ned mientras se volvía hacia mí y reanudó la conversación como si la noche no se hubiera intercalado.

—No volveré hasta que lo atrape. Ben, no quiero meterte en esto contra tu inclinación.

—¿Lo oíste de nuevo anoche?

—Lo oí. Al norte.

El sol se estaba levantando cuando salimos sobre nuestros zapatos de nieve, como espectros matutinos. Harp enfiló hacia la pendiente que llevaba al bosque sin apuro, quizá con algún desagrado. Cerca de los árboles se detuvo, mirando hacia la derecha, donde un resplandor rojo quemaba el borde de la cortina del cielo; me maldije por haber pensado que se estaba despidiendo del sol.

La nieve formaba costras y estaba resbalosa incluso para nuestros zapatos de rejilla. Entramos al bosque entre una red de marcas, incluyendo los neumáticos de un carro limpiador de nieve.

—Un tipo de Lohman —dijo Harp—. Le alquiló el maldito aparato a los policías del Estado, con él arriba. Va dando vueltas alrededor como el infierno, asustando a todos, diez o doce kilómetros alrededor. Creo que el

asunto está más lejos. Hoy estarán armando jaleo de nuevo.

Me clavó los dedos en el brazo.

—Te das cuenta cómo es, ¿no? No están buscando como nosotros. Están buscando un cadáver para colgármelo al cuello. Y si la encontraran en la forma en que yo...

—Harp, no te busques problemas.

—Yo sé cómo piensan —dijo—. Si yo hiciera el camino hasta Darkfield, me cogerían. No me pondrían las esposas porque... porque no tienen un cadáver, Ben. No tienen que informarme lo que dice la ley. Tienen que tener un cadáver. La única razón por la que no me dejaron aquí un hombre por las noches es que se figuran que no puedo ir a ningún lado. Creen que un hombre no podría viajar sobre un metro de nieve... Ben, quiero encontrar a esa cosa y dispararle... Mejor tomemos por aquí.

Se apartó de las huellas y pronto las perdimos de vista. Sobre las costras nuestros zapatos no dejaban marca. Al rato escuchamos un ruido de motores detrás de nosotros, en el camino. Harp se rió levemente y con malicia.

—Despiertos y temprano, como ayer.

Miró hacia el sitio de donde veníamos.

—Nunca van a encontrar el camino sin perros. Ese hijo de perra de Robart dijo algo sobre conseguir un mastín en algún lado, para darle a oler la ropa de Leda. Lo más probable es que ahora le dé a oler la mía.

Ya habíamos avanzado tanto que yo no sabía el camino para regresar. Harp lo sabría. Nunca se podría perder en un bosque, pero yo no tengo una brújula mental como la suya. Así que lo seguí ciegamente, sin tratar de memorizar nuestra senda. Era una región de crecimiento uniforme, sobre todo de abetos, que no habían sido aserrados recientemente, con pocas señas de terreno. La monotonía rebajaba la paciencia nata hasta el aburrimiento, y nuestros zapatos de nieve no dejaban más huella que nuestras ideas.

Pasó una hora o más; después de eso el sonido de los motores desapareció. De vez en cuando sentíamos el movimiento pacífico del viento sobre nuestras cabezas. Pocos trinos de pájaros, porque la mayoría de nuestros cantores no habían vuelto aún.

—¿Estuviste antes por aquí, Harp?

—No con nieve en el terreno. No últimamente.

Su voz era queda y cuidadosa.

—Los veranos. A un par de kilómetros de aquí, los árboles escasean. Una fila de tajos, donde se llevaban los pinos hace cuatro o cinco años, y dejaron una pila de mierda como siempre hacen.

No, Harp no se iba a perder aquí, pero yo estaba perdido, cansado, lamentando haber venido. ¿Se daría la vuelta si yo me desmayara? No pensé que lo hiciera ya por ningún motivo. Mi bulto, con el rollo de frazadas y de provisiones, se había hecho infernal. Dijo que debíamos tener bastante para tres o cuatro días. Sólo unos pocos años antes yo había llevado cargas de campamento, más pesadas que ésta, sin ningún problema; pero ahora estaba hartado, con una puntada en un costado. Mi reloj de pulsera marcaba solamente las nueve.

Los árboles comenzaron a escasear como él había predicho, y ahora el terreno se levantaba en una larga cuesta hacia el norte. Miré hacia una superficie de unas ocho hectáreas donde la devastación causada por un aserramiento estúpido sólo podría corregirse si la región herida no fuera nuevamente tocada en sesenta años. La nieve profunda, reluciendo solamente donde los arbustos crecidos interrumpían la luz del sol, cubría la parte peor del desastre.

—Buen sitio para las fresas silvestres —dijo Harp quedamente—. Ya es tiempo de que vuelvan a crecer. Creo que fue hace siete años cuando aserraron por aquí y dejaron este asco. El verano pasado me fue difícil encontrar el camino. Hacia la izquierda...

Se detuvo, apuntando con un brazo lento hacia una borrosa línea gris que se delineaba desde la izquierda hasta desaparecer sobre la cuesta. La parte más cercana de esa curva gris estaba a poco más de cien metros, y para mis ojos sólo podía ser una sombra proyectada por alguna irregularidad en la superficie de la nieve. Pero Harp sabía más. Algo había pasado por allí, lo bastante pesado como para romper la costra.

—¿Quieres descansar un poco, Ben? Una vez que lleguemos a esa subida, puede que yo no quiera detenerme de nuevo.

Me dejé caer sobre la raíz de un viejo tronco que estaba inclinado hacia

nosotros, cortado porque estaba en el camino, dejado allí a pudrirse porque en ese momento sólo se llevaban el pino.

—¿Realmente le ves algún sentido?

—No lo suficiente —contestó Harp—. Pero podría ser él.

No se sentó a mi lado, sino que se detuvo, descansando de pie, con los zapatos apartados para poder escupir entre ellos.

—Un kilómetro después de esa cuesta hay una especie de garganta. Debe de haber sido un buen arroyo, en otra época, y todavía hay una corriente allí al fondo durante el verano. Una mezcla de saúcos y matorrales. Hay dos o tres cavernas juntas en algún sitio. Creo que hace unos tres veranos que estuve allí. Sitio triste. Había zorros en una de esas cavernas. Cavernas naturales, creo. No fui muy cerca, no en esa ocasión.

Me senté bajo la luz cálida, preguntándome si habría alguna forma de hablar con Harp sobre la bestia: si existía, si no se trataría sólo de la fantasía de un par de hombres que envejecían con sus mentes alteradas. ¿Habría alguna forma de decirle que esa criatura era importante para el resto del mundo, fuera de nuestra pequeña aldea? ¿Que habría que conservarla viva, y no destrozada a balazos? ¿Cómo podía decir eso a un hombre que ignoraba a la ciencia, que había perdido a su mujer y la confianza de sus semejantes?

Quítese esa confianza y se habrá quitado el mundo.

¿Podría pedirle que le disparara a las piernas, para mantenerla viva? Bien, para mí mismo, irracionalmente, eso aparecía equivocado, horrible, y además fuera de nuestras posibilidades. Mejor que él tirara a matar. O que yo lo hiciera. Así que al final no dije nada. Puse mis bultos en su sitio y le informé que estaba listo para seguir.

Con las costras de nieve más inseguras bajo los rayos del sol, elegimos lentamente nuestro camino hacia la cuesta, y cuando llegamos a aquella línea Harp dijo objetivamente:

—Ahora has visto su marca. Es él.

El sol y la helada nocturna habían trabajado sobre esa huella. Harp calculó que habría sido hecha temprano, el día anterior. Pero en los sitios donde el peso de Dientes Largos se había apoyado, la forma del pie se dibujaba en el pozo de nieve, un pie parecido al humano, pero más ancho y

más corto. El arco del pie era bajo, pero la bestia no tenía realmente pie plano. Hombre o bestia. Dije:

—Ésta es una huella de hombre, Harp. ¿No?

Habló sin calor:

—No. Te olvidas de algo, Ben. Yo lo vi.

—De cualquier manera, está solo.

Contestó lentamente:

—Sólo un juego de huellas.

—¿Qué me quieres decir?

Harp encogió los hombros.

—Es pesado. Podía estar llevando algo. Baja la voz. Esa costra de ayer me sostuvo con las raquetas de nieve, pero él la hundió, y no es tan grande como yo.

Harp revisó el rifle y le quitó el seguro.

—Falta cosa de un kilómetro para esas cavernas. Creo que es ahí donde está, Ben. No hables a menos que sea indispensable, y hazlo muy bajo.

Le seguí. Remontamos la cuesta y encontramos más desolación causada por los leñadores que habían estado del otro lado. El rastro cruzaba por allí y se aproximaba a un muro de árboles enteros que marcaba el límite de la zona aserrada. Allí recomenzaba el bosque y en su principio terminaba la pista de Dientes Largos.

—Ahora ves cómo camina —dijo Harp—. En los sitios donde puede viajar por encima de la superficie, lo hace. Mira aquí: debe de haberse asido a esa rama y coleado de allí. Tiró alguna nieve, pero el viento golpeaba tanto que ya no se puede saber nada. Ves, Ben, él..., él calcula. Sabe sobre huellas. Debe de haberse bajado de los árboles lo bastante lejos de donde estamos como para que no sea posible ver el sitio desde aquí. Puede ser en cualquier lado de un semicírculo, y dibújalo tan grande como quieras.

—Pensando como un hombre.

—Pero no es un hombre. Hay cosas que no sabe: cómo siente y actúa un hombre. Voy hacia esas cavernas.

Por necesidad, le seguí. Debía terminar con aquello rápidamente. Prematuramente, soy un hombre viejo, incapacitado por las consecuencias de

un ataque y de un corazón afectado. He mejorado un poco: dieta sensata, nada de fumar, los cuidados de Adelaide. Espero algunos años de salud tolerable en el camino cuesta abajo. Pero creo, como lo hizo Harp, que es aún más dañino perder la confianza de los otros. Escribiré aquí una vez más, y no lo haré de nuevo, que mi palabra vale.

Era mediodía cuando llegamos a la garganta. En ese sitio perdura siempre alguna melancólica parte de la noche. En el centro de la barranca, entre los nudos de los matorrales, el agua rumoreaba bajo el hielo y bajo la nieve derretida que había caído aquí y allá revelando un brillo oscuro. Harp no entró en la garganta misma, sino que se movió lentamente por el borde izquierdo, bajo la protección de los árboles, con ojos que revoloteaban acechando el peligro. Procuré imitar su cautela. Caminamos así unos ciento cincuenta metros, avanzando centímetro a centímetro. Oí solamente la brisa ocasional de la primavera.

Se volvió para mirarme, con un gesto de triunfo enfermizo, una mueca de disgusto y también de satisfacción. Se tocó la nariz y entonces yo también lo capté: un olor que venía de delante y de abajo, con un dejo de amoníaco y cierto aroma de decadencia. Y del otro lado de la garganta, en el bosque, pero no muy lejos, oí a Dientes Largos.

Un ladrido, pero no fuerte. Salido de la garganta, como si hablara.

Harp retuvo un gruñido de respuesta. Se movió hasta señalar una boca negra de caverna en el lado opuesto. La brisa soplaba el hedor hacia nosotros. Susurró:

—Ves, tiene como un sendero. Salta hasta esa roca lisa, después a la caverna. Lo veremos en un minuto.

Sí, había sonidos en la maleza.

—Quédate atrás. —Su mano izquierda acarició el costado del cargador del fusil.

Tan concentrado estaba él en la apertura donde Dientes Largos debía aparecer, que yo puedo haber sido el primero en verlo cuando surgió en la boca de la caverna y nos miró con sus ojos animales. Dientes Largos había llamado de nuevo, con un sonido más bien amable. La mujer envuelta en cueros sucios pudo haber sido convocada por ese llamado o por el ruido de

nuestra proximidad.

Entonces, Harp la vio.

La conoció. A pesar del pelo desarreglado, de la cara rayada, de la mugre, de la piel informe de ciervo con que se envolvía para protegerse del frío, estoy seguro de que él la conoció. No creo que ella lo conociera a él, ni a mí. Una ceguera interna, una mirada de bestia totalmente concentrada en sus propias necesidades. Creo que los recuerdos humanos se habían esfumado. Ella sabía que Dientes Largos venía. Creo que ella quería su calor y su protección, pero no hubo palabras en el gemido que dejó salir cuando la bala de Harp le dio entre los ojos.

Dientes Largos apareció entre los matorrales. Soltó el conejo que llevaba y saltó hacia la roca lisa, gruñendo, mirando de soslayo a la mujer muerta. Si es que comprendía el hecho de la muerte, no tenía tiempo para él. Vi el desarrollo extremo de los músculos en las piernas y en los muslos sus movimientos saltarines de preparación. La distancia entre la roca lisa y el sitio donde estaba Harp debía de ser de unos cinco metros. Un rayo de luz solar dio en su sombra verde azulada, tocó en su gruesa pelambre roja y en su cara de miedo.

Harp pudo haberle disparado. Tuvo veinte segundos para hacerlo, quizá más. Pero puso el rifle a un lado y sacó su cuchillo de caza, su propio diente largo, y lo tenía preparado cuando el rival saltó.

Así que también pude haberle tirado yo. Nadie necesita decirme que debí haberlo hecho.

Dientes Largos se abalanzó, con sus garras fuera, sus colmillos a la vista. Sentí el encuentro como si el impacto hubiera golpeado mi propia carne. Se derrumbaron rugiendo dentro de la garganta, y yo estaba frío, distante, como un instrumento para contemplar.

Terminó rápidamente. Los terribles dientes oscuros se clavaron en la base del cuello de Harp. Éste no hizo ningún otro movimiento excepto la puñalada que lanzó su cuchillo contra el costado izquierdo de Dientes Largos. Después estuvieron quietos en ese abrazo, quietos los tres. Escuché al agua que rumoreaba por debajo del hielo.

Recuerdo un rugido en mis oídos, y me estaba moviendo con lento

cuidado, un paso difícil tras el otro, a lo largo de la garganta y a través de tremendos corredores de blanco y verde. Con mi solaz difícilmente obtenido supuse que ésta podría ser la región donde yo había seguido a Harp recientemente, hasta un sitio u otro, pero no (pensé) uno de los sitios de los que hablábamos cuando éramos muchachos. Sentí como una banda de hierro en la frente, y respirar era una empresa que requería mucho esfuerzo y cautela, para no empeorar el dolor que surgió cuando otra banda se estrechó en mi diafragma. Me recosté contra un árbol durante treinta segundos o treinta minutos, no sé. Supe que no debía soltar la mochila a pesar del dolor, porque llevaba provisiones para tres días. Alguna vez me dije: «Ben, estás perdido.»

Tenía mi carabina, una varita mágica, y recuerdo la astucia de maniobra que me permitió lanzar tres tiros al aire. Dos veces.

Parece ser que yo no quería morir, y que me mantuve al borde del precipicio de la muerte con una loca tozudez. Me dicen que no puede haber sido al segundo día que disparé la segunda salva, la que fue escuchada y contestada porque, dicen, un hombre no puede sufrir la clase de ataque que yo aguantaba y sobrevivir toda una noche a la intemperie. Dicen que cuando una partida de búsqueda me llegó desde la aldea Wyndham (a treinta kilómetros de Darkfield), hice un discurso confuso y luego caí de bruces.

Me desperté inmovilizado, sin capacidad de palabra ni de movimiento excepto por un poco de vida en mi mano izquierda, y durante mucho tiempo la memoria sólo fue una mezcla de cosas irrelevantes. Cuando eso se aclaró, todavía no pude hablar durante otro largo período. Recuerdo que alguien dijo, con admirada exasperación, que con una hemorragia cerebral y un ataque al corazón, yo ya no tenía derecho a estar vivo; éste fue el primer sonido que me dio algún placer. Recuerdo haber reconocido a Adelaide y no haber podido agradecerle su presencia. Nada de esto importa para el relato, excepto por el hecho de que durante meses no tuve puente de comunicación con el mundo. Y sin embargo yo amaba el mundo y no quería dejarlo.

Uno siempre puede preguntarse: ¿Y ahora qué va a pasar?

En algún momento de lo que me dicen que era Junio, mi memoria estaba (creo) clara. Hice algunos garabatos, mientras la enfermera sostenía la parte

muerta de mi brazo. Pero en respuesta a lo que yo escribí, el doctor, las enfermeras, el *sheriff* Robart, hasta Adelaide Simmons y Bill Hastings, parecían... simpáticos. No fui creído. No soy creído ahora, en la parte más importante de lo que quiero decir: que hay cosas en nuestro mundo que no comprendemos, y que esta ignorancia debería generar humildad. La gente encuentra que esto es obvio, soporífero —oh, siempre lo ha encontrado así—, y por lo tanto no escucha, conservando intacto el orgullo de su ignorancia.

Los restos de los tres cuerpos fueron encontrados a finales de agosto, y no por mis esfuerzos, porque yo no tenía idea de qué dirección de la brújula tomamos después del bosque aserrado, y había tantos bosques aserrados que no podía indicarles dónde mirar. Algunos merodeadores del bosque, incluyendo un grupo de perros, habían sido los primeros en hallar los cuerpos. El agua los había movido, porque la parte final de la gran nevada se derritió de pronto, y por un par de días, cuando menos, debió de correr un pequeño río por aquella garganta. La cabeza de lo que llamaban un «lunático» había rodado corriente abajo, se había golpeado contra las piedras y se había hundido parcialmente en el barro. Los perros habían mordisqueado y repartido lo que ellos denominaban «abrigo de pieles del hombre».

Se quedará como un lunático con abrigo de pieles, porque no quieren admitirlo de otra manera. Por lo que yo sé, ningún hombre de ciencia miró alguna vez esos despojos, a menos que uno glorifique con ese título a un funcionario judicial. Creo que éste era un buen veterano antes de conseguir ese empleo. Cuando recuperé más o menos el habla, traté de decir algo sobre el asunto. Una declaración mía fue leída en la investigación, antes de que yo pudiera hablar ni dejar el hospital. En esa ceremonia la sociedad decidió oficialmente que Harper Harrison Ryder, de esa población, baleó y mató a su esposa Leda y a un individuo de sexo masculino, de identidad desconocida, mientras él mismo sufría un ataque de locura, y que murió por herida de cuchillo, recibida en una pelea con dicho individuo, etcétera.

No hablo del asunto porque eso sólo provoca que la gente me tenga compasión: pensar que una mente humana pueda fallar así, y él todavía no llegó a los sesenta años, etc.

Ni siquiera puedo preguntarles: «¿Qué es la verdad?» Sólo pondrían un

aire más triste, y supongo que irritado, y quizá hallarían razones para no venir de nuevo a verme.

Son amables. Harían cualquier cosa por mí, excepto pensar en el asunto.